

Sophie Saint Rose

Serie Vecinos

12

La

que fuera

por ti

Lo que fuera por ti

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Ante el ordenador intentó concentrarse. Como no entregara el artículo a tiempo, ya podía darse por despedida. Con la hoja totalmente en blanco ante ella, se mordió el labio inferior porque no tenía ni pajolera idea de qué iba a ir. Suspiró moviendo el ratón de un lado a otro cuando sonó una nota. Gimió cerrando los ojos. —No, por favor. Ahora no.

El sonido de la escala del piano casi la hizo llorar de frustración. Al parecer su vecino había decidido practicar por la mañana. Su mirada cayó en el corcho que tenía pegado a la pared tras el ordenador para ver el calendario y parpadeó. ¡Era sábado! Es que ya ni sabía en el día en que vivía. Estupendo, tenía un día menos para entregar el artículo, porque debía entregarlo el lunes. Se rascó la cabeza mirando la pantalla como si eso hiciera que las ideas fluyeran. Cuando su vecino dejó la escala, suspiró del alivio porque al menos ahora empezaría lo bueno y no se equivocó porque empezó a tocar una pieza de Beethoven. Entrecerró los ojos mirando la pared. Ese capullo tenía la culpa de su falta de ideas. La distraía demasiado y es que tocaba como los ángeles. Tocaba el piano como los ángeles y estaba buenísimo. Ese era otro problema porque ese hombre se estaba convirtiendo en una obsesión. No dejaba de pensar en esos ojos negros y en todo lo demás. Hasta soñaba con él y con el día en que lo conoció.

Ella salía de su casa para ir a hacer la compra cuando la puerta del ascensor se abrió. Distraída cerrando con llave miró hacia allí y su corazón se detuvo al ver salir al hombre más atractivo que había visto jamás vestido de etiqueta. Él sonrió de medio lado. —Buenos días —dijo con una voz ronca que la estremeció y al ver que iba hacia la puerta de al lado estiró el

cuello hacia atrás sin poder evitarlo para comprobar que tenía llave mientras farfullaba una respuesta que ni recordaba.

Él miró sobre su hombro y seductor le guiñó uno de sus ojos negros antes de entrar en su casa. Casi se cae hacia atrás al intentar no perderlo de vista y cuando se cerró la puerta se quedó mirando el número doce que brillaba sobre la madera como si estuviera alelada. Cuando reaccionó vio que las llaves estaban en el suelo y esperó que no se hubieran caído ante él por qué ni se había dado cuenta. Al agacharse se dio cuenta de que sus zapatillas de deporte estaban viejísimas y corriendo entró en su casa para echarse un repaso en el espejo que había al lado de la puerta. Casi grita del susto al ver que ni había peinado sus rizos castaños, que tenía una legaña en uno de sus ojos verdes y que llevaba el pijama con una vieja chaqueta de lana encima. Gimió posando la frente en el espejo. —Tienes que dejar de ser un desastre. Dios, qué vergüenza.

Se miró al espejo de nuevo haciendo una mueca y se quitó la goma con la que había dormido para estirar sus rizos. Se pasó el dedo por el ojo y estiró su chaqueta cubriendo el pijama. Bueno, no iba a encontrárselo de nuevo y siempre bajaba así a la tienda del barrio cuando ya no le quedaba nada en la nevera. De hecho no tenía ni leche y por eso aún estaba dormida porque ni un café se había tomado. No, mejor se cambiaba por si su nuevo vecino salía de nuevo. A toda prisa fue hasta la habitación y se duchó en tiempo récord. Haciendo una excepción se puso unos vaqueros en lugar de los leggings de rigor que se ponía para estar cómoda y se puso un jersey verde para enfatizar el color de sus ojos. Cogió su cartera y más contenta que en mucho tiempo salió cerrando la puerta. Estiró el cuello mientras giraba la llave y de la que pasó por delante de su puerta sin querer se acercó por si escuchaba algo, pero no. Nada de nada.

Se había enterado por el portero ese mismo día de que se llamaba Neithan Akerman y que se había mudado ese fin de semana que ella había estado en la casa de sus padres. Era pianista y soltero. Casi chilla de la alegría cuando el hombre se lo dijo y en cuanto pudo corrió como una gacela por las escaleras para investigarle en internet. Había babeado mirando la pantalla del ordenador mientras se hinchaba a croissants adorando las fotografías que salían en la red sobre

él. Era un pianista que se estaba haciendo un nombre, sobre todo porque también componía y con mucho éxito. Daba recitales de piezas clásicas que intercalaba con sus creaciones y sus conciertos estaban muy bien valorados por las críticas que veía en internet. Y es que tocaba maravillosamente. Ya tenía treinta y tres años y había nacido en Massachussets. Era el cuarto hijo de una familia de músicos y había estudiado en Nueva York donde se había quedado.

Y así empezó su obsesión porque cada vez que oía un ruido en el apartamento de al lado se tiraba a la pared por si escuchaba algo que no fuera música. Y así se había llevado un montón de chascos porque ligaba más de lo que hubiera creído posible y ya había perdido la cuenta de las mujeres que habían pasado por su cama. ¿Perder la cuenta? Cassandra, ya son cuarenta y tres. Gruñó por dentro bebiendo de su café. Cuarenta y cuatro porque ese no venía de una fiesta con esa sonrisa de satisfacción en la cara. Cuarenta y cuatro en tres meses y a saber de las que ella no se había enterado.

—Venga Cassandra, olvídate. No tienes nada que hacer con ese hombre. Tienes que entregar el artículo. —Sus ojos brillaron. —¿Y si lo haces de pianistas? —Gruñó mirando la hoja en blanco. —Seguro que a tus lectoras les iba a interesar...—Entrecerró los ojos mirando la pared. —Si te interesa a ti, ¿por qué no iba a interesarles a ellas?

Se levantó de un salto y corrió hacia el espejo. No, no podía presentarse en pantalones cortos. ¿O sí? Se volvió mirándose el trasero. La camiseta era demasiado larga. Corrió hasta la habitación que estaba hecha un desastre y buscó una camiseta de tirantes. Era casi verano, había que lucir palmito. Se quitó la vieja camiseta de la universidad y se puso la camiseta azul. Se acercó al espejo del tocador y se miró los pechos que se marcaban bastante. Sobre todo porque no llevaba sujetador y se le notaban los pezones. ¿Demasiado descarado? Vamos, era un hombre de mundo. No se iba a asustar por eso. Se echó algo de perfume y corrió hacia la puerta de su piso. Respiró hondo echándose su melena hacia atrás y abrió la puerta. Con decisión fue hasta su puerta y cerró el puño golpeando dos veces. La música se interrumpió y Cassandra puso una sonrisa en su rostro. Cuando abrió de repente casi se desmaya al verle en mangas de camisa y

vestido con unos pantalones de pinzas negros. Madre mía, es que no se podía ser más guapo.

—Hola, vecina.

Sonrió aún más porque la había reconocido. —Hola, me llamo Cassandra.

Él apoyó el hombro en el marco de la puerta. —Mucho gusto. Neithan.

—Lo sé. —Soltó una risita tonta. —Me lo ha dicho el portero.

—¿Y en qué puedo ayudarte?

—Siento interrumpirte, pero soy periodista, ¿sabes?

Él levantó una de sus cejas negras y Cassandra pudo darse cuenta de que se había tensado casi imperceptiblemente. —¿No me digas?

—Sí, y me preguntaba si te gustaría que te hiciera un reportaje. —Ahora levantó la otra ceja. No, no le gustaba un pelo. —Verás, me harías un favor porque tengo una sequía de ideas que no me había pasado jamás —dijo rápidamente—. Y la publicidad a ti también te iría bien en tu profesión, ¿no?

—No.

Le miró confundida. —¿Cómo que no?

—No necesito publicidad. Supongo que ya me has investigado y sabrás que no me faltan conciertos. No doy entrevistas. Así que no. —Miró su camiseta fijamente antes de bajar por sus pantalones hasta llegar a sus pies descalzos provocando que se sonrojara. —No a todo. —Jadeó indignada por lo que insinuaba y abrió la boca para decirle cuatro cosas, pero él miró su reloj. —No tengo tiempo para esto, así que si me disculpas estoy ensayando antes del concierto de esta noche.

Cerró la puerta dejándola con la palabra en la boca y parpadeó mirando el puñetero número de la puerta. ¿Pero quién se creía que era? ¡Ella solo le había ofrecido una entrevista! Bueno, una entrevista y algo más, pero no se lo había dicho directamente. Cuando escuchó el

sonido del piano dejó caer la mandíbula antes de entrecerrar los ojos. Había que ser capullo. Entró en su casa dando un portazo y con ganas de guerra siseó —Te vas a enterar.

Fue hasta su cadena de alta fidelidad y puso los Guns N' Roses a todo volumen. Sonrió maliciosa yendo hasta el ordenador y se sentó en su silla. Mira tú por donde iba a escribir sobre hombres capullos que se creían que lo sabían todo. Empezó a desahogarse y los dedos volaban sobre el teclado. Totalmente concentrada no escuchó el timbre, pero sí los tres golpes que dieron sobresaltándola. Asombrada miró la puerta. No podía ser. ¡Ella llevaba aguantando su piano tres meses! Se levantó y fue hasta allí para abrir. Se sonrojó al ver a su anciana vecina de al lado. La señora Martin en bata de boatiné y con los rulos en su cabello platino la miraba como si fuera una hija del diablo.

—¿Sí? —gritó por encima de la música.

—Niña, ¿quieres dejarme más sorda de lo que estoy?

Se sonrojó ligeramente. —¿Demasiado alto?

—¡Vas a tirar la casa! ¡Y no oigo al chico! ¡Y estaba en la mejor parte!

Gruñó yendo hasta la cadena y apagó la música. —¿Contenta? —Para su asombro escuchó que Neithan había seguido tocando como si nada y levantó los brazos al cielo porque no había servido para nada. Menuda capacidad de concentración tenía. Como la mujer no le respondía regresó a la entrada para darse cuenta de que se había largado. Exasperada cerró la puerta. Al parecer el chico podía hacer todo el ruido que quería. Dejó caer los hombros porque no estaba siendo justa. No quería entrevistas y debía aceptarlo. No era la primera vez que le ocurría. Lo que pasaba era que la había fastidiado y mucho que la rechazara de plano. En todos los aspectos. Suspiró yendo hasta el ordenador e hizo una mueca leyendo lo que había escrito hasta ese momento y era bueno. No era para tirar cohetes, pero era muy decente. —Bueno, ya que estamos...

—Te has quedado a gusto —dijo su editora reteniendo la risa—. Me encanta. Es fresco y divertido. A las lectoras les va a encantar.

—¿Eso crees?

—¿Un artículo sobre los distintos comportamientos de los hombres capullos? Nos lo van a quitar de las manos. Y el toque de ese vecino creído ha sido genial. Les va a encantar, te lo digo yo. ¿De qué va a ser el siguiente?

—Pues todavía no lo sé.

—¿Y el libro?

Se hizo la loca. —¿Has cambiado la decoración?

—Venga, Cassandra... no lo puedes retrasar más. ¿Sabes lo que Bob ha tenido que hacer en la editorial para convencerles de que merecías otra oportunidad?

—Oye, que lo del libro me lo lleva tu marido. Tú la revista y él el libro. No mezcles conceptos.

Leslie gruñó apoyando la espalda en el respaldo de su sillón. —Dime que tienes algo. ¡Ya te han dado el adelanto!

—Y gracias a él he terminado de pagar el piso. —Sonrió radiante. —Así que gracias.

—Como no escribas el libro te demandarán.

—Lo voy a escribir, pesada.

—Más te vale porque mi marido ha apostado por ti después de leer el primero. Como quede mal en la editorial te rajo. Te rajo y te quedas al paro. Paro general. ¿Lo pillas?

—Muchas gracias, era lo que necesitaba para animarme. Como editora no tienes precio.

Su amiga se sonrojó. —Lárgate a trabajar, vaga.

Jadeó indignada poniéndose de pie. —Te vas a enterar.

—Y quítate ese chándal, por Dios. Tienes una pinta horrible.

—Eres estupenda para subir el ánimo. Me voy antes de que me hundas más en la miseria.

—Y vete a la peluquería.

—Serás bruja.

Leslie rio por lo bajo. —Trabajas mejor bajo presión.

Le sacó la lengua antes de cerrar la puerta. Suspiró poniéndose el asa del bolso al hombro y arrastró los pies hasta el ascensor. Pulsó el botón sin querer mirarse en el espejo siquiera. Estaba deprimida, tenía todo el derecho del mundo a llevar la pinta que le diera la gana. La verdad es que el rechazo de Neithan la había hundido y bastante porque había perdido la ilusión de los últimos tres meses. Es que había que ser idiota para ilusionarse con un hombre como él. Su mirada cayó en el espejo del ascensor y casi ni se reconoció. Hacía tres años, antes de independizarse de la revista donde trabajaba, era una persona sociable y cuidaba su aspecto casi en extremo. Pero eso de quedarse en casa a todas horas para realizar su trabajo la hizo ir abandonándose poco a poco. Primero empezó a vestirse con mallas para estar cómoda en casa, después dejó de ir al gimnasio porque le daba pereza salir. Apenas unos meses después ya ni se vestía, ¿para qué? El pijama era mucho más cómodo. ¿Y hacer la cama? Si volvía a meterse por el mismo sitio y nadie iba a visitarla porque se había alejado de todo el mundo poco a poco, ¿para qué iba a hacerla? La última vez que había hablado con una amiga había sido hacía un mes porque por un milagro había recordado su cumpleaños y desde entonces no había vuelto a saber de ella. Pero claro, es que su amiga tenía novio y una vida. Vida que ella no tenía aparte de su trabajo.

Se volvió en el espejo y vio su trasero que había crecido bastante por todas las horas que se pasaba sentada. Gimió sintiendo unas ganas enormes de llorar y en ese momento se abrieron las puertas. Un hombre de traje entró en el ascensor y ni le dirigió una sola mirada. No es que antes hubiera sido una belleza, pero al menos la miraban de vez en cuando. Incluso le pedían

citas. No hombres como Neithan, claro. Eran mucho más normalitos, pero había tenido los suficientes para considerar que le era atractiva al sexo opuesto. Al parecer eso había cambiado. Y la culpa era solo suya.

Miró de reojo al hombre y le espetó —¿Te parezco guapa?

El hombre no pudo disimular su sorpresa. —¿Perdón?

—Guapa. ¿Crees que soy guapa? Tranquilo, no quiero ligarte, es una encuesta sociológica. —El tipo pareció aliviado y reprimió soltarle cuatro cosas. —¿Qué opinas?

—¿Guapa o atractiva?

—Ambas cosas.

—Tienes unos ojos bonitos. —La recorrió con la mirada desde el cabello recogido en una desastrosa coleta antes de bajar hasta sus labios. A su ropa no le dedicó mucho tiempo. —¿Cuál era la pregunta exactamente?

Decidió ir al grano. —No soy guapa. Piensas que no soy guapa.

—No es eso. —La señaló de arriba abajo incómodo. —No quiero ofenderte, es que eres un desastre. Esa es la palabra. Mi abuelo decía que no hay mujer fea y opino que tiene razón. —Cassandra entrecerró los ojos. —Es que no sabes sacarte partido. —Entonces el tipo sonrió. —Pero si es un estudio te has vestido así a propósito, ¿no? Ya entiendo. Vas hecha un desastre a posta. Con esas pintas no, no estás demasiado atractiva. —Las puertas se abrieron en el hall y al ver su cara de pasmo por su sinceridad el tipo forzó una sonrisa. —Tengo que irme.

Vio como casi salía corriendo y ella pensando en lo que le había dicho se miró al espejo de nuevo. No se sacaba partido. Eso era evidente cuando esa mañana ni se había peinado. Nunca sería una belleza, pero estaba claro que tenía que cambiar porque por ese camino iba pero que muy mal. Además ella siempre había querido tener hijos y un marido. Era su sueño desde que tenía uso de razón. No sabía en qué punto había perdido el interés por todo lo que la rodeaba, olvidando que fuera de su apartamento había una vida. Y era hora de recuperarla de nuevo,

porque sino cuando se diera cuenta tendría cuarenta años y estaría rodeada de gatos y hablaría sola. —Chica ponte las pilas. —Jadeó al darse cuenta de que hablaba sola desde hacía tiempo y entrecerró los ojos pensando en su objetivo antes de salir del ascensor. Las puertas le golpearon en el hombro con fuerza y gruñó saliendo dolorida. Empezaba muy bien.

Capítulo 2

Repasando la habitación totalmente recogida asintió satisfecha. —Necesitas una colcha nueva —dijo para sí—. Algo con color. Violeta. Me gusta el violeta. —Al darse cuenta de que estaba hablando sola gruñó cogiendo la escoba y el recogedor. —¿De dónde saldrá tanta mierda? Es que es incomprensible —dijo sin darse cuenta yendo hacia el cubo de la basura. El cubo que tenía un sensor se abrió en cuanto puso el recogedor encima y estaba tirando lo que había barrido cuando se empezó a oír la música de su vecino. Se le cortó el aliento porque era una de las obras compuestas por él y miró hacia la pared. Cuando se cerró la puertecita del cubo de basura y se dio cuenta de que se quedaba allí de pie embobada gruñó enderezándose —. Ponte las pilas, guapa. Tienes mucho que hacer.

Volvió al salón y empezó a recoger su abarrotada mesa. Llenó los cajones y despejó el escritorio encantada con el resultado. Después se puso a recoger todos los envases de comida que tenía por el salón y cuando terminó había llenado el cubo de la basura. Bueno, la sacaría después. Sacó el aspirador que tenía en el armario y se puso a limpiar las alfombras. Estaba sacando su silla para limpiar debajo del escritorio cuando llamaron a la puerta. Confundida miró hacia allí pulsando el botón con el pie para apagar la aspiradora. —¿Si?

—Soy tu vecino.

—Oh... —A toda prisa se acercó a la puerta y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo quitó la sonrisa de su rostro y abrió con desgana. —¿Si?

—¿Te han dejado un paquete para mí? Me acaban de llamar y me han dicho que pasaron

esta mañana.

—Se lo habrán dejado al portero. Yo no he estado esta mañana.

La miró como si no se creyera una palabra. —Como siempre estás en casa les dije que te lo dejaran a ti. No me fío de ese portero.

Estaba clarísimo que pensaba que no tenía vida. —Pues no estaba y Frank es muy de fiar, que lo sepas. Así que lo tendrá el.

—Fui muy específico sobre a quién debían entregarle el paquete.

—Pues me parece un atrevimiento que les hayas dicho que me lo dejaran a mí si no me habías dicho nada. Y no he estado en casa. —Frunció el ceño. —¿Estás insinuando que tengo tu paquete y que no quiero dártelo?

Parecía que estaba intentando contenerse. —No estoy insinuando eso. Digo que solo podían dejártelo a ti si yo no estaba en casa, porque esas fueron mis especificaciones y me han dicho que lo han entregado. Y yo no lo tengo —soltó con ironía.

—Pues a mí no me han entregado nada —le dijo como si fuera idiota—. Así que pregunta al portero.

La miró como si quisiera estrangularla y asombrada vio que iba hacia el ascensor de muy mal humor. Pero bueno, era el colmo. Había que tener cara. Le negaba una entrevista y encima quería que recogiera sus paquetes. Cerró la puerta y parpadeó al ver una caja sobre un montón de cartas en el aparador de la entrada. Se le cortó el aliento al ver la etiqueta. Era para Neithan. Pero cómo había llegado aquello allí. Gimió porque seguro que Frank había abierto al repartidor. Si no se fiaba del portero seguro que este no tenía la llave del piso de su vecino. Cogió el paquete que pesaba muy poco y con curiosidad lo agitó. ¿Qué sería? Lo giró hacia la derecha y juró por lo bajo al ver que ponía frágil. Dejó la caja sobre el aparador de nuevo a toda prisa. Como lo hubiera roto se moría. Se mordió el labio inferior porque se iba a cabrear cuando se enterara de que lo tenía. Mejor hacerse la tonta. Como si nada fue hasta la aspiradora y la encendió sabiendo

que no tardaría en regresar. Los golpes en la puerta la sobresaltaron y eso que estaba preparada. Apagó la aspiradora y preguntó casi con miedo —¿Si?

—¡Soy tu vecino!

Sí, estaba cabreado. Al parecer no tenía muy buen carácter. Abrió la puerta y sonrió. —
¿Querías algo?

—¡Mi paquete! ¡El portero le abrió la puerta de tu apartamento para que lo dejara!

Puso cara de inocente. —¿No me digas? —Miró a su alrededor dando la vuelta sobre sí misma. —¿Dónde estará?

Neithan entrecerró los ojos mirando su paquete y lo cogió. —De verdad, las tonterías que hacéis las mujeres para hablar con un hombre.

Jadeó indignada viendo cómo iba hacia su puerta. —Oye, ¿sabes que eres un creído? ¡Qué no sabía que estaba ahí! ¡Antes de la limpieza mi salón era un desastre!

Él la miró sobre su hombro. —Entonces igual que su dueña.

Se miró de arriba abajo. —¡Me he puesto mallas, es un avance enorme!

El portazo la hizo entrecerrar sus ojos. —Será capullo. —Entró en su casa cerrando de golpe y gritó a la pared —¡Engreído!

—Desesperada.

Se puso como un tomate y a punto estuvo de soltar cuatro tacos, pero mejor lo dejaba ahí que ya estaba la cosa calentita. Desesperada. Que pensara eso de ella la molestó muchísimo. Puede que lo estuviera, pero era un imbécil al decírselo a la cara. Un imbécil y un insensible. Chasqueó la lengua cogiendo el aspirador de nuevo. No pensaba dejar que su opinión sobre ella la hundiera en la miseria. Encendió el aspirador y gruñendo siguió limpiando la alfombra.

Dos horas después con la casa reluciente, sacó las dos bolsas de basura y fue hasta la trampilla del final del pasillo. Estaba tirando la primera bolsa cuando escuchó que se abría una puerta. Distraída miró sobre su hombro para ver que era el agradable de su vecino vestido de smoking. Cassandra apretó los labios haciendo que no le veía para coger la otra bolsa del suelo. Neithan ante el ascensor la vio pasar y la miró de reojo, pero no abrió la boca. Ella dolida no pensaba dirigirle la palabra.

—Oye... —dijo él haciendo que se detuviera en seco.

Se volvió entrecerrando los ojos. —No te acuerdas de mi nombre, ¿verdad?

—Te llamas... —Vio como fruncía el ceño. —Amanda.

—Cassandra.

—Eso —dijo como si le importara un pito—. Sobre lo de antes, no deberíamos habernos alterado tanto. Fue un malentendido.

Le miró asombrada. —Eso es lo que intentaba decirte, pero...

—Lo que estaba diciendo, un malentendido —dijo cortándola—. Como somos vecinos y tendremos que vernos a menudo, lo mejor es que firmemos la paz. Te veo un poco agresiva por mi rechazo.

—¿Agresiva yo? —preguntó sin poder creer lo que oía—. ¡Tú te has puesto chulo!

—¿Ves cómo estás agresiva?

—Te tomas demasiadas libertades. No tenía por qué recoger tu paquete.

—Eso es de buen vecino. Yo lo hubiera hecho por ti —dijo haciéndola parecer una bruja—. Tranquila, que no volverá a pasar. —Se metió en el ascensor y pulsó el botón.

—No, si a mí no me im... —Las puertas se cerraron y Cassandra quiso gritar de la frustración. Estupendo, ahora la mala vecina era ella. Y no solo eso, era una desesperada rencorosa.

Entró en casa y agotada física y mentalmente se sentó en su silla ante el ordenador. Suspiró al mirar la maldita página en blanco. Mejor se hacía algo de cenar para seguir aumentando su pandero.

Se despertó sobresaltada con el sonido de la sirena de una ambulancia y gimió porque se dio cuenta de que se había dormido en el sofá otra vez. Al ver el envase de helado sobre la mesa de centro gimió. —Bueno, hay que ser positiva. Así no tendrás que hacer la cama.

Se levantó y fue hasta la bañera llena de energías. Ese día se apuntaría al gimnasio de nuevo. Allí se ligaba mucho. Cerró el grifo después de la ducha y al retorcer su larga melena se preguntó si debía cortarlo. Con el brazo rodeó la mampara fija y alargó la mano para coger una toalla del gancho cuando gimió porque la tarde anterior las había echado a lavar y se le había olvidado poner unas limpias. Sacó las piernas de la bañera y de puntillas salió del baño para buscarlas y al ver una sombra a su lado chilló sobresaltada. Al darse cuenta de que era el portero con un móvil en la mano chilló una y otra vez cubriéndose como podía. La puerta de su piso se abrió de golpe y ella gritó de nuevo. Neithan entró en su casa solo vestido con unos pantalones del pijama de seda negra, lo que provocó que dejara caer la mandíbula del asombro porque no se podía estar más sexy por las mañanas. Mirando el vello negro sobre sus pectorales que le daba un aspecto de lo más masculino ni se dio cuenta de cómo su vecino entrecerraba los ojos mirando al portero que rojo como un tomate negaba con la cabeza. —Venía a traer el correo.

—¿No me digas? Así que el correo, ¿eh? —Neithan le pegó un puñetazo que le tiró al suelo desmayado. —¡Eso se lo vas a explicar a la policía! —Le quitó el móvil de la mano y miró hacia Cassandra que estaba petrificada con los ojos como platos. —Nena, te aconsejo que te vistas a no ser que quieras seguir dando el espectáculo. —La miró de arriba abajo e hizo una mueca. —Bonitos pezones.

Al darse cuenta de que estaba desnuda chilló entrando en su habitación y cerrando de un portazo, asegurando la puerta con pestillo y todo. Se puso roja como un tomate y se miró sus oscurecidos pezones que estaban duros como el timbre de un castillo. Dios, qué vergüenza. ¡El portero la estaba mirando mientras se duchaba! Al pensar en el móvil se puso una camiseta blanca de tirantes a toda prisa y unas mallas ciclistas del mismo color para salir como una tromba fuera de sí.

Neithan estaba en su sofá mirando el móvil. —¿Lo has desbloqueado?

—Está inconsciente, solo he tenido que cogerle el dedo —dijo distraído antes de hacer una mueca—. Bonitas imágenes.

Le arrebató el móvil y se llevó la mano al pecho de la impresión al ver la foto que le había sacado cuando estaba de espaldas. A toda prisa movió la foto para buscar la siguiente y vio que había fotografiado toda la ducha, el muy salido. —Dios mío, Dios mío.

—Era de fiar, ¿eh? —preguntó divertido.

—¡No tiene gracia!

Él se miró la mano y movió los dedos. —No, no la tiene. Joder, creo que me he roto un nudillo.

Ella no le hizo ni caso pasando fotos a toda prisa y al ver una de la señora Martin en la bañera pasándose la cuchilla por la axila puso cara de asco. Neithan al ver su expresión se levantó y reprimió la risa. —Sí que está enfermo.

—Voy a llamar a la policía.

—Ya la he llamado yo. —Cogió el teléfono de su mano y al hacerlo su roce le cortó el aliento, pero él no se dio ni cuenta. —Mira aquí hay otra. —Estiró el cuello acercándose a él y vio a una morena guapísima que vivía en el segundo. —¿Sabes cómo se llama esta?

Le arrebató el teléfono de las manos. —Mejor que lo revise la policía. —Miró hacia el portero que seguía sin sentido y susurró —Gracias.

—¿Qué has dicho?

—He dicho gracias. Gracias por ayudarme.

Sonrió robándole el aliento. —Es de buen vecino.

—Está bien, recogeré tus paquetes.

—Gracias, vecina. —Se miró la mano. La abrió y cerró. Mirando esos largos dedos sintió que se mareaba y todo pensando en lo que podían hacerle sentir. —Joder.

A toda prisa Cassandra fue hasta el frigorífico y sacó la bandeja del hielo volcándola sobre la encimera. Cogió un paño limpio y metió el hielo en él antes de cerrar las esquinas para regresar al salón —Ten, ponte esto que no se te hinche. —Se lo puso sobre la mano con cuidado. —¿Crees que podrás tocar esta noche?

Cuando no le respondió levantó la vista hacia él y sus ojos coincidieron. Su corazón saltó en su pecho al sentirse conectados y separó los labios sin darse cuenta. Neithan miró su labio inferior haciendo que su corazón latiera alocado. —He tocado en peores condiciones —dijo con la voz enronquecida.

—¿Qué le ha pasado a tu puerta?

Se volvieron de golpe para ver a la señora Martin que entró en su casa como si tuviera todo el derecho del mundo.

—¿Qué está pasando aquí? —Al ver a Frank en el suelo se llevó la mano al pecho. —¿Está muerto?

—No, pero deseará estarlo —dijo Neithan—. Siéntese, señora Martin. Esto también la concierne. Y mucho.

Estaban explicando a su vecina lo que estaba ocurriendo cuando la policía entró en su

apartamento. —¡Deténgalo! —chilló la mujer escandalizada—. ¡Es un perverso!

—Exactamente —dijo Neithan reprimiendo una sonrisa.

Una policía de uniforme miró a Cassandra. —¿Está bien?

—Le sorprendí al salir de la ducha. —Se apretó las manos nerviosa y en ese momento escucharon que Frank gemía, pero nadie le hizo ni caso. Señaló a Neithan. —Él entró y le golpeó.

Su vecino levantó una ceja. —De nada.

—Tiene fotos mías y de varias vecinas en su móvil —dijo rápidamente no fuera a ser que le detuvieran a él y era lo que faltaba—. Me estaba espiando.

—¡Un perverso, lo que yo decía! —gritó la señora Martin que estaba roja como un tomate—. Me sacó fotos en la bañera.

Los policías se miraron incrédulos y la mujer que debía tener más rango dijo con las manos en su cinturón. —Detenle. Léele sus derechos.

—No he hecho nada —dijo Frank a punto de llorar—. Venía a traer el correo, lo juro.

Neithan extendió el brazo. —Este es su móvil.

La policía lo cogió. —Deben venir a comisaría a declarar.

—Por supuesto —dijo la señora Martin decidida—. Vamos, niños. Hay que meter a esta escoria en prisión.

—¿Niños? —preguntó Neithan divertido.

—Tiene casi ochenta años, eres un chiquillo a su lado —dijo por lo bajo reprimiendo la risa. Y no sabía qué le hacía tanta gracia porque aquello no tenía ninguna. Debía ser una risa nerviosa.

Al mirar su puerta gimió y Neithan hizo una mueca. —Sí, necesitaría una llave para la próxima vez.

Le miró asombrada. —¡No habrá próxima vez! —Se acercó a la puerta a toda prisa para ver la cerradura reventada. Esperaba que no tuviera que cambiar la puerta. La madera parecía afectada. —No puedo irme hasta que arregle esto. Me robarán —le dijo a la policía.

—Necesitamos su declaración para el juez de guardia. Porque quiere denunciar, ¿no?

—¡Claro que quiero denunciar a ese cerdo!

—Que no he hecho nada —dijo como un disco rayado—. ¿Por qué nadie me cree?

—¡Será porque hemos visto las fotos! —respondió empezando a alterarse de veras. Solo pensar que soltaran a ese chiflado le ponía los pelos de punta.

—¿Yo puedo ir a declarar más tarde? —preguntó Neithan como si estuviera aburrido del tema.

—Sí, por supuesto —dijo la policía sonriendo embozada. Le hizo un gesto con la cabeza a su compañero que tiró del detenido hacia la puerta—. Pero procure venir cuanto antes.

—Entendido.

Cassandra le miró aliviada mientras los policías se alejaban hacia el ascensor. —¿Te quedarás mientras estoy en comisaría? Llamaré al cerrajero de camino.

Se sentó en el sofá poniéndose cómodo. —Claro, vete tranquila. Yo soy un buen vecino.

Entrecerró los ojos gruñendo por dentro y él sonrió de oreja a oreja. —Piensas restregármelo, ¿verdad?

—Todo lo que pueda —dijo cogiendo una revista de encima de la mesa de centro.

Gruñó cogiendo su enorme bolso antes de buscar su móvil que estaba sobre la mesa de trabajo. —Vendré cuanto antes.

—Ajá... —dijo como si aquello no fuera con él mientras hojeaba la revista.

Preocupada fue hasta la puerta, pero se detuvo. —Mejor te doy mi teléfono móvil por si hay algún problema. —Sacó el teléfono de su bolso y le miró interrogante.

—¿Qué? —preguntó Neithan.

—Que me des el tuyo para que te haga una llamada perdida.

—¿Ya quieres mi teléfono, nena? ¿No vas algo rápido? —preguntó con pitorreo.

Le miró con rencor. —¡Estoy segura de que tiene tu número de teléfono la mitad de las mujeres de Manhattan!

Sonrió divertido. —Pareces celosa.

Se sonrojó de la rabia. —¡Oye, te estoy dejando en mi casa! Lo menos que podías hacer es darme tu número por si tengo que llamarte.

—Si quieres me voy.

Ese hombre era imposible y sus dientes chirriaron. —¿Me das tu número o no?

Suspiró como si fuera muy pesada y se lo dio a toda prisa. Ella desconfiando le llamó y no se escuchó nada. Le miró exasperada.

—Está en mi casa. Con las prisas no lo cogí. Como para pensar en coger el móvil con los gritos que pegabas. Creía que te estaban destripando o algo así.

Es que era para matarle. —¿Y cómo crees que voy a llamarte?

—¿Cómo crees que llamé a la policía? —Él señaló el teléfono fijo de su casa. —Te sabes tu número, ¿no?

Es que de verdad era idiota y lo mismo debía pensar él. Fue hasta la puerta y al salir vio su imagen en su sofá. Iba a tener un montón de sueños con ese pijama y con lo que estaba dentro. Gruñó cerrando la puerta y corrió hacia el ascensor donde la señora Martin estaba informando a los vecinos. Al verla asintió. —¡Vamos, niña! Tenemos que impedir que ese delincuente vuelva a hacer esto a alguien más.

—Sí, vámonos. Tengo que regresar cuanto antes.

Capítulo 3

Dos horas después seguía sentada en una silla al igual que la señora Martin, que no hacía más que refunfuñar sobre todo el trabajo que tenía la policía porque esa ciudad estaba llena de delincuentes. Preocupada por su puerta y por todo lo demás, llamó a su casa esperando que el cerrajero de guardia ya hubiera llegado. Su teléfono sonó varias veces y Neithan no lo cogió. Frunció el ceño colgando. —¿Llamas a tu familia?

Giró la cabeza para mirar a la mujer y forzó una sonrisa. —No quiero preocuparles. — Sobre todo porque su madre se plantaría en la ciudad antes de cinco segundos. Era como superwoman y llegaría volando. Ni un huracán la detendría para sacarle los ojos a ese hombre que había osado entrar en los dominios de su niña. —Mejor se lo cuento más adelante.

En ese momento alguien entró por la puerta y se quedó sin aliento al ver a Neithan como salido de una revista masculina con un traje gris con una camisa blanca que decía a gritos tengo éxito y estoy de miedo. De hecho la chica rubia de uniforme que estaba detrás del mostrador hasta se le cayó el teléfono del oído mirándole embobada. Neithan miró a su alrededor y se acercó a ellas. —¿Todavía estáis aquí?

—Tienen mucho trabajo. Te acabo de llamar.

Él se sentó a su lado y el olor de su colonia llegó hasta ella. —Ya está arreglada. —Sacó las llaves del bolsillo y se las puso ante la cara.

Las cogió sintiendo que su corazón se desbocaba. —Gracias. —Al apartar las llaves vio

su mano hinchada y jadeó cogiéndola porque empezaba a amoratarse. —Dios mío.

—No es nada.

La señora Martin hizo una mueca. —Es que le pegaste un buen porrazo. Tardó en despertarse. Esperemos que no te demande.

—No puede hacer eso —dijo sobre su hombro—. Solo me estaba defendiendo.

—Hay mucho listo suelto. Mi nieto, que es abogado, ha visto mil injusticias y algunas las ha llevado él. Voy a llamarle y le pregunto.

Miró su mano de nuevo. —No deberías haberte quitado el hielo. —Preocupada se mordió el labio. —Voy a comprar. Hay una tienda aquí al lado.

—Estoy bien. No está rota. Mi médico vino a verme a tu casa.

Le miró a los ojos sorprendida. —¿De veras?

Mirando sus ojos asintió. —De veras.

—¿Podrás dar el concierto de esta noche?

—¿Quieres entradas?

Su corazón dio un vuelco e iba a decir que sí cuando le miró con desconfianza. —¿Estás tendiéndome una emboscada? Si digo que sí me vas a decir que no hay, ¿verdad?

Sonrió divertido. —Pues no hay, en eso tienes razón.

Gruñó soltando su mano. —Lo sabía.

—Pero tengo dos butacas que siempre reservan para mis allegados o invitados.

La señora Martin apareció sobre su hombro sonriendo de oreja a oreja. —Mi nieto no lo coge. ¿Hablabais de entradas? Me apunto.

Confundida no supo qué decir y se mordió el labio inferior. Tampoco quería que pensara que estaba desesperada por verle, pero aun así dijo sin poder evitarlo —Gracias.

Él asintió mirando al frente. —Por cierto, me debes quinientos pavos.

—¿Por las entradas? —preguntó sorprendida.

—Por la cerradura nueva.

—Oh... —Se sonrojó con fuerza porque no se había acordado de eso y a toda prisa sacó la chequera de su bolso. —Ahora te hago un...

—Ya me lo pagarás.

—¿Señorita Andrews?

Se levantó en el acto. —Soy yo.

—El detective Andrews dice que pase. —La mujer sonrió a Neithan. —¿Usted también viene a la declaración?

Su vecino se levantó y sonrió seductor. —Sí, y si se dieran algo de prisa me harían un auténtico favor.

—Oh... —dijo Cassandra—. Que pase él. Tiene un concierto y debe ensayar.

—¿Un concierto? —La policía cada vez estaba más interesada comiéndole con sus ojitos azules. —Veré qué puedo hacer. —¿Por qué no pasa por aquí y lo hablamos con el detective Preston?

—Perfecto.

Vio cómo iba hacia ella que le abrió la puerta para que pasara. Él dijo algo que no llegó a oír y esta rio con una risa cantarina que la puso de los nervios. Se volvió para sentarse y la señora Martin levantó una de sus cejas platino. —Niña, pareces tonta.

Se sentó en su sitio gruñendo por dentro. —No sé a qué se refiere.

—Si quieres algo con él, tienes que ser más espabilada.

La miró de reojo. —Si quisiera, que no quiero, no tengo nada que hacer. ¿Le ha visto? Puede tener a la que quiera. —Y en ese momento le interesaba más esa policía que ella, eso estaba claro. —Las tiene de todos los colores. ¿Por qué iba a fijarse en mí?

—Mi marido era guapísimo, ¿sabes? —La miró sin creerse una palabra. —¡Lo era!

—Vale.

—Y tenía éxito, era un abogado importante. Murió hace siete años, pero un día tengo que enseñarte una foto. Pues verás, se lo rifaban. Era guapo para quitar el aliento y un hombre de éxito, como nuestro chico. Y yo era como tú, poquita cosa con un buen trasero. —Cassandra se puso como un tomate. —¿Y qué hice? Machacar y machacar hasta que conseguí que se fijara en mí.

La miró interesada. —¿Y cómo lo hizo? ¿También eran vecinos?

—No, claro que no. Era hijo de una amiga de mi madre. Le acosé desde los catorce años y conseguí una cita con veintiuno. —Sonrió radiante mientras ella gemía por dentro. —Eres su vecina, le tienes a mano para intentarlo una y otra vez hasta que en un momento de debilidad, ¡zas! Le rematas.

Cassandra miró al frente y entrecerró los ojos. —¿Solo tengo que esperar un momento de debilidad?

—Exacto. Tú ponte sexy que algún momento de esos tendrá, ya verás. Y cuando le pesques ya no le sueltes. Y hazte la tonta si quiere dejarte. Tú como si no te enteras. Y antes de que te des cuenta ya tendrás el anillo en el dedo porque llega un momento que creen que es el ideal para tener descendencia. Debes estar a su lado en ese momento y calculo que nuestro pianista favorito no tardará en pensarlo.

—¿Usted cree?

—Claro que sí. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres. Eso dice Wikipedia.

—Perfecto, está a punto de caramelo. Este es tu momento. Tú a insistir y a insistir hasta que ceda.

—Así que debo buscar un momento de debilidad, ignorar que me quiera dejar y antes de

que me dé cuenta tengo un anillo en el dedo.

—Eso, y escúchale mucho. A los hombres les gusta hablar y hablar de sus cosas. Si no se sienten atendidos, son como niños y les dan pataletas.

La miró incrédula. —¿Su marido la amaba?

Sonrió radiante. —¿Mi Peter? Más que a nada en la vida. Me costó, pero cuando pasamos por la vicaría era lo primero en su vida. Él fue lo primero para mí desde los catorce. —Chasqueó la lengua. —Pero nunca le eché en cara sus amoríos con otras mujeres antes de casarnos. —La advirtió con la mirada. —No debes ser de esas esposas celosas. Son mucho más guapos que nosotras y debes ser comprensiva porque hay mucha envidiosa por ahí que quiere lo que no es suyo. Eso no significa que ellos no nos quieran o vayan a ceder. Mi marido no cedió en cincuenta y un años. Los celos enturbian una relación. Debes confiar en él. —Suspiró mirando al vacío. —Le echo de menos cada día, ¿sabes?

—¿Cómo es?

La mujer la miró con sus ojitos castaños. —¿Cómo es qué?

—¿Cómo es amar así y sentirse correspondida? ¿Cómo es que el amor de tu vida te ame de la misma manera?

Sonrió con tristeza. —No hay nada comparable. Es la mejor sensación del mundo. Solo me he sentido completa a su lado y desde que no está no temo que me llegue el momento porque sé que le encontraré de nuevo.

—Siento que le haya perdido.

—Solo nos hemos separado temporalmente. —Le dio unas palmaditas en la mano y sus ojos brillaron. —Aún tengo muchas cosas que hacer en este mundo. Que me espere un poquito más. Esta noche nos vamos de concierto. ¿Tienes un vestido bonito?

Pensó en ello y sus ojos brillaron. —Sí.

—Pues a por él.

Entrecerró los ojos decidida. —A por él.

Cuando Neithan apareció de nuevo, regresó con la misma policía que sonreía de oreja a oreja como si hubiera conseguido una proeza. —Esa ya tiene su teléfono —dijo entre dientes.

—Sonríe, querida. Haz que no te importa, aunque te está saliendo una úlcera sangrante en este momento.

Sonrió de oreja a oreja y se levantó cuando él salió por la puertecita. —¿Cómo ha ido?

—Solo he tenido que decir lo que ha pasado. —Era evidente que ese tema ya no le interesaba nada antes de mirar su carísimo reloj—. Tengo que irme.

—¿Las entradas? —preguntó la señora Martin sonriendo.

—Las tendréis en la taquilla —contestó antes de irse a toda pastilla.

—Mierda —siseó por lo bajo—. Señora Martin esto no va bien.

—Llámame Camilla, niña —dijo decidida—. Tú no pierdas las fuerzas. Esto es una carrera de fondo. ¿Haces running?

La miró sorprendida. —Pues no.

—Pues deberías para controlar ese trasero.

Puso los ojos en blanco.

—Señorita Andrews. —Ambas miraron a la policía que mantenía la puertecita abierta. — Puede pasar.

Decidida fue hasta allí queriendo largarse cuanto antes y Camilla la siguió. La policía la miró confundida. —Así terminamos primero y te das menos viajes, bonita. Que tendrás mucho trabajo.

—Pero...

—Gracias —dijo con la cabeza muy alta pasando ante Cassandra—. Vamos, niña. Que si tengo tiempo quiero ir a la peluquería.

—Sí, Camilla —dijo mirándola de reojo—. Puede que también me anime.

—Pero no te cortarás tu preciosa melena. Que te hagan unas ondas, que quedan muy bonitas. —La policía iba a su lado. —Tenemos un concierto, ¿sabe? Toca nuestro chico.

—Sí, yo también voy a ir —dijo ilusionada.

Ambas dejaron caer la mandíbula del asombro. Sería cabrito. Con que solo tenía dos entradas para allegados. Cassandra intentó contenerse mirando a Camilla, que gruñó por debajo antes de decir —Que bien. Igual nos sentamos juntas. ¿Te gusta la música clásica?

—Me gusta todo. —Soltó una risita. —Sobre todo él.

—Ya... —Subieron unas escaleras hasta el primer piso. Camilla cuando llegó arriba parecía que le faltaba el aliento. —Niña, no corras tanto.

—¿Se encuentra bien? —La policía se acercó en el acto y antes de darse cuenta la chica estaba rodando escaleras abajo hasta quedar tirada en el suelo con una pierna en mala posición. Ambas la miraron desde arriba haciendo un gesto de dolor y Camilla gritó —¡Niña, qué ha pasado! ¿Te has tropezado?

—Ay.

—Vaya, se ha caído —dijo cuando la rodearon un montón de policías. Satisfecha miró a Cassandra—. ¿Has tomado nota, cielo? Las escaleras son muy buenas aliadas en ciertas ocasiones.

Entrecerró los ojos. —Lo voy entendiendo.

—Pero que no se note. Ya cogerás práctica. —Camilla sonrió radiante. —¿Dónde estará ese detective?

Con el tráfico que había decidieron apearse en Times Square porque el teatro estaba muy cerca. Su vestido blanco mostraba su espalda al descubierto y su melena en ondas caía sobre su hombro recogida en la nuca con un hermoso prendedor que le había prestado Camilla. Pagó el taxi mientras ella salía y caminando lo más rápido que podían llegaron al teatro donde había cola.

—Uy, qué animado —dijo Camilla entusiasmada—. Hace mucho que no voy a ningún sitio.

—Ni yo.

—Niña tienes que salir más. Eres muy joven.

Hizo una mueca porque ella pensaba lo mismo. Algo nerviosa estiró el cuello. —¿Debería ir a por las entradas a la taquilla? Esta cola es para entregar las entradas en la puerta.

—Sí, vete. Aquí te espero.

Pasó la cola y llegó hasta la taquilla. Se agachó para ver a la chica que comía chicle mirando una Tablet. —Perdona, pero tengo unas entradas reservadas por el señor Akerman.

—¿No me diga? ¿Nombre?

—Soy Cassandra Andrews.

—No. —Siguió mirando la Tablet.

Las habría reservado a nombre de Camilla. —¿Y a nombre de la señora Martin? Es mi acompañante.

—No.

Frunció el ceño. —Eso no puede ser. ¿Puede llamar para decirle que estamos aquí?

—No se puede molestar al artista antes de la función. Normas estrictas, ¿sabe?

Atónita se volvió y caminó por la acera hasta Camilla, que sonrió, pero al ver en sus manos solo su bolsito de mano perdió la sonrisa poco a poco. —¿Y las entradas?

—No las ha reservado.

—¿Cómo que no las ha reservado? —preguntó ofendida—. Nos ha invitado. Estamos vestidas y hemos ido a la peluquería.

Se sintió ridícula. —Mejor nos vamos.

—¡No nos vamos a ningún sitio, niña! —La cogió por la muñeca y tiró de ella hasta la taquilla. Vaya fuerza que tenía para su edad. La chica levantó una ceja al ver el rostro de Camilla en la ventanilla. —¡Mira otra vez!

—Ya le he dicho a ella que no están en la lista. Por favor dejen de molestar.

—¡No estamos molestando! ¡Estamos preguntando! Llama ahora mismo a mi chico para que sepa que estamos aquí. Se habrá olvidado, es un hombre muy ocupado.

—No se ha olvidado. Tiene una invitada. La tengo aquí apuntada y ustedes no están. Ahora si me disculpan... —Cerró el cristal de la taquilla haciendo jadear a la anciana. Camilla entrecerró los ojos. —Ven conmigo.

Con curiosidad por lo que haría en ese momento la siguió. Vieron a un chico que salía de un taxi con una funda de violín en la mano. Camilla le interrumpió el paso.

—Disculpe señora...

Intentó rodearla, pero Camilla le interrumpió de nuevo. —No, disculpa tú. ¿Sabes quién soy?

El chico parpadeó mirándola bien. —Pues no.

—Soy la abuela de mi Neithan —dijo emocionada—. He venido de Massachussets para darle una sorpresa. ¿Me dices por dónde debemos ir?

Las miró con desconfianza. —¿Cuántos hermanos tiene?

—Él es el cuarto —respondió Cassandra rápidamente—. Su madre toca el violonchelo y su padre el piano.

El chico pareció indeciso. —No sé... Puedo meterme en un lío.

—Entonces no te preocupes —dijo Camilla aunque por su cara parecía enormemente decepcionada—. Ven cielo, esperemos en esa cafetería a que salga. Si queremos sorprenderle no podemos llamarle.

—Pero abuela, no puedes estar ahí dos horas. Vámonos al hotel y...

—Vengan conmigo. —El chico fue hasta el callejón y las animó con la cabeza. Ambas se miraron con una sonrisa en los labios.

—Niña, si quieres ser periodista debes espabilarte un poco.

—Tengo la sensación de que contigo voy a aprender muchísimo —dijo cogiéndose el bajo del vestido para darse prisa.

El chico abrió una puerta de hierro y allí había un hombre enorme con pinganillo. —Vienen conmigo.

El hombre asintió haciéndose a un lado. Pasaron por un estrecho pasillo y Camilla soltó una risita. —Qué emocionante.

Cassandra sonrió sin poder evitarlo porque era una pieza de cuidado. No le extrañaba que su Peter al final se hubiera dado por vencido. Es que era casi imposible decirle que no. Al llegar al final del pasillo giró a la derecha y el chico señaló la puerta del fondo. —Es aquella. La que tiene la estrella.

—Gracias —dijo Cassandra—. Vamos, abuela. Se va a poner como loco.

Fueron al final del pasillo y cuando Cassandra miró hacia atrás vio que el chico había desaparecido.

—Tenía prisa. Abre —dijo Camilla impaciente.

—Tengo que llamar. —Golpeó suavemente con los nudillos, pero no se escuchó nada, aunque era difícil saberlo porque se oía a la orquesta afinando en el teatro.

Camilla abrió la puerta antes de que pudiera impedirlo y Cassandra sintió que el suelo temblaba bajo sus pies al ver a Neithan besando apasionadamente a una rubia preciosa que llevaba un vestido rojo. La mujer abrió los ojos y al verlas se apartó de golpe. Neithan miró sobre su hombro y al ver que eran ellas entrecerró los ojos. —Joder.

—Chico, ¿te habías olvidado de nosotras?

Se pasó la mano por el cabello. —Pues la verdad es que sí.

Camilla se echó a reír. —Este Neithan...

Neithan miró hacia Cassandra que se había quedado de piedra. Es más, se sentía traicionada y eso era una tontería porque le había dicho varias veces que no le interesaba. Muerta de la vergüenza forzó una sonrisa. —Sentimos molestar.

—No molestan —dijo la chica cogiendo su bolsito rojo—. Tengo que ir a mi butaca. — Seductora acarició la mejilla de Neithan. —Te veo luego, amor.

Cassandra sintió que le retorcían el cuchillo que tenía en el estómago y se apartó a un lado para dejarla pasar.

—Tienes carmín en los labios, chico —dijo Camilla como si nada—. ¿No querrás salir así?

Neithan juró por lo bajo y se volvió cogiendo un tissue de la caja para pasárselo por los labios. Viendo como quitaba el color que ella misma se había puesto esa noche para él, se sintió como una estúpida. Neithan la miró a través del espejo y avergonzada bajó la vista.

—Si nos dices dónde debemos sentarnos —dijo Camilla—. Estamos impacientes por ver lo que haces.

Muy tenso levantó un teléfono. —Adam ven aquí. —Colgó de inmediato y se volvió. — Enseguida os acompañan.

—Gracias. Bonito camerino, ¿verdad Cassandra?

Ella solo quería irse de allí a toda pastilla. Por Dios, si se había olvidado de ellas. Y no solo eso. Había invitado a la policía casi ante sus narices para luego enrollarse con otra en el camerino. No tenía respeto por nadie.

—Sí, muy bonito —respondió aunque casi ni lo había mirado. Incómoda miró hacia atrás esperando que ese Adam llegara cuanto antes.

Apoyando la cadera en el tocador Neithan se cruzó de brazos mirándola de arriba abajo. —Vaya, vaya... Camilla si no la hubieras llamado por su nombre no la habría reconocido.

Sorprendida le miró a los ojos.

—¿Verdad que sí? Está tan bonita que he tenido que quitarle un montón de moscones de encima de camino hacia aquí.

—¿No me digas? —preguntó mirándola fijamente.

Ella dolida apartó la mirada y casi llora del alivio al ver que un hombre se acercaba a toda prisa. —Adam, ¿puedes llevar a mis invitadas a sus asientos? Se me olvidó reservarlos.

—Pero Neithan... —dijo sorprendido—. Solo queda una butaca y la habías reservado para otra persona. Afortunadamente no ha venido, pero es la única que hay.

—Pues arréglalo.

—No pasa nada. —Cassandra dio un paso atrás forzando una sonrisa. —Que se quede Camilla, que le hacía mucha ilusión.

—No, espera. —Neithan se acercó a Adam. —Tiene que haber más butacas libres.

—Te digo que no. Como no quiera verlo desde bastidores no podrá ser.

—Sí, desde bastidores —dijo Camilla animándola con la mirada—. Seguro que será mucho más interesante.

Se sonrojó totalmente avergonzada. —No quiero molestar, ya será otro día. —Dio la vuelta con unas ganas locas de irse, pero alguien la cogió por la muñeca. Al volverse vio que era

Neithan que sonreía con ironía y se le puso un nudo en la garganta.

—No molestas, ¿verdad Adam?

El hombre sonrió. —Nos pasa mucho. Venga conmigo, señorita. Tengo el mejor sitio de todo el teatro. Señora...

Camilla pasó ante él y sonrió. —Mucha mierda.

Neithan se echó a reír. —Gracias.

Adam se adelantó a toda prisa. —Debemos apurarnos un poco. Está a punto de empezar. Cinco minutos. —Miró a Cassandra. —¿Me espera aquí mismo?

—Sí —dijo más incómoda que en toda su vida.

—Enseguida vuelvo. Señora, ¿me acompaña a su sitio?

Camilla le guiñó un ojo antes de alejarse. Muerta de la vergüenza apretó el bolsito entre sus manos mirando de un lado a otro. Allí estaba muy oscuro y había trastos por todas partes. Al estirar el cuello dando la vuelta a la esquina encontró la entrada al escenario y observó como varios operarios salían a toda prisa. Se quedó mirando a uno que llevaba un atril en la mano. Al parecer se le había roto una pata. Una caricia en la espalda la sobresaltó y al volverse encontró los ojos negros de Neithan. Sintió que su corazón se le quería salir del pecho y él se acercó para susurrar en su oído —Empieza el espectáculo. —Besó el lóbulo de su oreja robándole el aliento y se alejó de ella entrando en el escenario. Se escucharon golpecitos y supo que eran los aplausos de sus violinistas con su arco dándole la bienvenida. Sin poder evitarlo se acercó a la entrada del escenario para ver cómo se sentaba ante su hermoso piano de cola negro y que detrás de él había al menos veinte violinistas sentados en sus sillas esperando que se levantara el telón. La sorprendió que les diera la espalda y que la cola de su piano mirara hacia ella, pero lo que le sorprendió aún más fue que ya estuviera totalmente concentrado.

—Tenga, señorita —dijo Adam poniendo una silla tras ella.

Neithan pasó unas hojas y asintió. Sin quitarle la vista de encima se sentó en su silla

mientras el telón de terciopelo rojo ascendía y los aplausos empezaron a oírse. Neithan no esperó a que se terminaran. Inició una pieza que tenía tal fuerza que hizo que separara los labios de la impresión. Le dio pena no poder ver cómo tocaba las teclas. Solo lo había visto en videos y por su fuerza y agilidad debía ser impresionante. La música la envolvió y cuando el ritmo se volvió más melodioso se escuchó la música de un solo de violín. Al mirar hacia allí vio que era el chico del taxi y sonrió sin poder evitarlo. Este se dio cuenta de quien era y le guiñó un ojo antes de que los demás violines se unieran a él. Cuando sus ojos regresaron a Neithan se le cortó el aliento porque la estaba observando. Sus miradas se entrelazaron y mientras él seguía tocando tuvo la sensación de que tocaba para ella. Su pecho se llenó de emoción y se llevó la mano allí sin poder evitarlo. Él la miró como si fuera suya antes de tocar la última tecla. Se levantó mientras el público aplaudía de manera atronadora. Vio cómo se inclinaba dando así las gracias antes de regresar a su sitio. Miró el teclado respirando hondo antes de empezar una pieza que ella conocía bien porque la había escuchado mil veces. Sonrió y él levantó la vista sonriendo también antes de regresar la vista hacia su teclado de nuevo. Era tan apasionado, tan entregado que fue imposible no emocionarse con la pieza y cuando terminó una lágrima corría por su mejilla. La miró y él apretó los labios antes de empezar con una pieza de Mozart y así fue intercalando una pieza tras otra. Pero las que más le gustaban, las que más disfrutaba eran las que había compuesto él. Ni se dio cuenta de cómo pasaba el tiempo, simplemente disfrutaba de su arte y cuando se levantó de nuevo se sintió algo triste porque acabara. Pero él hizo callar los aplausos. —Esta noche quiero mostrarles una nueva composición. Se llama Desastre. —Ella jadeó recordando su apartamento antes de la limpieza y él divertido se sentó ante el piano. No podía ser. Era una casualidad. Una casualidad con muy mala leche. Empezó a tocar de un lado a otro del teclado como si no tuviera sentido, pero llegó un punto en que una nota concordaba con la siguiente y con la siguiente hasta formar una melodía tan preciosa que le robó el corazón. Llegó al estribillo y los violines se le unieron. Entonces la miró a los ojos y le sonrió de una manera que supo que no olvidaría ese momento jamás. Cuando la última nota discordó varios se echaron a reír antes de aplaudir enfervorecidos. Ella se levantó aplaudiendo y Neithan le guiñó un ojo antes de tomar aire para

ponerse en pie. Se inclinó antes de aplaudir a su orquesta que agacharon la cabeza en señal de respeto. Jamás se sintió más orgullosa de alguien y de repente perdió la sonrisa. ¿Qué hacía allí? Viendo a todo aquel público que le adoraba, sabiendo de todas esas mujeres con las que salía, se dijo que era una estúpida y solo sintió ganas de huir. Cogió su bolsito de la silla y corrió por el pasillo. El hombre de la puerta de salida se la abrió para que pasara y cuando llegó a la calle tomó aire necesitando respirar. Se llevó la mano a su pecho reprimiendo las ganas de llorar porque esa noche había entregado su corazón a un hombre que no la amaría nunca.

Capítulo 4

Tomó aire ante la puerta y la golpeó dos veces. Apretó el sobre entre sus dedos y nerviosa esperó. La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y Neithan en pijama sonrió irónicamente. — Vaya, vaya... Ayer tenías prisa.

—Es que no quería molestar más —dijo evitando mirarle antes de estirar la mano—. El dinero. —Él apretó los labios cogiendo el sobre. —Gracias por todo. —Se volvió a toda prisa hacia la puerta de su apartamento.

—Camilla preguntó por ti —dijo saliendo de su casa.

Forzó una sonrisa. —¿Si? Es que luego no nos encontramos. Hablaré con ella.

—¿Te gustó el concierto?

Se detuvo cuando iba a entrar en el apartamento y le miró sobre su hombro. —Fue fantástico. No me extraña que no tengas butacas.

Él apretó los labios. —Siento lo de los asientos. Se me olvidó.

—Claro, estás muy ocupado. Bueno, tengo que trabajar. Adiós.

—Cassandra...

Juró por lo bajo antes de volverse de nuevo. —¿Si?

—¿Estás enfadada?

Se sonrojó con fuerza. —¿Yo? No, claro que no. ¿Por qué debería estarlo?

—No quería avergonzarte.

No, simplemente ni se había acordado demostrando el interés que tenía por ella. —No lo hiciste —dijo con orgullo—. Lo siento, pero tengo que irme. Tengo fechas de entrega y voy fatal.

—¿Sigues con la sequía creativa?

—Algo así. Adiós. —Se metió en su apartamento y cerró la puerta apoyándose en ella.

Cuando escuchó que cerraba su puerta respiró más tranquila. Bueno, ahora a trabajar que lo peor ya había pasado. Mejor refugiarse en el trabajo y así se olvidaría de él al menos unas horas. Fue hasta el ordenador y se sentó encendiéndolo. —Eso es Cassandra, hora de empezar el libro. Escribe lo que sea, da igual. Luego lo borramos.

Estupendo ya estaba hablando sola de nuevo. Solo le faltaba comprar el gato.

Una hora después estaba mirando internet para ver si se le ocurría algo cuando se le coló la publicidad de una página web de pianos. Chasqueó la lengua cerrando el buscador. —Eso te pasa por haber cotilleado lo que no debes.

Llamaron a la puerta y se le cortó el aliento mirando hacia allí. —¿Sí?

—Niña, soy yo. Te traigo croquetas.

—¿Croquetas? —Una vez las había probado en un restaurante español y eran deliciosas. A toda prisa fue hasta la puerta. Cuando abrió Camilla sonrió con un táper en la mano. —¿De verdad has hecho croquetas?

—De jamón. Mi abuela era española. Ella me enseñó de pequeña. A mi Peter le pirraban.

—Te quiero...

Camilla soltó una risita entrando en el apartamento y dijo en voz baja —Está en casa.

—Sí, lo sé. —Después de cerrar la puerta la miró arrepentida. —No te esperé, lo siento.

—No pasa nada. Fue un momento algo duro para ti —dijo yendo hacia la cocina—. A esa

del vestido rojo la hubiera tirado por la ventana, pero en su camerino no había.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta. —No se acordó de la reserva de entradas, Camilla. No hay nada que hacer. Has roto una pierna para nada.

—Mi Peter también se resistió mucho —dijo como si nada viendo los cacharros en la pila del día anterior. Con las prisas por ir al concierto ni lo había recogido—. Cielo, tienes la cocina hecha un desastre.

Cassandra levantó una ceja y su vecina abrió los ojos como platos llevándose la mano al pecho. —Dios mío, la compuso por ti.

Se sonrojó. —Pudo ser una casualidad, ¿no?

—¿Y después de eso piensas que no le interesas? Si ha pensado en ti en ese momento, es que no te puede sacar de su cabeza.

—¿Eso crees? —preguntó sintiendo que la esperanza renacía en su pecho.

—Sí, cielo... pero recoge la cocina porque quedas fatal cada vez que entra alguien en tu casa. —Pasó a su lado.

—Oh espera, el prendedor. —Corrió hacia su habitación y al llegar al tocador miró a su alrededor. ¿Dónde lo había puesto?

Camilla al ver la cama sin hacer y todo lo demás reprimió la risa. —¡Vale, lo he pillado! Pero para que lo sepas estoy en proceso de reforma, ¿sabes? Y empecé hace unos días.

—Eso es evidente.

—Ni te imaginas como estaba la casa antes. —Vio el prendedor sobre la mesilla de noche encima de una pila de libros. —Aquí está. —Se acercó a ella con él y se lo tendió. —Gracias, es precioso.

—Me lo regaló Peter en nuestro décimo aniversario.

Jadeó llevándose la mano al pecho porque era muy importante para ella. —¿Y me lo has

prestado? No vuelvas a hacerlo. Lo pierdo todo. Soy un... —Se puso como un tomate y Camilla se echó a reír a carcajadas. —Vale, me pondré las pilas.

—Intenta reformarte en serio, ¿quieres? Nuestro chico es algo quisquilloso con esas cosas.

Se le cortó el aliento. —¿Has estado en su casa?

—Claro, fui a presentarme cuando se mudó y le llevé un bizcocho de plátano. ¿Tú no? —Negó con la cabeza. —La antigua casa de Berti es mucho más grande que la tuya. Tuvo cinco hijos, así que imagínate. Le ha quitado el papel pintado y está toda de blanco. Todo muy minimalista como se dice ahora. Predomina el color gris y el blanco. Moderna y funcional, pero no demasiado. Tiene fotos tuyas en una pared que deben ser de tus éxitos en varios conciertos. Su dormitorio no lo vi, pero me imagino que será más o menos igual. Y el piano está en el salón. Es hermoso. Más hermoso aún que el de ayer del concierto.

—¿De veras?

—Parece más antiguo. Pero qué sabré yo de música. —Le guiñó un ojo llegando a la puerta. —Bueno, voy a por su táper y luego te cuento.

—Camilla... —La mujer se detuvo y la miró interrogante. —¿Mereció la pena? —Parecía que no la entendía. —Esos años en que insistías, los rechazos, las desilusiones... ¿merecieron la pena por lo que vino después?

—Totalmente —respondió sin dudar.

—¿Y si no llego a conseguirlo? ¿Y si sufro para nada?

—El que no lo intenta nunca consigue nada. —Sonrió con ternura. —Debes tener paciencia. —Entrecerró los ojos. —No puedes ponerte un plazo como si fuera un artículo que tienes que entregar.

Se sonrojó. —¿No?

—¿Hablas en serio? ¡Esto no va así!

—Es que yo trabajo mejor bajo presión. Pregúntaselo a mis editores que siempre les tengo de los nervios.

—Así que trabajas mejor bajo presión. —La miró maliciosa. —Seis meses, pero tendrás que ser machacante.

—La más pesada de todas las mujeres que ha conocido, lo juro. Y si en seis meses no consigo nada, lo dejo definitivamente.

—Muy bien. —Alargó la mano. —¿Trato hecho?

Estrechó su mano sintiendo un alivio enorme. —Hecho.

—Y deja de lloriquear por las esquinas porque mire a otra.

—No la estaba mirando precisamente —dijo entre dientes.

—Bah, un tropiezo en el camino. Ya verás cómo mejora.

Miró su puerta. —Eso espero.

Esa tarde empezó el libro y de repente las ideas fluyeron de tal manera que ni se acostó porque no quería perder el hilo. Ni se dio cuenta de que se quedaba dormida sobre la mesa y cuando llamaron a la puerta se despertó sobresaltada con un post-it pegado a la cara, pero ella ni se enteró. Medio dormida se levantó de su silla cuando llamaron de nuevo y abrió la puerta sin mirar siquiera.

Neithan levantó una ceja al ver su aspecto y reprimió la risa. —Buenos días.

—¿Qué hora es? —preguntó antes de bostezar.

—Las diez de la mañana.

—Ah. —Parpadeó y apoyó el hombro en el marco de la puerta. —Muy temprano, ¿no?

—Depende de para qué. ¿Estarás en casa?

—Ajá... —Se rascó la barriga y de repente vio algo amarillo cerca del ojo. Asustada quiso apartarlo del rostro hasta que se palpó la cara. Se dio cuenta de lo que era y se lo arrancó de la piel espabilándose de golpe. Forzó una sonrisa mirando el post-it. —Un apunte importante.

—Ya veo. —Rio por lo bajo. —Me van a traer un paquete.

—Vale.

—Es frágil.

Se sonrojó, pero él no podía saber que ella había agitado el paquete anterior, así que se hizo la tonta. —Tendré cuidado.

Neithan la miró de arriba abajo y ella gimió por dentro porque llevaba un pijama corto de los Simpson. —Bonitas uñas.

Ella se miró los pies y movió los dedos. —Es rojo fuego.

—Me gusta ese color.

Se sonrojó de gusto, pero luego recordó a la del vestido rojo. Esa debía conocerle muy bien. —Ya me había percatado —dijo sin pensar. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho quiso morirse.

Él levantó una ceja. —¿Lo dices por mi amiga?

—¿No tenías prisa?

—¿Estás celosa?

No debía mostrarse celosa así que dijo a toda prisa —Te veo muy interesado por si estoy celosa o no. ¿Acaso quieres darme celos? —Tanto para ella.

—Nena, creo que tú te animas sola. Solo hay que verte.

—¡Qué no estoy celosa!

Él sonrió satisfecho y se volvió para ir al ascensor. —Que tengas un buen día.

Entrecerró los ojos porque lo único que quería era provocarla. —Serás... —Cuando

desapareció de su vista gruñó antes de cerrar la puerta. Se miró las uñas y sin poder evitarlo sonrió. Necesitaba buscar pijamas más sexis. Nada de Simpson en el futuro por si la pillaba de nuevo recién levantada.

Sentada ante su ordenador intentó darle un giro a la historia cuando escuchó la llave en la cerradura. Asombrada miró hacia allí para ver que Neithan abría la puerta y cogía el paquete. — Gracias.

Iba a cerrar la puerta cuando se levantó asombrada. —¡Un momento! —Él chasqueó la lengua. —¿Cómo tienes mi llave?

—El portero, ¿recuerdas? Te dije que me quedaría una llave.

—¡No, no me dijiste eso!

—Sí, si recuerdas...

—¡Tengo muy buena memoria, gracias! ¡Y te dije que lo que ocurrió con Frank no iba a volver a pasar! —Extendió la mano. —La llave, por favor.

—¿Y si algún día tengo que entrar de nuevo? ¿Y si estás dormida por esos horarios de locos que llevas y no quiero molestarte? —Cassandra frunció el entrecejo porque su argumento era de lo más razonable. —Mejor me la quedo.

Iba a cerrar la puerta cuando ella lo impidió. —¿Y si tengo que entrar yo a tu piso? ¿Y si te ocurre algo y tengo que llamar a alguien?

—Me encontrará mi asistenta que viene dos veces a la semana. ¿Te doy su número?

Jadeó ofendida saliendo al pasillo mientras él divertido abría su puerta. —¿Y por qué no recoge ella tus paquetes?

—Ya te lo he dicho, viene dos veces a la semana. Ahora tengo que ensayar y no puedo

quedarme a discutir contigo, nena.

Neithan cerró la puerta y gritó impotente —¡Vale, pero flojito! ¡Chopin, que quiero dormir la siesta!

Escuchó su risa al otro lado y sonrió sin darse cuenta entrando en su casa. Aquello no iba tan mal como pensaba al principio.

Tumbada en el sofá minutos después escuchó la melodía de una nana y suspiró cerrando los ojos con una sonrisa bobalicona en la cara. El sonido estridente de una pieza que le puso los pelos de punta le hizo abrir los ojos de golpe. —Qué mala leche tiene. —Se giró en el sofá cogiendo el cojín para ponérselo sobre el oído.

De repente la pieza se interrumpió y ella quitó el cojín del oído saltando del sofá para correr hacia la puerta. Abrió una rendija con cuidado para ver el perfil de una muchacha con el pelo pintado de colores y unos vaqueros rotos. Vio como llamaba de nuevo. ¿Pero cuántos años tenía? Frunció el ceño porque no debía tener más de dieciséis o diecisiete años y era muy sospechoso que él no quisiera abrirle. —¿Neithan? Sé que estás ahí. ¡He oído el piano!

Era evidente que quería esquivarla, así que abrió la puerta. —Es una grabación que me ha prestado. —La chica la miró con unos increíbles ojos azules. —¿Querías algo? Mi vecino no está.

La miró indecisa. —¿Sabes cuándo volverá?

—No volverá hoy. Hasta mañana no toca y se ha ido un par de días. Me ha encargado que recoja un paquete, por eso pensé que era el repartidor.

Se acercó a ella un par de pasos. —¿Pero estará mañana? —Parecía angustiada.

—No estoy segura. Va y viene. ¿Ocurre algo en lo que te pueda ayudar?

Apretó los labios antes de mirar su puerta de nuevo. —No, gracias.

—De nada —susurró pensativa viendo como iba hacia el ascensor. Estaba claro que necesitaban un portero. Y si estaba cuerdo y no era un perverso mucho mejor. Cuando se fue

esperó unos minutos y salió de su piso golpeando ligeramente la puerta —. Soy yo, ya se ha ido.

La puerta se abrió y por el rostro de Neithan se dio cuenta de que estaba muy cabreado. Él se alejó hasta su piano y lo consideró una invitación, así que cerró a toda prisa después de pasar. El salón estaba impresionante y durante un momento se quedó mirando el hermoso piano que tenía unas patas como los muebles del estilo Luis XVI. Que él jurara por lo bajo la sacó de su ensoñación para mirarle. Vio cómo se sentaba en el sofá y preocupado apoyaba los codos sobre las rodillas. —¿Qué pasa? ¿Esa chica te da problemas? ¿No te habrás liado con ella?

—¿Cómo voy a liarme con ella? ¡Si es una cría!

Suspiró del alivio. —¿Entonces? No parece agresiva. —Entrecerró los ojos. —Una fan chiflada de esas que no te deja en paz.

La miró a los ojos. —Es la hija del productor del espectáculo.

Separó los labios entendiendo. —Vaya.

—¡Exacto, joder! ¿Sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí? ¡Y ahora una niñata de diecisiete años va a joderlo todo! ¡Es un hombre lo bastante influyente como para hundir mi carrera!

—Relájate...

—Hasta me he mudado. Pero se ha enterado de mi nueva dirección. —Él apretó las manos. —Eso es que Adam se lo ha dicho. Era el único que lo sabía.

—Bueno, él y todas las chicas que te has traído a casa.

La fulminó con la mirada. —¡Nena, ahora no estoy para tus celos!

Chasqueó la lengua. ¿Celos? ¿Qué celos? —¿Has hablado con ella?

—Mil veces —dijo entre dientes—. He intentado hacérselo ver de mil maneras. Pero nada, es machacante como ella sola.

Dejó caer la mandíbula del asombro. Esa chica era Camilla en la era moderna. Ahora se

llamaban acosadoras. Igual no debía seguir su técnica, en la actualidad no estaba bien visto. Bueno, ya pensaría en ello más tarde. Ahora había que librarle de esa niñata.

—¿Te ha visto con otras mujeres? —La miró exasperado. —Vale, eso es que sí. —Soltó una risita por una idea loca que se le pasó por la cabeza. —Pues como no te cases para que lo pille.

Neithan entrecerró los ojos como si estuviera pensando en ello y el pánico la invadió. ¡No! ¡No podía pensar en esa posibilidad porque no pensaría en ella para ponerle el anillo en el dedo! —Era una idea loca.

—No... —dijo él pensativo—. Tienes razón. Si cree que no tiene ninguna posibilidad ni ahora ni en el futuro, se le pasará.

—Es un poco drástico casarse con alguien para librarte de ella —dijo a toda prisa—. Pensemos en otras opciones que...

—Tú estás soltera, ¿no?

Le miró asombrada y Neithan sonrió de esa manera que la volvía loca. —Y no tienes novio. Nada que impida un matrimonio, ¿cierto? —Asintió aún en shock. —¡Entonces es perfecto!

—¿Ah, sí? —preguntó casi sin voz.

—Podemos seguir nuestras vidas y más adelante, si alguno de los dos decide unirse a otra persona, pues nos divorciamos.

—¿De veras? —preguntó creyendo estar teniendo imaginaciones. Debía dormir más—. Creo que me voy a dormir esa siesta.

Él corrió hacia la puerta impidiéndole el paso. —Te debería muchísimo.

—¡No puedes hablar en serio! —gritó espabilándose—. ¡El matrimonio es algo muy serio!

—¡Y mi carrera también! ¡He trabajado mucho para llegar hasta aquí!

Dio un paso atrás porque hablaba muy en serio. —Neithan, creo que no lo has pensado bien. Dale una vuelta y...

—Llevo así un año. ¡Huyendo de una niña que se ha encaprichado! ¡Estoy harto! ¿Vas a ayudarme o no?

—Esto no es como recoger un paquete, ¿sabes?

Él pareció aliviado. —Eso significa que te lo tienes que pensar.

No, ella diría que sí corriendo, pero le daba la sensación de que aquello estaba abocado al desastre. —Mira, no nos conocemos...

—Esto es un pacto, no un matrimonio. Un favor entre amigos.

—Ah, que somos amigos... ¡Pues bien que te olvidaste de reservar las entradas de tu amiga!

Sus dientes rechinaron. —Qué rencorosas sois las mujeres. ¡Se me olvidó!

—¡Lo que yo decía! ¡Además, no voy a dejar que me dejes de cornuda por todo Nueva York!

Neithan entrecerró los ojos. —Seré discreto.

—¡No, gracias! —Intentó pasar cogiendo el pomo de la puerta, pero él le impidió abrir. —Neithan...

—Cien mil dólares.

Le miró como si estuviera loco. —¡No quiero tu dinero! —exclamó indignada.

Él sonrió. —¿La entrevista?

—¡Ja! —Intentó abrir de nuevo, pero nada que no se movía.

Vio algo en su mirada que la detuvo. —He visto en el tablón que está tras tu ordenador una foto de una casita en los Hamptons. —Se le cortó el aliento. —Es una cabaña medio derruida

que está a la venta.

—¿Cómo sabes eso?

—Curiosidad que tiene uno. Le saqué una foto y un amigo la ha localizado. Cuesta doscientos mil dólares. Un auténtico chollo en esa zona. Es tuya en cuanto firmes los papeles.

Que se hubiera molestado en buscar la casa hizo que su corazón diera un vuelco en su pecho. No podía ser. No podía tener la suerte de conseguirlo todo de un plumazo. Pero no pudo evitar decir —Tú no quieres casarte conmigo, soy un desastre.

Hizo una mueca mirando su camiseta vieja y sus leggins azules. —Nena, es un matrimonio de mentira. Y cuando te arreglas no estás tan mal.

—¡Vaya, gracias!

—¿Trato hecho?

Vio como alargaba la mano herida y su corazón se puso a mil por hora, pero antes de darse cuenta su mano estrechaba la suya. Neithan sonrió. —Gracias.

—Gracias a ti —dijo sintiendo que las mariposas que tenía en el estómago pegaban botes de la alegría como locas. Sin poder creérselo abrió la puerta y él se apartó. —¿Y esto cuándo...?

—Te contaré los detalles.

Soltó una risita nerviosa. —Qué locura.

—Va a salir bien, ya verás.

Asintió y embobada salió de su casa. Como en una nube ni se dio cuenta de cómo cerraba la puerta. Pasó de largo su piso hasta llegar al de Camilla. La mujer con rulos en la cabeza sonrió al verla. —No tengo más croquetas.

—¿Podemos hablar?

—Claro, tengo todo el tiempo del mundo. Niña, ¿estás bien?

Camilla sentada en el sofá floreado con ella a su lado, dejó caer la mandíbula del asombro. —Sí que trabajas mejor bajo presión, sí.

Se apretó las manos muy nerviosa. —Es una locura, ¿no?

—¿Pero qué dices? Tienes una suerte bárbara. —Cogió su mano. —Tendrás una ventaja que no tiene ninguna. Que tú ya tendrás el anillo en el dedo y eso... —Sonrió de oreja a oreja antes de reír. —No sabe dónde se está metiendo.

—¿Eso crees? Él dice que podemos seguir con nuestras vidas y si en el futuro...

—El futuro es un periodo de tiempo muy ambiguo, querida. Ahora lo importante es que no cambie de idea y para eso esa niña tiene que ponerle nervioso otra vez. —Entrecerró los ojos. —La próxima vez que venga, que vendrá, no intervengas.

—Vale —dijo decidida.

—Tenemos que acelerar esa boda cuanto antes.

—¿Crees que puede arrepentirse? Hemos hecho un trato.

—Ya, pero de repente puede entrarle el miedo de perder su libertad. Tú hazte la loca. Si saca el tema tú cámbialo de inmediato con cualquier otra cosa. El sexo distrae mucho.

Se sonrojó. —No creo que a él le apetezca demasiado. Ya me ha visto desnuda y se quedó como si nada.

—Qué tontería. Mueve ese culito y te aseguro que te llevará a la cama más cercana.

Capítulo 5

Cargada de bolsas de la compra y de cuatro cosillas que se había comprado por si había suerte, salió del ascensor deteniéndose en seco al ver a la chica llamando a la puerta de Neithan. Le había dicho que estaría al día siguiente y allí estaba ella.

La chica la miró. —¿Sabes si ha llegado? —Vio en sus ojos la ansiedad y entonces sí que empezó a preocuparse. —Estoy llamando y no me abre.

Se agachó para dejar las bolsas sobre el suelo y sacó su llave. —No está.

Era evidente que estaba decepcionada. —Vaya.

—Te veo muy interesada en mi novio.

Vio como entrecerraba sus ojos azules. —Ayer le llamaste vecino.

—Es que todavía no lo hemos anunciado como Dios manda. —Sonrió ilusionada. —Nos casamos el mes que viene y estamos esperando a que vengan mis padres para que me dé el anillo. Vendrán este fin de semana.

—Pero eso no puede ser... —dijo palideciendo—. ¡No puede casarse contigo!

Puso la mano en la cintura. —¿Y eso por qué, bonita?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Me quiere a mí!

Estaba tan convencida que se le encogió el corazón. —No puedes hablar en serio.

—¡Además se acuesta con otras! ¡No te quiere!

—Entonces a ti tampoco, ¿no?

La chica la miró asombrada. —Es porque está esperando a que crezca.

—No digas locuras. Te aconsejo que no vuelvas por aquí, ¿me has entendido? Deja a mi hombre en paz. Qué pesadas son estas niñas —dijo cogiendo sus bolsas como si todo el día tuvieran allí esos espectáculos—. ¡Me tenéis harta! Que sea guapo y buen pianista no significa que tenga que soportar vuestros caprichos. ¡No vuelvas más o llamo a la policía!

—No te quiere. ¡No se va a casar contigo!

Exasperada dejó las bolsas en el suelo de nuevo. —Mira bonita, ¡mi hombre me quiere mucho! ¡Y yo a él! ¡Así que no me retes que igual te llevas un par de guantazos de regalo!

Camilla abrió la puerta. —Cielo, ¿qué ocurre?

—Esta niñata que dice que Neithan no me quiere. Al parecer tiene que quererla a ella.

La chica salió corriendo y sin esperar al ascensor bajó por las escaleras. Camilla se puso a su lado. —¿Qué te había dicho?

—Es que me pilló volviendo de la compra —dijo por lo bajo. Fue hasta la puerta de Neithan y llamó. Esperó impaciente, pero al parecer no estaba en casa—. ¿Neithan?

—Se fue hace un par de horas. Al parecer tenía mil cosas que hacer porque uno de sus violinistas se había roto la mano.

Suspiró yendo hasta sus bolsas de nuevo y Camilla entrecerró los ojos. —Cuidado con esa.

—Si es una niña.

—¿Crees que un hombre hecho y derecho como Neithan, que está acostumbrado a lidiar con mujeres, se iba a casar por una niña que tiene un capricho? He visto algo en su mirada que me ha puesto nerviosa.

Preocupada la miró a los ojos. —¿Tú crees?

—Esperemos que con tu advertencia baste. —Miró las bolsas. —¿Qué te has comprado?

—Pijamas. Pijamas sexis.

Camilla se echó a reír. —Me muero por verlos.

Estaba ensimismada en el libro cuando la puerta de su piso se abrió y Neithan entró de smoking cerrando tras él. Parecía agotado. —Hola, nena.

Se volvió en su silla mostrando el pijama verde de seda y preocupada se levantó. —¿Qué ocurre?

—Menudo numerito me ha montado en el teatro. Adam ha tenido que echarla y todo antes del concierto. Me puso tanto de los nervios que he tocado fatal. —Se sentó en el sofá y preocupada porque igual había sido culpa suya se acercó. —Sí, ya me he enterado de que ha estado aquí.

—Creía que si sabía que estábamos prometidos se alejaría. Lo siento.

—Joder, no es culpa tuya. Igual lo de la boda no es buena idea. A esta no hay quien la pare.

Se sentó a su lado en silencio porque no sabía qué decir. —Camilla dice que tiene algo en la mirada que no le gusta. ¿Y si es peligrosa? Deberías denunciarla.

—¿Denunciar a la hija de Frederick Banks? Se me iba a caer el pelo. No tocaría en un teatro en Nueva York nunca más. —Alargó la mano y pensativo cogió uno de sus rizos cortándole el aliento. —Además no tengo muy buena fama. La prensa me echaría la culpa por ser un Don Juan.

Sonrió divertida. —¿No me digas?

Él levantó la vista hacia sus ojos y sonrió. —Nena, controla esos celos.

—Eso hago —dijo siguiéndole la corriente—. Hoy has venido temprano. ¿La del vestido rojo no estaba a mano?

—Sí, como para vestidos rojos estaba yo. —Suspiró cerrando los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. —Hoy he tenido un auténtico día de mierda.

—¿Sabes lo que necesitas?

Abrió los ojos y sonrió. —No, ¿qué?

—Un baño.

—No tengo bañera. Tengo una ducha enorme, pero bañera no.

—Menudo fallo. Pero yo sí tengo y una enorme. Por ella compré la casa, no te digo más. —Se levantó de golpe y fue hasta la nevera sacando una cerveza bien fría y unas empanadillas que Camilla le había llevado. Regresó al salón con ellas y se las puso delante con la cerveza. —Tú ponte cómodo que yo te preparo el baño.

Él levantó una ceja viéndola correr hasta su habitación. Puso toallas limpias y recogió un par de cosillas de la que pasaba. Abrió el agua de la bañera regulando su temperatura y cuando estuvo a su gusto echó unas sales de lavanda. Cuando regresó al salón estaba viendo la televisión bebiendo de la cerveza. —Enseguida está.

—No tienes que molestarte —dijo sin quitar la vista de la pantalla.

—No es nada. —Como si tal cosa se sentó ante el ordenador sintiéndose genial porque estuviera allí. Decidió revisar lo último que había escrito porque sabía que no le saldría nada nuevo con él allí y cuando pasaron unos minutos dijo —Neithan el agua...

Escuchó como se levantaba y sintió su mirada mientras se quitaba la chaqueta del smoking. —¿Me dejarás leerlo?

—No.

Riendo por lo bajo se alejó hasta la habitación. Solo pensar que estaría desvistiéndose le

subió la temperatura y se moría por echar un vistacito, pero eso ya había quedado claro que era de pervertidos. Y no quería fastidiarlo cuando estaba tan cerca del anillo en el dedo. Miró sobre su hombro cuando escuchó que el agua se detenía y supuso que ya estaría en la bañera. Dios, aquello era una tortura. Aquella camisa del pijama la estaba matando pues rozaba continuamente sus pezones endurecidos. Pasaron veinte minutos y al no oír el agua frunció el ceño. Se levantó de su silla y fue hasta la habitación. La puerta del baño estaba entornada y temiendo fastidiarla la empujó lentamente. Le vio metido en el agua con los ojos cerrados y los brazos apoyados en los cantos de la bañera y sonrió porque había conseguido que se relajara. Pero cuando vio su respiración pausada se asustó acercándose y tocó el antebrazo suavemente no queriendo sobresaltarle. Él abrió sus ojos negros. —¿Te has dormido? —preguntó preocupada.

La miró de tal manera que su corazón se paralizó y la cogió por la nuca acercándola a su rostro. —No. —Su aliento sobre la delicada piel de sus labios la volvió loca y cerró los ojos por el placer que la recorrió. —Te estaba esperando —dijo antes de besarla tan apasionadamente que creyó que se moría de la impresión.

Cassandra gimió en su boca y mareada por sus labios y por su sabor se acercó a él acariciando su pecho. La sensación de su piel bajo los dedos la volvió loca y antes de darse cuenta Neithan tiraba de ella metiéndola en la bañera. Se separaron ligeramente y se miraron a los ojos. Cassandra se sonrojó al darse cuenta de que estaba sobre él y que sentía su sexo endurecido bajo su muslo. Sin poder evitarlo movió el muslo queriendo sentirle y Neithan gruñó llevando las manos a su trasero para colocarla sobre él. —Ya me había bañado —dijo casi sin voz sentándose sobre él a horcajadas y apoyándose en su pecho. Cerró los ojos al sentir su sexo bajo el suyo a través de los pantalones del pijama.

Neithan subió las manos por su cintura y abrió de golpe la camisa del pijama mostrando sus pechos. Cuando los rodeó con sus manos ella gimió de placer arqueando su cuerpo hacia atrás. —Seguro que te gusta mucho más bañarte conmigo —dijo él con voz ronca antes de inclinarla hacia atrás sujetándola por la cintura con un brazo para meterse un pecho en la boca y

chupar con ansias haciéndola gritar de placer—. ¿No es cierto, preciosa? —susurró acariciando su pezón con la barbilla antes de bajar su boca hasta él de nuevo. Sin dejar de torturar su pezón, su mano libre bajó por su vientre y cuando llegó a sus pantalones tiró de ellos con fuerza hacia abajo hasta llegar por debajo de su trasero. Sujetándose en los costados de la bañera se elevó y él los bajó hasta sus muslos, pero no podía abrirlos más y frustrada protestó cuando abrió los ojos como platos al sentir su sexo acariciando el suyo. Mirándola a los ojos intensamente la cogió por la cintura y Cassandra gritó cuando la bajó con fuerza entrando en su sexo. Las piernas atrapadas entre ellos hacían que casi no pudiera moverse, pero sorprendiéndola las elevó colocándoselas sobre su hombro, provocando que su sexo saliera casi por completo de ella. Deslizó el pantalón por las piernas hasta dejarlo caer al suelo. Sin aliento vio como cogía su pantorrilla apoyando su tobillo en su otro hombro y sonrió malicioso. —Vamos nena, es hora de que te muevas.

—¿Cómo voy a moverme así? —preguntó sorprendida.

Él la cogió por la cintura y tiró de ella hacia abajo haciéndola gritar de placer al llenarla. —Así sujétate, preciosa. —Cassandra creyó que moría por cómo el placer la recorrió de arriba abajo y cuando movió su cintura sacando su sexo de ella Cassandra protestó agarrándose a la bañera y empujando su trasero hacia abajo para meterle en su interior. Ni escuchó como juraba por todo lo que estaba sintiendo. —Más despacio, nena —dijo con voz ronca—. Muévete conmigo.

Pero Cassandra ya no escuchaba y sin que él la tocara levantó su cadera apoyándose en sus hombros antes de empujar de nuevo hacia abajo. A medida que aumentaba el placer aumentaba la necesidad y movió las caderas de arriba abajo según lo que reclamaba su cuerpo. Pero hubo un momento en que su cuerpo lloraba por la liberación y reclamándole le cogió por el cuello y sus pies se deslizaron por sus hombros hasta apoyarse en los costados de la bañera. Neithan la agarró por el trasero y mirándola a los ojos dirigió los movimientos. Gimió queriendo besarle y él atrapó sus labios entrando en ella de tal manera que se estremeció de éxtasis entre sus brazos. El gemido de él en su boca alargó su placer y así se quedaron durante varios minutos,

abrazados el uno al otro disfrutando de su contacto.

Cuando Cassandra volvió a la realidad rio por lo bajo. —¿Lo habías hecho antes así?

Él acarició su trasero. —No, y ha sido interesante.

Se apartó para mirarle a los ojos. —Me ha gustado mucho —susurró.

—Y a mí. —Besó su labio inferior provocando que su interior se estremeciera alrededor de su sexo. Él cerró los ojos de placer. —Joder, nena... eres pura seda.

Sin dejar de abrazarle apoyó la barbilla en su hombro. —El agua se está enfriando.

—Uhhh... —dijo subiendo las manos por su espalda mientras su sexo se endurecía de nuevo en su interior.

Se le cortó el aliento y le miró a los ojos. —Tienes muchas energías.

—Lo has hecho tú casi todo, nena. Ahora déjame hacer a mí y comprobarás las energías que tengo —dijo antes de atrapar sus labios prometiéndole mil maravillas.

Se dio la vuelta en la cama y gimió porque le dolían hasta las pestañas. Al darse cuenta de que no estaba se decepcionó un poco, pero luego sonrió como una boba. Menuda noche. Al mirar el despertador sobre la mesilla se sorprendió porque solo había dormido un par de horas. Recordaba que cuando al fin se quedó satisfecho casi amanecía. Estaba claro que el sexo revigorizaba.

Se levantó a toda prisa para ir hacia el baño y gimió porque le dolía algo la entrepierna. Es que estaba muy oxidada y normalmente no mantenía tanto las piernas abiertas ni hacía esas posturas tan raras. Era evidente que Neithan había aprendido mucho a lo largo de los años o que se sabía el Kama Sutra de memoria.

Al entrar en el baño tuvo cuidado de no resbalar porque aún estaba húmedo y hecho un

desastre. Su pijama nuevo hecho trizas estaba en el suelo. Daba igual, había sido una buena inversión. Ese día iría a comprar alguna cosilla más. Sus ojos brillaron al pensar en algo de lencería. Estaba segura de que le gustaba. Cuando terminó de usar el inodoro metió la mano en la bañera para quitar el tapón y recogió el pijama para tirarlo. Estaba yendo hasta la cocina para tirarlo al cubo cuando se detuvo en seco al ver a Neithan ya vestido sentado en el sofá. Estaba tomándose un café mientras leía su revista que debía haber llegado en el correo de la mañana. Él levantó la vista y la miró de arriba abajo provocando que se sonrojara, pero ya lo había visto todo así que no le importó demasiado.

—Estás aquí... —Se acercó a él y le dio un beso en los labios, pero se dio cuenta de que estaba algo tenso. Claro, la mañana después... Mejor disimulaba. —Y has hecho café. —Gimió como si se muriera por uno y fue hasta la cocina tirando el pijama antes de coger una taza. Le sintió tras ella. Miró sobre su hombro y sonrió, pero perdió la sonrisa al ver que tenía el ceño fruncido y parecía a punto de soltar cuatro gritos. —¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Puso la revista ante él para leer —Como el egocéntrico de mi vecino, que se piensa que porque una le mira al darle los buenos días ya está dispuesta a babear por él. Y tiene el descaro de exigirme que le recoja el correo como si fuera su criada. Pero es que el señorito es pianista y tiene a un montón de mujeres lloriqueando por su atención y eso le ha vuelto idiota. Un capullo más que tenemos que sufrir las mujeres normales y corrientes porque se espera que caigamos de rodillas a sus pies. Un insufrible déspota sabelotodo que cuando le replicas dice que lo haces porque estás celosa de otra mujer que pasó por su vida de refilón y de la que ni se molestó en aprenderse su nombre. Pobre de la mujer que se una a ese espécimen de ser humano, que trata a las mujeres como si fueran pañuelos de usar y tirar. —La fulminó con la mirada y ella forzó una sonrisa roja como un tomate porque se había olvidado totalmente de eso. —¡Nena!

—Es que estaba enfadada.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡Pobre de mí cuando estés cabreada!

—Pues no me cabrees. —Le vio el lado divertido y reprimiendo la risa dio un sorbo a su café. —Uy, qué rico —dijo como si nada antes de dejar la taza sobre la encimera. —Voy a ducharme. —Pasó a su lado y le guiñó un ojo. —Todavía huelo a ti. Si quieres no me ducho.

Él gruñó cogiéndola por la cintura para pegarla a su cuerpo. —¿Especimen de ser humano?

Acarició sus brazos por encima de la camisa hasta llegar a su cuello. —Me dio un pronto. —Poniéndose de puntillas besó su labio inferior. —¿Me perdonas?

Neithan gruñó de nuevo acariciando su espalda por debajo de su melena. —No espero que todas las mujeres caigan de rodillas a mis pies.

Rio divertida. —Serás mentiroso.

Sonrió de medio lado. —Que no. Solo las guapas y en una franja de edad entre los veinte y los treinta y cinco.

—Eso ha sonado a capullo. Perfecto para el artículo.

La cogió por el trasero elevándola. —Pues bien que disfrutabas de mí anoche.

—Es que anoche no eras un capullo. Tienes tus momentos. —Se agachó y besó sus labios.

—¡Neithan!

Ambos miraron hacia la puerta y Neithan la dejó en el suelo suspirando. —Ahí está otra vez.

Furiosa porque le amargara la vida fue hasta su habitación y se puso la bata nueva de seda. —Esta se va a enterar.

—Nena, no salgas.

—Ya, claro. —Fue hasta la puerta y la abrió furiosa. Al verla ante la casa de Neithan gritó —¿Qué pasa, que ayer no te dejé claro lo que pasaba, guapa?

—¡Cállate! ¡Quiero hablar con él porque sé que me has mentido! —Volvió a golpear la puerta. —¡Neithan! ¡No pienso irme hasta que hable contigo!

Neithan apareció tras Cassandra muy serio. —Nena, entra en casa. Déjame esto a mí.

—Y una leche. Esta niña está mal de la cabeza. Como no se largue voy a llamar a la policía.

La chica abrió los ojos como platos al darse cuenta de que ella estaba desnuda bajo la bata y dio un paso atrás mirándole como si le hubiera traicionado. —Así que es cierto, estás con esta.

—Nos vamos a casar, Karen. Te agradecería enormemente que nos dejaras en paz. Mi mujer se está alterando mucho con esto. Creo que deberías pedir ayuda.

—Ayuda... —Sus ojos se cuajaron de lágrimas. —Te la estoy pidiendo a ti. Te necesito.

Cassandra vio su frustración y se dio cuenta de que ella se había sentido igual. Y puede que en unos meses se comportara como ella. Como si hubiera perdido la cabeza. Sintió un nudo en la garganta viendo como sus lágrimas corrían por sus mejillas.

Neithan suspiró. —Ya te he dicho que no puede ser. Lo que quieres es imposible.

Miró a Cassandra con odio. —¡Por ella!

—¡Exacto, por ella! ¡Por ella y por mil cosas más! ¡Así que haz el favor de alejarte de nuestras vidas! —Cogió a Cassandra por la cintura y la metió en casa antes de pegar un portazo. Vio como Neithan impotente se pasaba la mano por el cabello. —Joder...

—Lo siento.

La miró sorprendido. —Tú no tienes culpa de esto, nena.

—No, pero di por hecho que te encantaba que cayéramos rendidas a tus pies y es que ocurre sin querer, ¿no es cierto?

Sonrió con tristeza. —A veces pongo de mi parte.

No pudo evitar sonreír y le abrazó por el cuello pegándose a él. —Yo no me he resistido mucho.

—Pues te aseguro que he intentado evitarlo. En cuanto vi que me hacías ojitos...

—Ya me había dado cuenta. Me hacías de rabiar. —Besó su labio inferior. —¿Es porque sería una vecina pesada en el futuro?

—Exacto —dijo con voz ronca—. Pero qué se le va a hacer. Tendré que soportarte.

—Entonces el que no te has resistido mucho eres tú. —La miró sorprendido antes de echarse a reír. La cogió en brazos y sintiéndose especial acarició su nuca. —¿Qué haces? Acabamos de salir de la cama.

—Se te nota agotada. Mejor descansas un poco más. Para que fluyan las ideas y esa creatividad que me pone verde.

Capítulo 6

Un sábado varias semanas después, estaban tumbados en el sofá leyendo cada uno una parte del periódico. Sus piernas estaban sobre el regazo de Neithan y él acariciaba su tobillo concentrado en el artículo. Cassandra se metió el donut en la boca y masticó. —¡Cariño, hay una crítica sobre ti! —dijo con la boca llena.

Él la miró como si le importara un pito y tragó a toda prisa leyéndola para sí. Y la verdad es que no era nada buena. Neithan frunció el ceño por su expresión. —¿Qué? ¿Qué dice?

—Pues...

Él le arrebató su parte del periódico. —“Parece que ha perdido el interés...”—Cassandra hizo una mueca. —“Repetitivo”—Sus ojos siguieron leyendo. —“¡Es evidente que la pompa de Neithan Akerman ha explotado!” “¡Qué se dedique a dar clases ahora que aún está en lo más alto y puede cobrar mejores tarifas!” —dijo furioso—. “Su momento ha pasado y sus interpretaciones cada vez son más ridículas.” “¡Si a eso se le llama talento, es que el talento ha pasado a mejor vida!”

Si a ella le hacían una crítica así la hundían en la miseria. Intentó consolarle. —Cariño, qué sabrá ese.

—¡Es el crítico del Times! ¡Acaba de hundir mi reputación!

—Es la opinión de una sola persona.

El teléfono de Neithan sonó en ese momento y furioso lo cogió. Ella preocupada apartó

las piernas. —Mi representante —dijo entre dientes—. William, ¿lo has visto? Sí, acabo de leerlo. —Frunció el ceño. —¿Crees que es buena idea después de esto? —La miró a los ojos. —Muy bien, haz lo necesario. —Colgó el teléfono y apretó los labios.

—¿Qué habéis decidido?

—Habíamos hablado de hacer promoción para la gira europea y ahora es más necesario todavía. Empezaré con Oprah.

Se llevó la mano al pecho. —¿Vas a conocer a Oprah?

—Nena, ¿mi carrera se hunde y piensas en si voy a conocer a Oprah? —Se levantó exasperado. —Tengo que ensayar.

Le miró sin saber qué decir, pero al final susurró —No te enfades conmigo.

—Últimamente pasamos demasiado tiempo juntos. Necesito un poco de espacio para ensayar.

Se quedó sin aliento. —¿Y la boda?

—En cuatro semanas Karen no me ha molestado, así que no quiero atarte a un trato que puede que te perjudique en el futuro.

Jadeó asombrada. —¿Me estás dejando?

La miró fríamente. —Era un pacto, no un matrimonio, ¿recuerdas? ¡Ahora no te comportes como la esposa ultrajada cuando fui muy claro!

Se tensó con fuerza y se levantó del sofá. —¡Pues como era un pacto, quiero que lo cumplas! ¡También quiero mi parte!

—¡Pues muy bien! —Cerró la puerta con fuerza y Cassandra gimió dejándose caer en el sofá. Apoyando los codos sobre las rodillas se pasó las manos por la cara. Es que era idiota. Estaba cabreado y ella no había tenido tacto. No había sabido apoyarle. Cogió el periódico y al ver el nombre del crítico entrecerró los ojos.

Muy arreglada con un precioso vestido rosa, caminó entre las mesas con su identificación de periodista en el pecho y llegó al despacho. La puerta estaba abierta y dio dos golpecitos en el marco. El hombre que había tras la mesa levantó la vista de la pantalla de la Tablet que tenía delante. —¿Interrumpo?

—No, por supuesto que... —dijo levantándose y mostrando su arrugado traje gris—. ¿Teníamos una cita?

—No. —Alargó la mano. —Soy Cassandra Andrews y me he atrevido a molestarle porque tengo unas dudas que me gustaría que resolviera, si puede ser.

—Cassandra Andrews... Cassandra Andrews... ¿de qué me suena su nombre? —De repente abrió los ojos como platos. —Ya lo sé, su libro.

Se sonrojó. —¿No me diga que lo ha leído? —Ahora la iba poner fina a ella.

—Maravilloso —dijo dejándola con la boca abierta—. Fresco, innovador... De lo mejor que he leído en los últimos años.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

—Es que me tuvo enganchado de principio a fin. —Se volvió. —¿Me lo firmaría? ¿Dónde lo tengo? ¡Aquí! Aquí está.

Se sonrojó con fuerza. —Es al primero que se lo firmo.

—¿No hizo promoción? —preguntó sorprendido mientras se sentaba de nuevo.

—Era una editorial muy pequeña y en cuanto sacaron mi libro a la venta quebraron. —Hizo una mueca. —Adiós a la gira. —Cogió un boli ilusionada sentándose frente a él. —De hecho solo se publicaron mil. Se llama Harry, ¿verdad?

—Sí, sí.

Escribió unas cariñosas líneas y firmó. —Me alegro mucho de que le haya gustado.

—Con los pocos que se publicaron me considero afortunado. —Cruzó los dedos de las manos y la miró fijamente tras sus gafas. —¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, es que conozco al señor Akerman. De hecho, es vecino mío.

—¿No me diga? —dijo más tenso—. ¿No vendrá a pegarme?

Se echó a reír relajándole. —No, claro que no.

—Uff, menos mal. Esta noche no he podido dormir en mi casa porque un productor chiflado no hace más que seguirme.

—Vaya, lo siento.

—Son gajes del oficio.

—Me preguntaba qué cambiaría usted. —La miró sin comprender. —Venga, ambos sabemos que tiene un talento increíble.

—Por eso digo que ha perdido el interés. No me meto con su talento, me meto con su vagancia. Se ha acomodado.

—¿Eso cree?

—Sigo a Akerman desde hace diez años, ¿sabe?

—No, no lo sabía.

—Al principio era innovador, original, pero lleva cinco años haciendo prácticamente el mismo espectáculo.

—Porque le funciona.

—Exacto, pero eso no significa que ya no aburra. Y dentro de poco dejará de funcionar. La gente me ve como el capullo que les pone verdes, pero si no fuera por mí muchas veces no se darían cuenta de que o cambian o en un año o dos a lo sumo ya no les contratará nadie.

—Le veo muy seguro.

—Lo estoy. Hay pianistas con muchísimo talento en el mundo que matarían por ocupar su puesto. Él tiene la ventaja de que compone excepcionalmente, eso no lo niego. Desastre es muestra de ello. Por eso el recital me supo a poco. Yo quería más Desastre. ¡Quería diez desastres! —La miró fijamente a los ojos. —Debería componer algo más. Una sinfonía.

Se le cortó el aliento. —¿Una sinfonía?

—No entiendo cómo no ha avanzado hasta llegar a ella. Por eso digo lo de ser vago. No dude señorita, que si hace una sinfonía con la mitad de talento que su última composición, no se hará un nombre solo en los Estados Unidos, se hará famoso en todo el mundo.

—Así que le ha dado un tirón de orejas —dijo pensativa.

—¿Cómo le ha sentado?

—Fatal. Menuda rabieta.

El crítico sonrió de oreja a oreja. —Bien, eso es que aún le importa su carrera.

—Oh, le importa, se lo aseguro. Le importa mucho.

Entrando en su portal se encontró con él que esperaba el ascensor. Entrecerró los ojos poniéndose a su lado. —¿No tenías que ensayar?

—Mi representante quería verme. Hemos quedado para comer. ¿Y tú?

Entró en el ascensor muy tiesa. —He visto a mi editora.

—¿Te ha echado la bronca?

La miró sorprendida. —Pues no. ¿Acaso querías que me la echara? —Él gruñó pulsando el botón. —Querías que me echara la bronca, ¿verdad? Es increíble. Qué mal llevas las críticas.

—No, nena...—dijo entre dientes—. No llevo mal las críticas. Cuando me pusiste verde ante todas las féminas de este país no me lo tomé tan mal.

—Porque no di tu nombre.

—¡Te hubiera demandado!

—¿Ves? Qué mal perder tienes.

Se quedaron en silencio y después de dos segundos ella molesta le miró de reojo. —No era una crítica, es un hecho. —Neithan gruñó saliendo del ascensor. —Pues para que lo sepas he hablado con tu crítico.

Se detuvo en seco y se volvió lentamente. —¿Qué has dicho?

—Y solo quería darte un tirón de orejas. —Fue hasta su puerta antes de que le soltara cuatro gritos.

—¿Pero estás loca? —Ahí llegaba el primero y en cuanto entró en casa lo hizo tras ella cerrando de un portazo. —¿Quién te manda a ti meterte donde nadie te llama?

—Quería saber, es mi trabajo —dijo como si nada dejando el bolso sobre la mesa de centro.

—¡Es mi trabajo! ¡Mi vida, no la tuya!

—Es lo mismo —dijo dejándole de piedra. De repente sonrió—. ¿Y sabes qué? ¡Quiere que compongas una sinfonía! ¿A que es genial?

Se quitó la chaqueta rabioso antes de tirarla sobre el sofá de mala manera. —Vamos a ver, nena... Que creo que no lo has entendido. ¡De mi carrera me encargo yo! ¡No un chupatintas que no ha compuesto en su vida!

—Es un espectador y un entendido. De su opinión muchos se ven influidos, deberías tenerlo en cuenta.

—Esta mañana dijiste que era la opinión de una persona.

—Una persona muy lista. —Puso los brazos en jarras. —Por eso tiene ese trabajo. Fíjate si entiende que le encantó mi primer libro. ¿Qué pasa? ¿Que no te ves capaz de hacerlo?

—¡Tengo tres sinfonías listas! ¡La última la terminé antes de conocerte! ¡Al contrario que tú yo trabajo!

Jadeó. —Ese ataque te lo haré pagar, ¿sabes? Yo trabajo mejor bajo presión. ¡Lo saben todos! —Dio un paso hacia él. —¿Y qué haces que no las presentas al público?

La miró como si fuera idiota. —Nena, para eso se necesita dinero. ¡Dinero que no tengo! Mi productor me paga por lo que hago, nada más. ¡No quiere cambiar el tipo de concierto mientras dé resultados!

—Entonces necesitas a otro productor.

—Ya, como si eso fuera tan fácil. Tengo el más influyente de Nueva York. Me tiene bien cogido por las pelotas con un contrato blindado. Hasta que esto no acabe no financiará otra cosa y puede que lo próximo tampoco sea una sinfonía. ¿Sabes lo que cuesta contratar a toda una orquesta que toque cada noche en directo?

Se mordió el labio inferior. —Entiendo. —Le miró a los ojos. —¿Cuándo dices que vas a ir a Oprah?

La miró con desconfianza. —¿Por qué quieres saberlo? Nena, ¿no serás una fan de esas chifladas? No vas a venir conmigo.

Le puso morritos. —Vamos... Así anunciamos nuestro compromiso en público. Esas cosas les encantan a los de televisión. —Sus ojos brillaron. —Y me das el anillo. Será especial. Además, así se entera todo el mundo. Luego yo como si nada suelto que tienes sinfonías a porrillo metidas en un cajón. A ver cuántos productores nos salen.

Neithan sonrió. —Estás loca.

—Tú hazme caso, que saldrá bien. —Le abrazó por la cintura. —¿Me tocas un poquito? —Él acarició su trasero. —Decía de la sinfonía.

—Te la tocaré después —dijo con voz ronca antes de atrapar sus labios como si la necesitara.

Sentada ante el ordenador al amanecer escribiendo como loca el siguiente artículo que iba sobre las crisis de pareja, ni se dio cuenta de cómo Neithan se ponía tras ella para leer lo que escribía. —Nena, ¿ahora soy como un niño? ¿Tengo rabietas?

Se puso como un tomate y le miró sobre su hombro sonriendo como una loca. —Cariño, por el bien de esta relación deja de leer mis artículos.

—Sí va a ser lo mejor. —La besó en el cuello y fue hasta la cocina. Siguió escribiendo cuando escuchó —Hay que tirar el filtro de la cafetera de vez en cuando, ¿sabes? Así el café sabe mejor. Cassandra, ¿esto es una prueba de embarazo?

Se detuvo en seco antes de girar la cabeza a la puerta de la cocina. —¿Qué?

Neithan totalmente pálido salió con el palito en la mano. —Estaba en la basura. Dime que estas dos rayitas no significan que vamos a tener un hijo.

Se mordió el labio inferior. —Si te digo eso te mentaría.

—¡Joder! ¿Es que no tomas nada?

—¿Con lo despistada que soy para las fechas y los horarios? Pues no. —La miró como si no se lo creyera. —Tú tampoco te pones nada, no me echas a mí toda la culpa.

Neithan la miró como si le hubieran salido cuernos y rabo. Chasqueó la lengua. —¿Ves? Ahora tendré que poner eso en el artículo. Y casi lo había terminado. Por eso necesito estar en silencio, porque cada vez que abres la boca esto aumenta.

—Nena... —Se acercó a ella y cogió la silla por el reposabrazos para girarla. La verdad es que daba penita tan desnudito ante ella y con esa cara de que le estaba saliendo una úlcera.

—¿Si, amor?

—¿No crees que es un poco pronto?

—¿Para qué?

—¡Para tener un hijo! —le gritó a la cara.

—Tenemos que casarnos cuanto antes. Mis padres se llevarán un disgusto como se enteren de que me has preñado sin anillo en el dedo. ¿Cuándo decías que era lo de Oprah?

—¿Quieres dejar a Oprah fuera de esto? ¡El matrimonio era un pacto, nada más!

Esa frase sí que la puso nerviosa. —Pues para ser un pacto bien que te pasas aquí todo tu tiempo libre. ¡Eso no estaba en el dichoso pacto!

Entrecerró los ojos. —Tienes razón.

—¡Y el bebé tampoco y tú no te pusiste gomita para impedirlo! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Y a saber con quién has estado!

—La madre que me... —Se incorporó para ir hasta la habitación.

Fue tras él corriendo y vio cómo se ponía los bóxer. Asustada preguntó —¿Qué haces?

—Me voy a casa.

—¿Por qué?

—Me acabo de dar cuenta de que todo esto se nos ha ido de las manos.

—¡Y lo piensas ahora!

—¡Sí!

—Claro, como te has librado de esa chiflada yo sobro, ¿no? ¡Así puedes ir a zorrear con otras!

—Eso ha sonado a celos, preciosa. ¡Y yo nunca te he prometido nada!

—No, ya te has encargado de tomar lo que interesa escudándote en ese estúpido pacto. ¡Pues te voy a demandar! ¡Vas a cumplir!

La miró asombrado. —¡No quiero una familia! ¡Te estás comportando como Karen!

—¿Ahora la loca soy yo? —Dolida volvió al salón y se sentó en su silla mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Ya sabía ella que el tema del niño iba a traer cola. Era mala suerte que hubiera encontrado el test, pero esa mañana ni pensó en ello después de tanto sexo. Mierda, ¿por qué tenía que enterarse justo en ese momento? Es que era estúpida con lo bien que iba todo. Excepto por la discusión de esa mañana había sido perfecto.

Escuchó como se acercaba. —Tenías razón. Debí pensar mejor lo del pacto y todo lo demás. Es culpa mía que hayamos llegado a este punto. —Una lágrima corrió por su mejilla. —Joder, nena... Jamás lo he pasado tan bien con una mujer, pero no te amo. —Su corazón se retorció en su pecho. —Creo que llegados a este punto lo mejor es que nos distanciamos antes de que cometamos una equivocación que nos salga realmente cara. Respecto al bebé es decisión tuya. Me haré cargo económicamente como me corresponde si decides tenerlo, pero te pido que lo pienses muy bien, por favor. Sería un padre horrible. He pasado demasiado tiempo solo como para querer ligarme a alguien de por vida y sé que el niño se iba a dar cuenta tarde o temprano, así que te suplico que lo pienses.

El sonido de la puerta al cerrarse fue como si le arrancaran el corazón. No se lo podía creer. Sabía que no se lo tomaría bien, ¿pero tan mal como para querer que abortara? Se pasó la mano por los ojos sin poder dejar de llorar y temiendo que la oyera corrió a su habitación para tirarse en la cama ahogando su llanto con la almohada. Al sentir su olor en las sábanas creyó que se le desgarraba el corazón porque le había perdido. Hacía unas horas estaban haciendo el amor y ahora... Sintió un dolor en el pecho insoportable y se encogió abrazándose las piernas esperando a que pasara, pero tenía la sensación de que no se iría nunca.

Horas después Camilla le dio una taza de té y se sentó a su lado preocupada. —Te dije que te casaras cuanto antes.

—No quería apurarlo y después de que esa Karen desapareciera del mapa no volvió a sacar el tema. Yo sí, pero él...

—Claro, porque no le convenía —dijo molesta—. No me puedo creer que te haya dicho eso del bebé.

Hizo una mueca antes de beber. Cerró los ojos. —Dios mío, ahora qué voy a hacer. Mi madre va a poner el grito en el cielo cuando se entere.

—No va a ser para tanto. —Acarició su cabello apartándoselo del hombro. —Y yo te ayudaré en lo que pueda. —Apretó los labios al ver su palidez y sus ojos rojos de tanto llorar. —Me siento responsable.

—Tú no tienes la culpa de nada. He sido yo que he dejado que las mariposas de mi estómago se me suban a la cabeza. —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas de nuevo. —El pacto. No me cabe en la cabeza como se escudó en eso para darme la patada. Creía que sentía algo por mí. Lo creía de verdad.

—Y yo, cielo. Si no se ha separado de ti en estas semanas. No te tortures así. Te dio pie a que pensaras esas cosas.

—Y encima tengo que entregar el libro. Y no va ni por la mitad.

—Lo sacarás adelante. No te preocupes por eso. —Acarició su espalda. —Ahora en lo único que tienes que pensar es en estar bien por el bebé. —Asintió sorbiendo por la nariz. —Todo se arreglará, ya verás.

Negó con la cabeza. —No, no se arreglará. No quiero saber nada más de él.

A Camilla se le cortó el aliento. —Pero...

—Después de lo que me ha dicho y lo frío que ha sido conmigo, no quiero verle ni en pintura. Voy a vender el apartamento y me largo de aquí.

—Niña, piénsalo bien.

—Lo he pensado durante horas. —Dejó la taza sobre la mesa. —Tengo que irme. Gracias por escucharme.

—Estaré aquí siempre que me necesites —dijo preocupada.

Asintió y fue hasta la puerta saliendo en silencio y Camilla atónita miró una fotografía de su Peter que sonreía a la cámara. —Es peor que tú, cariño. Mucho peor. —Entrecerró los ojos. —Pero caerá, vaya si caerá.

El teléfono sonó y dejó de meter libros en la caja para levantarse y coger su móvil de encima de la mesilla. —¿Sí? —Fue hasta la caja y siguió metiendo libros. —¿De veras? Eso es estupendo. ¿Cuándo quieren verlo?

Escuchó el timbre de la puerta y juró por lo bajo. —¿Puede llamarme en una hora? Creo que vienen a ver el piso. Sí, por supuesto... Adiós. —Abrió la puerta y se quedó de piedra al ver a Neithan. Hacía cuatro días que no se veían y sintió un vuelco al corazón.

—Me ha dicho Ramón que vas a vender el piso.

—Ese nuevo portero tiene la lengua muy larga. Si me disculpas tengo mucho que hacer y...

—¿No es un poco precipitado?

—No, creo que no —respondió muy tensa—. No quiero que tengas una vecina pesada que pueda incomodar esa vida tan interesante que tienes. Adiós. —Le cerró la puerta en las narices y regresó a la habitación. Al escuchar que se abría la puerta juró por lo bajo, pero siguió metiendo libros en cajas. Le sintió tras ella e hizo que no se había dado cuenta de que estaba allí.

—Ya has recogido mucho —dijo molesto.

—¿Puedes dejar la llave antes de irte? Seguro que a los nuevos compradores no les

gustaría que la tuviera cualquiera. —Cerró una caja con la cinta y la cogió para ponerla con la pila.

—No deberías coger pesos.

Le miró con desprecio antes de volverse e ir hacia la cocina para guardar los platos. — Joder, ¿cómo querías que me lo tomara? —Sin contestar siguió metiendo los platos en la caja. — ¡Nena, mírame!

—No tengo nada que hablar contigo —dijo fríamente.

La cogió por el brazo para volverla. —Me puse nervioso, ¿vale? No esperaba enterarme así de que iba a tener un hijo. Fue una sorpresa.

—Y para mí no, ¿eso quieres decir?

Neithan se tensó enderezando la espalda. —Debo reconocer que se me pasó por la cabeza.

—¡Claro, porque a ti todo el mundo quiere pescarte! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Vete de mi casa!

—¡Puede que todo el mundo no, pero tú sí!

Palideció dando un paso atrás. —¿Qué has dicho?

—¡Vi tu ordenador el día que detuvieron a Frank! ¡Vi mis fotos en la base de datos! ¡Y en tu historial la mayoría eran videos míos! ¡Si no me había quedado claro con esas miraditas que me echabas, en ese momento me quedó clarísimo!

Pálida le miró a los ojos. —Por eso no reservaste los asientos, para que no me hiciera ilusiones. Desastre era para burlarte de mí.

—¡Sí! —le gritó a la cara. Al ver el dolor de su rostro se volvió llevándose las manos a la cabeza—. Pero a la mañana siguiente cuando me entregaste el dinero me sentí un cabrón. No querías ni mirarme y parecías avergonzada. Por eso te pedí que recogieras el paquete porque me

lo debías y quería arreglar las cosas. Quería que fuéramos amigos.

Una lágrima corrió por su mejilla. —Y después apareció Karen. Así que cambiaste de opinión y me utilizaste sabiendo que nunca te casarías conmigo. Lo del pacto fue mentira desde el principio.

—Creí que era la mejor manera para librarme de ella. En cuanto viera que iba en serio con una mujer se alejaría. Solo necesitaba la adecuada.

—Una mujer de la que te pudieras librar fácilmente —dijo con desprecio—. Claro y yo ya había demostrado que entraba en ese perfil, ¿no es cierto? Y tenías razón porque yo tengo orgullo. Sal de mi casa.

Le miró arrepentido. —Jamás pensé que te quedarías embarazada.

—¡Eres un cabrón sin sentimientos! —gritó desgarrada—. ¡Fuera!

Neithan apretó los labios viendo todo el daño que le había hecho. —¿Vas a tenerlo?

—Tranquilo —dijo con desprecio—. No debes preocuparte por eso. Ese tema está zanjado. —El alivio de su rostro fue evidente y se dijo que no podía caer más bajo. —Vete de mi casa. No te lo digo más. —Siguió recogiendo sus cosas y se pasó el dorso de la mano por la mejilla para borrar sus lágrimas. Él la observó unos minutos y dio un paso acercándose. Cassandra cerró los ojos con fuerza al sentirle tras ella. —Vete, por favor.

—Puede que no me creas, preciosa... Pero cuando te dije que jamás me había sentido tan bien con una mujer no mentía. Siento no ser el hombre adecuado para ti.

Se le cortó el aliento y cuando se volvió él ya se había ido. Escuchó como cerraba la puerta y supo que no le vería nunca más.

Capítulo 7

Un año después

—Me alegro mucho de que lo haya disfrutado —dijo entregando el libro después de firmarlo. Al ver la larga cola que esperaba gimió por dentro porque todavía quedaban muchísimas personas y ya llevaba allí dos horas.

—Eres todo un éxito —dijo su editor sentándose a su lado.

—Bob, tengo que coger un avión en dos horas —dijo por lo bajo antes de mirar a la mujer que tenía en frente—. ¿Su nombre?

—Meredith...

Escribió la dedicatoria a toda prisa y se lo entregó. —Gracias.

—¿Puedo sacarme una foto?

—Claro. —Se levantó y la mujer puso el teléfono ante sus caras. Casi la deja ciega con el flash y parpadeando se sentó de nuevo.

—Puedes coger el avión mañana. Además, tenemos un compromiso esta noche al que no podemos faltar. ¿Te has traído el vestido?

—Claro que sí, pesado. Pero esta mañana como no me lo confirmaste saqué el billete.

—Pues retrásalo para mañana porque es ineludible. Es una editorial europea que quiere

los derechos del libro.

Se quedó de piedra. —¿Qué has dicho?

Bob sonrió. —Todavía no está cerrado, pero...

Chilló de la alegría abrazándole. —Eres el mejor. ¿Dónde habías estado hasta ahora?

—Enterrado entre libros aburridísimos. Entonces te quedas, ¿no?

—Claro que sí. —Sonrió radiante a su nueva lectora, pero su sonrisa se congeló al reconocer a Karen ante ella. Ya no llevaba su pelo pintado de colores, sino que estaba rubio, lo que le hacía parecer mucho mayor. —Karen, qué sorpresa.

Sonrió maliciosa. —Sí, ¿verdad? Sorpresa la que me llevé yo cuando no te casaste con Neithan. Con todo lo que os queráis.

—Tuvimos un conflicto que no supimos resolver.

—Vaya, cuanto lo siento —dijo en un tono burlón que la puso en guardia. Esa quería montar el espectáculo en su firma de libros y eso no lo iba a consentir.

—Sí, fue una pena. —Firmó a toda prisa y le entregó el libro. —Espero que lo disfrutes mucho.

Dejó caer el libro sobre la mesa y apoyó las manos sobre ella para acercarse a su rostro. —Por tu culpa no ha vuelto a hablarme. Pero no ha podido librarse de mí. Ni lo hará nunca —dijo helándole la sangre. Sonriendo maliciosa miró con desprecio su libro—. Y ese libro es una mierda.

Ella levantó las cejas mientras Bob jadeaba. —Lárguese de aquí o la echa seguridad.

—Tranquilo, me voy solita. Como se fue ella. —Se echó a reír. —Sabía que no durarías mucho a su lado. Es mío y lo será siempre. —Se fue con la cabeza bien alta dejándole un mal sabor de boca.

—¿Quién es esa loca?

—Un problema, Bob. Un problema que esta vez pienso resolver.

Después de la cena salió del taxi y fue hasta el teatro. Apretó los labios viendo salir al público y no era tan numeroso como en el pasado. Estaba claro que no se dejaba aconsejar por nadie. Fue a la puerta de atrás y la abrió encontrándose con el tipo que vigilaba hacía un año. —Vengo a ver a Neithan Akerman.

—Señorita no puede pasar —dijo muy serio.

—Dile que su prometida está aquí. La señorita Andrews.

El tipo frunció el ceño. —¿Prometida?

Sonrió con ironía. —Lo fuimos y debo hablar algo muy importante con él. Yo que tú le llamaba si te importa tu trabajo —dijo muy segura de sí misma lo que le hizo dudar—. Mira, podría ir a verle a su apartamento, pero dudo si se liará con alguna al salir de aquí y tengo un vuelo que coger a primera hora.

—¿Por qué no le llama usted?

—Tiene el móvil apagado. Como siempre que está en el teatro.

Eso le convenció y sacó su radio. —Adam, el señor Akerman tiene una visita de la señorita Andrews.

—Ahora no puede atender a nadie.

Exasperada le hizo un gesto con la mano. —Dame la radio.

El hombre se la dio sin saber que hacer. —Adam, cielo... ¿Recuerdas cuando vi la función desde bastidores porque el lumbreras de Neithan no se acordó de reservar los asientos? Venía con una ancianita muy agradable. Necesito hablar con Neithan ya y tiene el móvil apagado.

—Que pase.

Fue un alivio que se acordara de ella, pero estaba segura de que a quien había recordado era a Camilla porque no debían visitar a Neithan demasiadas ancianas. Al recordar a Camilla apretó los labios. A ver si le daba tiempo de ir a verla antes de irse. El hombre la dejó pasar y le dijo —No hace falta que me acompañes. Ya me sé el camino. —Con seguridad recorrió el pasillo y giró la esquina para ver la estrella en su puerta.

Esta se abrió en ese momento y Adam salió con una sonrisa. —La está esperando.

—Gracias. —Entró en el camerino y se lo encontró quitándose la chaqueta del smoking. La verdad es que fue un impacto para su corazón después de un año sin verle. Seguía tan guapo como siempre y su sonrisa irónica la estremeció de arriba abajo.

—Hola, nena. Esto sí que es una sorpresa.

—Neithan...

—Supongo que no has venido a ver el concierto.

—Ya lo he visto —dijo cortante haciendo que perdiera la sonrisa del todo.

—Al parecer no es una visita amistosa.

—Hoy he recibido una visita. Esa niñata se ha presentado con ganas de guerra en la librería donde estaba firmando libros —dijo muy tensa—. No lo has solucionado.

—Pues no. Aunque ahora está mucho más tranquila y solo me molesta de cuando en cuando. —Se acercó mirándola de arriba abajo. Llevaba un vestido negro que se entallaba a su cuerpo como una segunda piel y su cabello caía en ondas. —Te veo bien.

—Es que he madurado. —Miró a su alrededor y chasqueó la lengua al ver fotos suyas demostrando lo egocéntrico que era. —Veo que tú no.

Él se tensó enderezando la espalda. —¿Quieres pelea, nena?

Le miró a los ojos. —¿Qué estás haciendo con tu vida, Neithan? ¡Te has estancado!

—Sí, está claro que quieres pelea. ¿Qué pasa, preciosa? ¿Has venido con esa excusa de Karen porque esperas que te eche tanto de menos que mi vida no puede avanzar sin ti? —Se le encogió el corazón porque en el fondo de su alma eso era precisamente lo que esperaba. — ¡Tengo la vida que siempre he querido!

—¡Sigues en el mismo teatro con la misma gente e interpretando la misma música! ¡No me digas que son imaginaciones mías porque no lo son! —Le señaló con el dedo. —¡Y esa vida que tanto te gusta sigue afectando a la mía! Aleja a esa estúpida de mi camino o tendré que tomar medidas drásticas como denunciarla a la policía.

—Haz lo que quieras —dijo con desdén como si le diera lo mismo.

Le observó sentarse ante el tocador y coger su móvil para encenderlo, pero ella se lo arrebató de las manos. —¡Escúchame bien, puede que a ti no te importe que esa cría te joda la vida, pero he conseguido un best seller, al fin tengo éxito y no voy a dejar que me amargue la existencia! Pon tu vida en orden, Neithan.

—¿Me devuelves el móvil, por favor? Tengo que llamar a mi cita.

Sus ojos verdes refulgieron de furia y él sonrió. —Sigues siendo un cabrón egoísta. Y tienes lo que te mereces. —Tiró el móvil contra la pared y por la expresión de su rostro vio que le había cabreado. Sonrió satisfecha. —Por cierto, ¿te has leído el libro?

—No me interesaba lo suficiente y como sabes soy un hombre muy ocupado —dijo entre dientes.

Sonrió sinceramente porque no había cambiado nada. Al contrario que ella. —Cariño, ¿te molesta que ahora tenga más éxito que tú?

Se tensó levantándose. —Creo que es hora de que te vayas.

—Por cierto, me enteré de que te cancelaron ir a Oprah y la gira europea. Me pregunto si ese crítico tenía razón. ¿Tú qué opinas? —preguntó maliciosa.

Apretó los puños cabreadísimo. —Joder nena, sé que lo hice mal, pero jamás creí que te

convertirías en la zorra dañina que tengo delante.

Palideció mirándole a los ojos. —No tienes ni idea de lo que es ser dañino. Un ser dañino es alguien que aun sabiendo que lo están dando todo por él, solo piensa en sí mismo sin importarle los sentimientos de los demás y no duda en destrozarse vidas ajenas con tal de conseguir lo que quiere. Y en eso tú eres un experto, cielo. Pero lo que me deja atónita es que me utilizaste y me hiciste daño para nada porque ella aún está en tu vida. —Neithan perdió todo el color de la cara y sintiendo remordimientos porque sabía que había conseguido hacerle daño apartó la vista de él. —Pero aun así no te odio, ¿sabes? Solo te pido que hagas algo para alejarla de mí. Tendré que venir a Nueva York a menudo para firmas de libros y no puedo tolerar que vaya montando espectáculos por donde pasa.

Tenso dio un paso hacia ella y le fulminó con la mirada deteniéndole en seco. —Hablaré con ella.

—Adiós Neithan —dijo antes de volverse y salir de allí con la cabeza bien alta.

Se mordió el labio inferior preocupada y llamó a la puerta suavemente. —¿Quién es? —preguntó Camilla desde dentro.

Sonrió porque aún estaba despierta. —Tu vecina.

—Oye, maja... ¡Te he dicho que no me molestes más! No puedes estar pidiéndome cosas... —Abrió la puerta y sorprendida chilló al verla delante —¡Cassandra! —Abrió los brazos para recibirla. —Mi niña... ¿Cómo es que estás aquí?

—Tenía una firma de libros.

—Pasa, pasa. —Miró a un lado y otro del pasillo como si se asegurara de que no había nadie.

—Está en el teatro.

Camilla se llevó la mano al pecho cerrando la puerta. —¿Le has visto?

—No he tenido más remedio. Karen se presentó en la firma de libros y fui a hablar con él para que me la quite de encima.

La miró de arriba abajo. —Estás preciosa.

—Gracias —dijo sentándose en el sofá—. ¿Y tú cómo estás? Esta semana no te he llamado porque he estado muy liada.

Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Como siempre. —Se mordió el labio inferior sentándose a su lado. —¿Qué tal la niña?

—Preciosa. Y la echo muchísimo de menos, pero sé que está bien cuidada. Mi madre me envía fotos a todas horas. Está como loca con ella y no hay abuelo más orgulloso en todo el país.

—Es que es muy bonita —dijo emocionada cogiendo su mano—. Así que has ido a verle. ¿Se lo has dicho?

Perdió la sonrisa. —No, ni pienso hacerlo. Me acaba de decir que lleva la vida que siempre ha querido. Ni me ha preguntado si aborté. —Camilla apretó los labios y eso la preocupó. —¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien?

—No es eso. Dices que esa chica ha ido a verte.

Chasqueó la lengua. —Me cabreeé muchísimo. Después de todo lo que me hizo, aún la sigue teniendo en la chepa y encima la muy zorra se atreve a burlarse en mi cara ante mis lectoras.

—Pues te ha hecho poco. Está fatal de la cabeza. —La miró arrepentida. —No te he dicho nada en nuestras llamadas porque él me pidió que no lo hiciera si sabía algo de ti. La situación ha empeorado muchísimo.

—Pero si me ha dicho que está más tranquila.

—Qué va, menuda mentira. Una tarde salía humo de su casa y menos mal que estaba yo

aquí porque cuando llegué a su puerta ésta estaba forzada y su maravilloso piano estaba ardiendo. —Cassandra jadeó llevándose la mano libre al pecho. —Sus paredes estaban pintarrajeadas con frases incoherentes y cuando los bomberos apagaron el fuego vi tu libro sobre la mesilla de al lado de su cama. Tu fotografía estaba rayada hasta levantar los ojos. Me asusté muchísimo. —La miró arrepentida. —Tenía que habértelo dicho, pero no sabía que ibas a venir a firmar.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hace dos meses más o menos. Acababas de lanzar tu libro. Cuando Neithan llegó del teatro porque le avisó la policía, me dijo que si tenía noticias tuyas no te dijera nada. Le dije que tenía que avisarte y él dijo que lo resolvería.

—Lleva mucho tiempo intentando arreglarlo. Esa chica está loca.

—Y no sabes ni la mitad. Viene cuando le da la gana. No sé cómo lo hace, pero siempre evita al portero. La nueva propietaria de tu piso se ha mudado.

—¿Por qué?

—Porque se le cruzó un cable. Al parecer vio que salían juntos del ascensor y la amenazó con amargarle la vida como no se alejara de Neithan. Escuché los gritos desde aquí. Lo dijo de tal manera que cualquiera no se iba. Ha puesto de nuevo el piso en venta.

—No entiendo por qué no la denuncia.

—Lo he hablado con él. Al parecer se quejó a su padre para ver si la controlaba un poco, pero no se creyó una palabra. Es más, le amenazó con que tenía que cumplir su contrato. Que estaba buscando excusas para irse porque sabía que cierto productor europeo estaba detrás suyo. Que como no cumpliera el contrato tendría que darle cinco millones de dólares como estipula no sé qué cláusula. Sus relaciones son nefastas en este momento y esa niñata está disfrutando de lo lindo amargando su vida hasta que le haga caso.

—¿Le quieren en otro sitio? —preguntó sin aliento.

—Oh, sí. —Camilla sonrió. —Y para su sinfonía nada menos. —Su corazón dio un vuelco. —Y es maravillosa. Ni quiero imaginar lo que sería con toda una orquesta.

Se levantó y empezó a pasear de un sitio a otro. —Así que lo ha intentado.

—Lo ha intentado todo menos denunciarla, ¿pero cómo va a hacerlo? Su contrato aún dura tres años más y si la denuncia ese productor es capaz de dejarle metido en casa solo para darle su merecido por rozar a su niña. En tres años su carrera estaría destrozada y ya nadie se acordaría de él. Y lo peor es que ese productor nuevo le ha dicho que solo puede esperarle un par de meses como mucho. Que tiene que iniciar la nueva gira y le quiere a él, pero si no arregla su situación...

—Tendrá que buscar a otro.

—Exacto. —Camilla se apretó las manos. —Él hizo muy mal utilizándote, pero ya empiezo a pensar que estaba desesperado. No encuentra una salida y está viendo como su carrera se derrumba porque tiene las manos atadas.

Se le puso un nudo en el estómago porque Neithan había aparentado que todo iba bien y que llevaba la vida que quería. El corazón le dio un vuelco preguntándose la razón. ¿Orgullo? No estaba segura. Lo que estaba claro es que no le había gustado que ella se hubiera dado cuenta de que todo iba de mal en peor. Recordó sus ojos cuando le dijo que se había estancado y su corazón se retorció al saber que le había hecho daño con sus palabras. Pensando en ello suspiró porque si se hubiera quedado puede que todo hubiera sido muy distinto. —Si yo no me hubiera quedado embarazada puede que hubiera terminado casándose conmigo por pura desesperación.

Camilla entrecerró los ojos. —¿Qué estás pensando?

Gimió sentándose de nuevo. —Locuras.

—No digas eso.

—No puedo olvidarle. Se ha portado tan mal... Pero no dejo de pensar en los buenos momentos, ¿sabes? En cuando estábamos juntos... Y no me puedo creer que no me quisiera. —

Se miró las manos. —Estoy loca después de todo lo que hizo.

Su amiga sonrió. —Es que cuando es amor de verdad, es muy difícil estar alejada del ser amado. Aunque te rechace.

La miró a los ojos. —Me di por vencida demasiado pronto, ¿eso quieres decir?

—Lo que tengo claro es que vio embarazo a la vista y le dio miedo todo lo que estaba haciendo. Pero cielo... No dudes de los momentos que viviste a su lado. Eso es muy difícil de fingir. —Acarició su espalda. —¿Piensas intentarlo de nuevo?

—No lo sé. —Cerró los ojos y se pasó las manos por la cara.

La miró maliciosa. —¿No echas de menos Nueva York?

—Dios, no hay mejor ciudad en el mundo.

Camilla se echó a reír. —Cierto. ¿Por qué no te tomas unos días aquí?

—La niña...

—Ah, no. La niña no, que le da un infarto y me lo matas antes de la boda.

—¿Qué boda?

La miró decidida. —La tuya, cielo. Porque esta vez te casamos como Dios manda. — Sonrió maliciosa. —Después ya le dirás lo de la niña.

Escuchó a través de la pared como entraba en casa y se mordió el labio inferior antes de coger el martillo. Como de costumbre no tardó en escuchar el piano y agarró la alcayata entre sus dedos empezando a dar golpes. El sonido del piano se detuvo en seco. Reprimió la risa porque ella también se detuvo y al cabo de unos segundos siguió tocando. Volvió a dar otro martillazo y otro. Cuando la alcayata se metió de golpe en la pared juró por lo bajo. No recordaba que fueran tan delicadas las paredes de su casa. Cogió otra y haciendo una mueca la colocó un poquito más

arriba. Tenía que colgar el corcho. Cuando empezó a tocar de nuevo volvió a golpear el martillo y él se detuvo. Escuchó los pasos sobre el parquet lo que significaba que estaba cabreado, aunque no había pasado ni un segundo cuando llamó a la puerta suavemente. Así que intentaba controlarse. Claro, seguramente querría camelarse al nuevo vecino para que no se quejara por el piano.

—¿Sí? —preguntó con sorna.

—¿Podemos hablar un momento? ¡Soy su vecino de al lado! ¡Venía a presentarme!

—Cariño, te conozco muy bien —dijo antes de pegar otro martillazo. Satisfecha miró la alcayata.

—¿Perdón?

—Neithan, ¿tienes cinta carrocera? ¡Me han pintado el piso de un azul horrible!

—¿Cassandra?

—Da igual, de todas maneras tengo que ir a comprar la pintura. —El pomo de la puerta se giró en ese momento y atónito la vio sobre la escalera con unos pantalones cortísimos y una camiseta de tirantes colocando la alcayata en su sitio. Ella miró sobre su hombro y sonrió. —Voy a pintarlo de blanco. Todo de blanco.

Entrecerró los ojos cruzándose de brazos y apoyando el hombro en el marco de la puerta. —¿Qué haces aquí, nena?

—Echaba de menos Nueva York. Y vivir con mis padres de nuevo no estuvo mal, pero ya es hora de continuar. Además la psicópata de tu acosadora ha provocado que la dueña bajara el precio del piso en su prisa por deshacerse de él, así que he ganado dinero. —Miró la alcayata y le dio un golpecito.

—¿Has medido?

—Claro.

—Pues no están a la misma altura. —Ella miró la otra y juró por lo bajo porque aquella la había elevado un poco. —Y tienes que tapar ese agujero. —Suspiró porque esas cosas no se le daban bien. —Nena, ¿por qué has vuelto? —preguntó tras ella erizándole el cabello.

Se volvió y apretó los labios antes de contestar —Supongo que yo también fui una cobarde y no me gusta. —La miró sin comprender. —Déjalo, no lo entenderías. —Bajó de la escalera y suspiró viendo el piso vacío. —Bueno, me voy de compras. —Cogió su bolso y le miró levantando una ceja. —Tengo que cerrar.

—¿En serio vas a quedarte aquí? Si no tienes ni cama.

—Oh, no hay problema. Me quedo con Camilla mientras tanto. Ya llevo aquí una semana.

—¿Una semana? Mira cómo se calla lo que le interesa —dijo entre dientes pasándose la mano por la nuca mirando a su alrededor.

Cassandra pensó irónica que no lo sabía bien. —Neithan... —Levantó sus cejas castañas. —Tengo que cerrar.

Él gruñó yendo hacia la puerta. —¿Estás segura de esto? Creía que no querías ni verme.

—Oh, tranquilo... Después de nuestro encuentro en el teatro, me he dado cuenta de que ya lo he superado. Eres agua pasada y agua pasada no mueve molino. Así que me importa un pito tenerte cerca o no. Además, me encanta el barrio, el edificio, el piso, mi bañera y tengo a Camilla. Y date prisa que tengo que comprar mil cosas antes de que cierren las tiendas.

—Así que soy agua pasada. —Escuchó como le rechinaban los dientes mientras cerraba la puerta. —Me parece muy bien.

—Lo suponía. Bueno, adiós.

Tenso vio cómo iba hacia el ascensor y Cassandra se volvió de golpe. Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando el trasero preguntó —¿Qué haces?

—¿Yo? Nada —respondió sorprendido.

Entrecerró los ojos. —Que ni se te pase por la cabeza, Akerman. —Entró en el ascensor mirándole como si quisiera matarle pulsando el bajo casi reventando el botón antes de señalarle. —Estás advertido.

Neithan sonrió irónico mientras se cerraban las puertas y cuando le perdió de vista gimió apoyándose en la pared porque hasta le temblaban las piernas. Bueno, había superado la primera prueba. Lo demás iría rodando poco a poco.

Capítulo 8

De momento lo único que rodaba era el rodillo sobre sus paredes. Dichosa pintura azul, tenía que haber contratado a un pintor. Juró por lo bajo cuando la pintura volvió a caer, menos mal que había cubierto todo el suelo. Llamaron a la puerta y dijo desde allí —Camilla, está abierto.

La puerta se abrió, pero ella ni miró sin dejar de pintar. —No soy Camilla.

Se le cortó el aliento y miró sobre su hombro. Al parecer se había dignado a pasar por allí. Aleluya. —Creía que no estabas en casa. No he oído el piano. —Le miró de arriba abajo levantando una ceja. —¿Llevas vaqueros?

—Es lunes. Hoy no tengo representación.

—¿Es lunes? —chilló dejando caer el rodillo—. ¿Lunes, lunes?

—Nena, está claro que necesitas el calendario ya. —Al ver que chillaba casi saltando de la escalera levantó una ceja. —¿Cassandra?

—¿Qué hora es?

—Las dos.

Soltó un chillido corriendo hacia la habitación evitando los muebles que ya habían llegado. Entró en su baño a toda pastilla y cuando se estaba quitando la vieja camiseta chilló al ver en el espejo su rostro todo salpicado de pintura. Abrió a toda prisa el grifo del agua y se quitó los pantalones. Como si nada Neithan apareció en la puerta. —¿He venido en mal momento?

Entró bajo el agua aunque aún estaba fría. —Tengo una firma de libros en una hora. —Se frotó la cara con fuerza. —Mierda, mierda. Tengo que recorrer medio Manhattan. —Miró hacia él. —¿Tengo pintura?

—Sigue frotando —dijo como si nada mirándola de arriba abajo—. Nena, tienes algo más de barriguita, ¿no? ¿Has engordado unos kilos?

Jadeó girando la cabeza como un resorte. —¿Cómo has dicho?

—¿No?

—¡No!

—Si tú lo dices —dijo como si nada—. Sigue frotando.

Ella frotó su cara con fuerza y como veía que no era suficiente cogió la esponja llenándola de jabón. Se frotó con fuerza hasta dejarse la cara roja gimiendo por dentro porque era cierto que su vientre no estaba tan plano como antes. Mierda, no había pensado en eso. Tenía que matarse a hacer abdominales para que aquello volviera a su sitio cuanto antes. —¿Tienes que quedarte ahí mirando?

Él chasqueó la lengua. —Preciosa, lo tengo más que visto.

Gruñó por dentro antes de cerrar los grifos y salir de la bañera con cuidado de no resbalar. Se envolvió en una toalla y se acercó al espejo para mirarse bien la cara. Él rozó su hombro. —Tienes pintura aquí.

Giró la cabeza lentamente hacia él. —¿Me estás tocando?

Apartó la mano de golpe. —Oh, perdón.

—¿Qué quieres, Neithan? —preguntó aparentando estar exasperada antes de pasar ante él.

—Me preguntaba si puedes hacerme un favor.

—Ya, claro. —Abrió la puerta del armario mientras su corazón daba un vuelco. Menuda

cara tenía, pero se lo comería a besos.

—Mañana me traen el nuevo piano.

—¿Y qué le ha pasado al que tenías? —preguntó haciéndose la tonta.

—Ya no se podía afinar.

Con el vestido en la mano le miró incrédula. —¿Eso pasa?

—Si se raja la madera... No lo entenderías.

Sería trolero. —¿Y dónde tocabas?

—En uno eléctrico —dijo entre dientes.

Reprimió la risa. —Pobrecito.

—El caso es que viene mañana por la tarde después de esperarlo durante unas cuantas semanas y solo pueden repartirlo mañana a las cuatro. Lo que ocurre es que tengo ensayo general con los chicos.

—Pues que pena.

—Nena... Necesito el piano.

—Y yo necesito que se vendan los derechos de mi libro para una película y no te voy llorando.

—Muy graciosa.

—Gracias. —Dejó el vestido sobre el colchón que aún tenía el plástico puesto antes de ir a por la ropa interior.

Al ver la lencería negra que se pondría Neithan carraspeó —Veo que has refinado los gustos de tu ropa interior.

—Pues sí. —Se quitó la toalla y se puso las braguitas mientras él no perdía detalle. Cuando se abrochó el sujetador y fue de nuevo hasta el baño, él la siguió para ver cómo se cepillaba su largo cabello que ahora le llegaba al trasero. —¿Todavía sigues ahí?

—Estoy esperando. —Se cruzó de brazos mirándole el trasero y su mirada llegó al bajo de su espalda. Al cepillar su melena vio algo que le llamó su atención. —Nena, ¿eso es una cicatriz?

Se detuvo en seco. Mierda, la cicatriz de la epidural. Dos días después de que se la administraran se le había infectado la zona y tuvieron que sajar. Mejor hacerse la tonta. —¿Qué?

—¿Tienes una cicatriz en la espalda? —Se acercó y como si tuviera todo el derecho del mundo apartó su cabello. Sabía lo que estaba viendo, pero tampoco era una cicatriz tan grande. Menuda vista tenía. —¿Cómo te la has hecho?

—Neithan, ¿qué haces? —preguntó aparentando indignación antes de volverse de golpe —. ¡Fuera de mi baño!

—¿Vas a recoger mi piano o no?

—Seguro que Camilla...

—Mañana tiene médico por la tarde.

Ah, que ya se lo había preguntado. Gruñó por dentro antes de decir —El portero...

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que cuesta ese piano? Y no me fío de los porteros. Después de nuestra experiencia con Frank no sé ni como lo sugieres. Por cierto, no viniste al juicio.

—Tenían mi declaración. El fiscal dijo que no hacía falta. Que tenía testigos de sobra para meterle unos cuantos años. —Le miró exasperada. —¿Me dejarás en paz si lo recojo?

—Claro.

Vio en sus ojos que mentía como un bellaco y su corazón saltó en su pecho. —Está bien —dijo como si le sacaran una muela.

—Gracias, nena.

Sonrió de una manera que le cortó el aliento. Al ver que no se movía y que sus manos seguían en su cintura se puso nerviosa. —¿Te vas?

Él carraspeó dando un paso atrás y apartando sus manos como si fuera un esfuerzo enorme. —Te dejaré una llave de mi piso.

Ahora, ahora le daba una llave de su piso. Es que era para pegarle patadas en el trasero hasta llegar a Canadá, pero en lugar de gritarle hizo como si le importara un pito antes de volverse y retorcer su melena haciéndose un moño en la nuca. No tenía tiempo para secarlo y tendría que ser suficiente.

—Sí, es una cicatriz —dijo él entre dientes—. ¿Cómo te la hiciste?

—¿Y a ti qué te importa?

—Es que está justo en la parte baja de la columna. ¿Te caíste? Es un lugar muy delicado.

—Estás muy pesado. —Puso la última horquilla y salió a la habitación. Cogió su vestido negro y se lo puso por arriba con cuidado de no deshacer el peinado empujándolo por las caderas. Cuando sacó la cabeza allí seguía. —Nada, que no te vas. —Exasperada fue hasta el baño y se pasó la mano por las sienes antes de coger su maquillaje del neceser. Como no tenía tiempo se puso el labial rojo.

—¿Por qué te pintas los labios? —La desconfianza de su voz hizo que le mirara atónita. —¿Por qué te arreglas tanto?

Su corazón saltó en su pecho porque parecía celoso. —¿No te lo he dicho ya? Tengo una firma de libros con mi editor.

—Ya. Tu editor... —dijo como si no se creyera ni una palabra antes de soltar como si nada—. ¿Y dónde es exactamente esa firma de libros?

—Uy, tengo que llamar a Bob. —Corrió fuera de la habitación sin hacerle caso y cogió sus tacones de quince centímetros haciendo que Neithan la mirara aún con más desconfianza. Corrió hasta el salón y agarró su móvil y su bolso. Al verle allí mosqueadísimo puso los ojos en blanco. —Ya que no tienes nada que hacer, ¿por qué no pintas un poco? —preguntó antes de salir corriendo. Recordó algo y abrió metiendo la cabeza—. Dile a Camilla que no vengo a cenar.

Él mosqueado iba a decir algo, pero cerró la puerta antes de que tuviera tiempo. Soltando una risita corrió hasta el ascensor sintiéndose genial después de un año.

Le dolía la mano y todo. Qué pesadez eso de la firma de libros. Es que ya ni se le ocurría que poner. Eso sin mencionar que su letra era peor que la de un médico y la mitad de sus seguidoras miraban interrogantes su dedicatoria como si estuviera escrita en egipcio. Agotada se quitó las horquillas del cabello y al salir del ascensor se quitó los tacones. Estaba molida. Y es que el colchón de la habitación de invitados de Camilla estaba lleno de bultos. Eso por no decir que la excitación de tener a Neithan tan cerca de nuevo la tenía en un sin vivir continuo. Distraída miró hacia su puerta. No se oía nada. Qué raro. Normalmente cuando estaba en casa siempre había música. O la que tocaba él o grabada de algún clásico. Igual había salido con alguna. Eso la desmoralizó un poco, la verdad. Que saliera con otra estando ella allí no era buena señal.

Pasó de largo ante su piso para ir a la casa de su amiga cuando se abrió la puerta de golpe sobresaltándola. Al ver a Neithan lleno de salpicaduras de pintura frunció el ceño. —¿Todavía estás aquí?

—¡Son las doce! ¡Las doce y media! —exclamó mosqueadísimo.

—¿Y?

—¡No creo que las librerías abran hasta tan tarde!

Estaba celoso, pero celoso, celoso. Menudo ataque de cuernos en toda regla. Aparentando indiferencia cuando su corazón gritaba de la alegría chasqueó la lengua. —Mira, estoy cansadísima y quiero acostarme —dijo pasando de largo.

Eso le sentó como una patada en el estómago y salió al pasillo. —¡Tú estás saliendo con otro!

—¿Con otro qué? —preguntó haciéndose la tonta.

—¡Con otro tío!

—¿Y?

La miró como si no se lo creyera. —¿Cómo has dicho?

—He dicho, ¿y? —Se volvió poniendo una mano en la cintura. —Soy soltera y muy libre. Puedo hacer lo que me venga en gana y si salgo con otro...

Dio un paso hacia ella. —Así que lo reconoces —dijo como si estuviera reconociendo una falta gravísima.

—No tengo que reconocer nada. No somos nada. Ni siquiera amigos. —Se encogió de hombros. —Ahora me voy a la cama. Buenas noches.

Él iba a decir algo cuando la puerta se abrió de golpe y Camilla sonrió. —Estáis aquí.

—Hola —dijo ella entrando en casa y dándole un beso en la mejilla—. ¿Todavía estás levantada?

—Echaban una película de vampiros, son mis favoritas. —Miró a Neithan interrogante. —¿Necesitas algo, cariño?

—No, Camilla —dijo entre dientes—. No necesito nada de nada —dijo antes de volverse furioso.

Camilla sacó la cabeza para ver cómo iba hasta su casa y entraba dando un portazo. Cerró la puerta soltando una risita. —¿Qué tal la cena? —preguntó a Cassandra divertida.

—Aburridísima. —Dejó el bolsito sobre la mesa de centro y sonrió radiante.

—Menudo enfado tiene. Cuando me dijo que no venías a cenar se lo llevaban los demonios. Empezó a interrogarme. Al principio disimuladamente, pero luego ya no se reprimía. Piensa que tienes un lío con Bob y como sabe que está casado con tu antigua editora de la revista, está que se sube por las paredes porque según él no harías algo así si no estuvieras muy

interesada en ese hombre. Que tú no romperías un matrimonio así como así. —Cassandra la miró sorprendida y Camilla se echó a reír. —Después de decirme eso se fue a pintar. Hace un par de horas me pasé por allí diciendo que había escuchado ruidos y ya te ha pintado el salón y media habitación de invitados. Dice que lo hace porque mañana le vas a recoger el piano, pero yo creo que no sabe cómo arreglar las cosas. Y ahora aún menos que tiene esa competencia imaginaria.

Su corazón se calentó. —Sí, ¿verdad? Yo también creo que quiere arreglarlo. Sino pasaría de mí. Haría como si no existiera.

Entonces escucharon un roce en la pared y ambas miraron hacia allí con los ojos como platos. —Sigue pintando —susurró ella atónita.

—Pobrecito. —La miró como si estuviera loca y Camilla se sonrojó. —Bueno, metió la pata, ¿pero no te da penita?

—Metió mucho la pata. Que siga pintando. Esa es su penitencia por obligarme a parir sola y decirme que no me quería.

Camilla entrecerró los ojos. —Eso, niña.

—¿Sabes que eres un poco veleta?

—Me tenéis despistadísima. Yo ya me hubiera tirado a sus brazos.

Gimió por dentro porque ella también. Pero tenía que darle un escarmiento porque si no haría con ella lo que le diera la gana y por ahí no. —Me voy a la cama —dijo decidida.

Camilla la miró atónita cuando vio que iba hacia la puerta principal. —Tu habitación está por ahí —dijo señalando el pasillo de su casa.

—Voy a darle otro repaso antes.

—Ah...

—Para que duerma a gusto.

—Ya —dijo reprimiendo la risa al ver como cerraba la puerta.

Fue hasta su piso y metió la llave, pero la puerta estaba abierta. Se quedó realmente impresionada de lo blanco que estaba todo. Aunque las ventanas estaban abiertas el olor a pintura era muy fuerte. Esquivó los muebles y fue hasta la habitación de invitados que tenía la luz apagada pero también estaba pintada. Si algún día le fallaba lo de pianista podía ser pintor. Trabajaba rápido. Al ir a su habitación le vio pintando la pared en la que iría la cama. Llevaba unos cascos puestos, así que no había podido oírlas. Rodeó la cama y le dio con el índice en el hombro. La miró sorprendido bajando el rodillo. La pintura blanca la salpicó de arriba abajo y él hizo una mueca cuando un pegote recorrió su frente hasta su nariz. —Estupendo —dijo entre dientes.

Él se quitó los cascos. —Joder nena, no te había oído entrar.

—¿Sabes lo caro que es este vestido?

—Quítatelo rápido, la pintura se va con agua si no se seca.

Se lo quitó a toda prisa yendo hasta el baño y abrió el grifo del lavabo sumergiéndolo en agua. Al mirarse al espejo gimió porque tendría que ducharse de nuevo. —¡Estupendo, esto es estupendo!

—¿Te ayudo?

Le fulminó con la mirada. —¿Qué haces aquí?

—¡Dijiste que pintara!

—Es casi la una de la mañana.

—No tengo sueño. Sabes que yo con cinco o seis horas... —Le señaló la cara. —Se te va a caer de la nariz.

Con ganas de pegar cuatro gritos cogió papel del baño y se lo pasó por la nariz y la frente, pero el pelo tendría que lavárselo otra vez. —Mierda. —Le miró de reojo. —Vete a casa.

—No, si acabo enseguida. Doy una pasada... —Se alejó como si nada y atónita estiró el cuello para ver que cogía el rollo de nuevo y se ponía a pintar. Sin poder evitarlo sonrió.

A toda prisa se quitó la ropa interior y abrió el grifo del agua. Mejor lavarse allí que no quería molestar más a Camilla. Se metió bajo la alcachofa de la ducha y levantó su rostro. De reojo vio a través del espejo que él se quitaba la camiseta y su corazón dio un vuelco volviéndose. Tenía una decisión en su rostro que le robó el aliento. —¿Qué haces?

—Creo que tienes razón, mejor dejarlo para mañana. ¿Te importa si me ducho contigo? Así no mancho mi baño de pintura.

—Ahora... —Dejó caer los pantalones mostrando su sexo erecto. —Salgo.

—No hace falta. No es la primera vez que compartimos la bañera —dijo con voz ronca. Se puso ante ella y sin dejar de mirarla a los ojos alargó la mano para coger la esponja y la punta de su sexo rozó su cadera—. Hay espacio de sobra para los dos.

Sintiendo su corazón a mil se volvió para darle la espalda cogiendo el gel con la mano temblorosa. —¿Me das un poco? —Al sentir su sexo pegado a su trasero el bote se le resbaló de la mano y él susurró en su oído —Espera que lo cojo yo. —La besó en el hombro estremeciéndola antes de que sus labios bajaran por su espalda lentamente y sus manos acariciaran sus caderas. Acarició sus muslos de arriba abajo y de repente sus manos desaparecieron como todo lo demás. Abrió los ojos sorprendida cuando su cuerpo chilló en protesta para encontrarse el bote de gel ante su cara. —Aquí tienes.

Se volvió cogiéndolo para ver que se enjabonaba la axila antes de frotar su pecho y que esa mano bajara hasta su sexo. Jamás había visto algo más erótico. —¿No te enjabonas?

Ella asintió sin dejar de mirar esa mano que rodeaba su sexo enjabonándolo. Cuando pasó la otra mano por su eje frotándolo con delicadeza se le secó la boca muriéndose por tocarle. —Ahora entiendo. Estoy acaparando la esponja, ¿no es cierto? Si dejas que me aclare te la devuelvo.

Miró sus ojos sin entender una palabra y él se acercó al agua casi pegándose a su cuerpo. Sintiendo que sus piernas se doblaban se agarró a sus hombros y él miró sus ojos cogiéndola por

la cintura. —Se ha caído la esponja.

—¿Sí? —preguntó atontada mirando sus labios muerta de deseo por el roce de sus pezones contra su pecho.

—Da igual. —La cogió por la nuca posesivo. —No te haré el amor si te has acostado con otro. ¿Lo has hecho?

—¿Qué? —Esa pregunta la espabiló de golpe. —¿Acaso te lo pregunto yo?

—¿Te has acostado con otro? —preguntó furioso.

Sonrió maliciosa. —Ni que fuera tu mujer para hacer esa pregunta. Y tú no quisiste que lo fuera, ¿recuerdas?

Tiró de su cabello inclinando su cabeza hacia atrás y provocando que separara los labios. Él los miró con deseo. —Has vuelto para vengarte, ¿verdad? Para torturarme —preguntó cortándole el aliento antes de que la soltara y saliera de la bañera.

Atónita vio como cogía una toalla y se secaba con movimientos bruscos. —¿Por qué piensas eso?

—Déjalo. —Se puso la toalla a la cintura y recogió su ropa antes de salir del baño a toda prisa.

—¡Neithan! —Cerró el grifo del agua y salió de la bañera, pero al posar el pie en el suelo resbaló. Intentó agarrarse a la mampara de la ducha, pero esta cedió cayendo sobre el wáter con un enorme estrépito.

De rodillas en el suelo gimió de dolor y Neithan pálido apareció en ese momento. —¿Nena?

—Esa pija debió desatornillar la mampara para cambiarla. —Él se agachó cogiéndola de los brazos con cuidado para incorporarla un poco y Cassandra hizo un gesto de dolor al mover la muñeca.

—Voy a llamar a urgencias —dijo pálido.

—Estoy bien. —Levantó la vista hasta sus ojos aliviada de que aún estuviera allí. —No quiero vengarme y siento lo que dije en el teatro. Estaba enfadada.

Neithan sonrió. —¿Enfadada o cabreada?

—Cabreada. —Él suspiró abrazándola. —Lo siento.

—No, preciosa. Yo sí que lo siento y no sabes cómo.

—¿El pacto sigue en pie?

Se le cortó el aliento y durante unos segundos pensó que no contestaría. —Te juro que nada me gustaría más.

Sonrió contra su pecho. —Cariño, ¿qué tal si lo hablamos en urgencias? Creo que me he roto la muñeca.

Asustado se apartó para mirarla y al coger su mano izquierda con cuidado ella gimió de dolor. —Joder. —Se levantó a toda prisa y escuchó un golpe antes de que jurara por lo bajo.

—¡Ten cuidado!

—Todo bien, nena —dijo desde el salón.

Se llevó el brazo al pecho con cuidado e intentó levantarse, pero en ese momento llegó él vestido con la ropa llena de pintura para cogerla en brazos. Se sintió tan bien que sonrió y él la miró sorprendido mientras la sentaba sobre el colchón como si fuera el ser más delicado de la Tierra. —¿De qué te ríes, mujer?

—Tú me quieres, ¿verdad?

Él gruñó yendo hasta el armario y arrancó el plástico que lo cubría para abrir la puerta. Cogió unos vaqueros, pero los desechó agarrando unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Regresó a su lado a toda prisa y juró por lo bajo al ver que una de sus rodillas se estaba hinchando. —Mierda.

—Uy...

Ella hizo una mueca al verla y cuando se acucilló ante ella Neithan la fulminó con la mirada. —¿Has visto lo que te has hecho? —le gritó a la cara.

—Shusss... vas a despertar a Camilla y duermes poco.

—¡Yo sí que duermo poco desde que te conozco!

—¿Tú también? —preguntó ilusionada—. Cariño, eso es estupendo. —Se acercó y besó sus labios. Ambos cerraron los ojos y él profundizó el beso como si la necesitara. Cuando se apartó la besó por toda la cara con tal delicadeza que la emocionó. —Yo también te he echado de menos.

La besó en la frente y se apartó sin mirarla. —Vamos, nena. Tiene que verte un médico.

Capítulo 9

Sentada en la camilla se mordió el labio inferior. Ya le habían escayolado la muñeca. Menos mal que no era zurda porque Bob pondría el grito en el cielo porque estaban en plena promoción. En ese momento le preocupaba más la rodilla que estaba bastante hinchada y se le empezaba a amoratar. Como tuviera que llevar muletas no sabía cómo las iba a coger con la muñeca en esas condiciones. También le preocupaba Neithan. Desde que se habían besado y le había dicho que le había echado de menos, había estado un poco distante, aunque la había ayudado en todo y parecía muy preocupado. Pero le daba la sensación de que algo no iba bien del todo.

El doctor llegó en ese momento y sonrió. —Rota no la tengo o no podría andar. ¿Qué le pasa a mi rodilla, doctor? Hable, hable sin miedo. Puedo con lo que sea.

Sonrió divertido. —Según la resonancia no te la has roto.

—Genial.

—Reposo y no apoyes esa pierna demasiado. Tienes que tomar antiinflamatorios, una pastilla cada seis horas. Que te revise tu médico en tres semanas a ver cómo vas.

—Genial, así que puedo irme.

—Vía libre. Una enfermera vendrá a ayudarte...

Se levantó con cuidado y se quitó la bata de encima de su ropa que ya tenía puesta. —Tengo algo de prisa, ¿sabe? Tengo un novio indeciso que nunca sé por dónde me va a salir.

—¿El que se come las uñas ahí fuera? —preguntó sorprendido—. Ese lo tienes pillado.

—No se crea. Da sorpresas de vez en cuando. Tendré que vigilarle de cerca. Además, ya le ha visto. Seguro que tiene a toda la sala de espera revolucionada. Es una feromona con patas y el pobrecito muchas veces ni se da cuenta.

El doctor reprimió la risa dándole los papeles. —Te sacaré una silla de ruedas. Normas del hospital. —Iba a protestar cuando añadió —Eso es más dramático, déjate mimar.

—¿La damisela desvalida? —Entrecerró los ojos. —No sé si entro en ese personaje.

—Tú inténtalo.

Cinco minutos después salía a la sala de espera en una silla de ruedas con los papeles en la mano sana. Al ver a Neithan sonrió y este se levantó y se acercó mirando su escayola. —Vaya.

—No es nada, cariño. En unas semanas como nueva. —Miró a su alrededor para ver que las tres tías que había en la sala les observaban. O más bien le observaban a él. Las fulminó con la mirada antes de sonreír a su hombre. —¿He tardado mucho? —Alargó los brazos y él la cogió haciéndolas suspirar como colegialas. —Lo siento.

—¿Te duele? —preguntó preocupado mientras se abrían las puertas mecánicas.

—No, me han dado algo para el dolor. Y tengo una receta.

—En cuanto te deje en casa iré a por ello a la farmacia.

Le miró a los ojos enamorada. Ese era su hombre y nada le impediría pasar el resto de su vida a su lado. Nada. Como si tenía que tirar por las escaleras a todas las féminas de Nueva York. —Al final no hemos hablado mucho.

Él la besó suavemente en los labios. —Lo haremos en casa.

Un taxi se detuvo ante ellos y la metió en el coche con cuidado. En cuanto dio la dirección ella suspiró apoyándose en su hombro y Neithan pasó el brazo por sus hombros pegándola a él para que estuviera más cómoda. —Volví porque no podía vivir sin ti.

Neithan la besó en la sien. —Siento lo que hice y cómo te utilicé. Y siento lo que te obligué a hacer.

Se le cortó el aliento y levantó la vista hasta sus ojos. —No me obligaste.

La miró arrepentido y acarició su mejilla. —Tenías razón, fui un cobarde. Y te prometo que haré lo que sea para poner en orden mi vida.

Ella sonrió. —Y yo te ayudaré.

Neithan correspondió a su sonrisa. —¿Lo harás?

—Haría lo que fuera por ti. Te quiero.

La miró pensativo y su caricia llegó a su labio inferior. —No te merezco.

—No, pero es lo que vas a tener.

Neithan se echó a reír abrazándola. —Muy bien.

Se le cortó el aliento. —¿Muy bien? ¿Eso es que sí?

—Sí.

—Vale, mañana vamos al juzgado.

La miró asombrado. —No nos vamos a casar así.

Levantó sus cejas. —¿Cómo has dicho? —Se apoyó en su pecho para mirarle. —No empieces, Neithan.

—Tienes la muñeca escayolada, ¿y te has visto la rodilla? —dijo asombrado.

—¡Ni cubierta como una momia se iba a evitar esa boda! ¡Mañana vamos al juzgado!

—Ya veremos.

—No veremos nada. —Levantó la barbilla. —Más te vale que cumplas, que contenta me tienes.

—Nena, eso ha sonado casi tan psicópata como Karen.

—No me compares con esa. Le falta un tornillo, pero es de las ligas menores. —Levantó más la barbilla. —Yo he aprendido de la mejor.

Él reprimió la sonrisa. —¿No me digas?

Le miró ofendida. —¿Acaso no has caído dos veces?

—¿Estás insinuando que me has manipulado para que tuviera una relación contigo?

Lo pensó seriamente. —No, me manipulaste más tú.

—Cielo, tú no eres de las ligas mayores. Se te ve venir a lo lejos.

Gruñó haciéndole reír. —No te rías tanto que cuando me viste de nuevo no sabías por dónde iba a salir.

—Debo reconocer que al verte en el teatro creí que me odiabas profundamente y lo entendí, por eso me confundió un poco que regresaras a tu apartamento.

—Te echaba de menos.

Acarició su espalda. —Y yo a ti, preciosa. No sabes cuánto.

El taxi se detuvo ante su portal casi cuando amanecía y ambos vieron atónitos como Karen se subía a un contenedor de basura y se metía por una pequeña ventana del edificio. Él juró por lo bajo. —Ahora lo entiendo todo.

Pensó en lo que haría Camilla y al ver su escayola le agarró del antebrazo. —Espera. —Pasó por encima de él y le dijo al taxista —Llévelo al Plaza.

—Nena, ¿qué haces?

Le miró a los ojos. —Arreglarlo sin que tu carrera sufra. ¿Confías en mí? —Él asintió. —Dame las llaves. Vete, te llamo mañana. —Le besó y salió del taxi con cuidado. Todavía no había llegado el portero y abrió el portal mientras el taxi se iba. Sin hacer ruido entró en la habitación que usaba el portero y encontró unas tijeras que se parecían a unas de podar. La escayola aún estaba fresca y no le costó mucho cortarla, pero su mano estaba blanca del polvillo

y eso la delataría ante la policía cuando declarara que esa loca la había agredido. Vio una botella de agua y se lavó las manos gimiendo de dolor. Tiró la escayola por la trampilla de la basura y subió las escaleras en silencio hasta llegar a su rellano. Sorprendida la encontró ante su casa y sin poder creérselo la vio entrar en su apartamento. La muy zorra sabía que se había mudado de nuevo y quería sorprenderla. Pues la sorpresa se la iba a llevar ella.

Cojeando fue tras ella y entró en su casa en silencio. En su prisa por ir al hospital habían dejado las luces encendidas y la encontró ante la puerta de su habitación. Parecía confundida y sonrió maliciosa. —¿Me buscabas?

Se volvió de golpe y se le heló la sangre al ver que llevaba un cuchillo en la mano. Por lo visto aquello no había sido tan buena idea. Dio un paso atrás y Karen sonrió. —¿Quieres volver a fastidiarlo todo?

—Deja el cuchillo, Karen —dijo levantando la mano sana.

—¡Es mío!

Ni de broma le daría la razón en eso para aumentar sus fantasías. —Definitivamente estás loca.

—¡Te lo advertí! —Levantando el cuchillo con ambas manos gritó corriendo hacia ella. Cassandra consiguió apartarse justo a tiempo y la empujó por la espalda haciéndola caer en medio del salón, pero esta se volvió ágilmente con el cuchillo en la mano. Cassandra miró a su alrededor buscando una salida y corrió hasta la puerta, pero su rodilla la hizo caer antes de abrirla y se giró. Gritó de miedo cuando el cuchillo se clavó en el suelo al lado de su cara y le pegó una patada en el pecho que la tiró de espaldas sobre un montón de cajas que cayeron al suelo con un estruendo enorme. Cassandra intentó arrastrarse hacia atrás y su mano se cortó con el cuchillo que aún seguía en la madera. A toda prisa lo desclavó y estiró el brazo mientras ella se levantaba mirándola como una desquiciada. Nada, que no lo dejaba. Karen cogió una de las cajas de los muebles y gritando la subió por encima de su cabeza tirándosela encima.

Se cubrió la cabeza como pudo, pero el golpe fue tremendo. —Mierda, eso era la mesilla —dijo algo mareada por el trastazo. La puerta se abrió de golpe y Camilla miró a una y a otra antes de gritar una y otra vez para salir corriendo. Karen agarró su mano y le quitó el cuchillo justo antes de que aquella loca recibiera un puñetazo que la tiró sin sentido a su lado.

Con la respiración agitada miró hacia arriba para ver a Neithan justo antes de desmayarse.

La noticia de que una escritora de Best Sellers había sido atacada por la hija de un famoso productor salió en todos los periódicos. Había sido detenida y para su sorpresa la que consideraba una chiquilla tenía ya veinte años. Y un periodista explicaba sus antecedentes psiquiátricos porque una chica que había ido al colegio con ella había sido acosada por esa loca y hasta le había dado una paliza. El sistemático acoso que había recibido Neithan estaba explicado paso a paso y salían declaraciones suyas diciendo todo lo que había sufrido en los últimos dos años y como su padre le había presionado con su contrato para que no la denunciara. El contrato había sido cancelado en el acto según el agente de prensa de Frederick Banks, la chica había sido internada en un centro a espera de un exhaustivo informe psiquiátrico y ella estaba allí tirada en la cama del hospital desde hacía dos días por una conmoción cerebral esperando el resultado de sus pruebas. Suspiró dejando el periódico sobre la mesilla muy preocupada porque en esos dos días Neithan no había pasado por allí. En cuanto llegó la policía tuvo que ir a declarar mientras a ella se la llevaba la ambulancia y desde entonces no le había visto el pelo. Camilla había estado allí el día anterior por la tarde y le había dicho que le habían llamado de la comisaría de nuevo para ciertos detalles. Como no apareció después había pensado que la policía le había dicho que se mantuviera alejado de ella mientras se efectuaba la investigación, pero la policía había estado hacía unas horas en el hospital para tomarle declaración sobre lo sucedido y a ella no le habían comentado nada. Empezaba a mosquearse de veras. ¿Se lo había pensado mejor y había decidido no seguir adelante con su relación? Aunque habían hablado muy poco, ella no se lo podía creer.

Parecía realmente arrepentido de haberla perdido hacía un año.

La puerta se abrió sacándola de sus pensamientos y sonrió a Camilla que entró con un ramo de rosas rojas. —Qué bonitas.

—Son de Neithan.

Ilusionada se sentó. —¿De verdad?

—La prensa está como loca. Casi no pude salir del portal. Y la puerta del hospital está igual —dijo impresionada.

Confundida la miró a los ojos. —¿La prensa? Pero...

—Su representante le ha dicho que debe cortar esta publicidad de raíz ahora que ya ha conseguido rescindir el contrato. Teme que ese productor europeo ante el escándalo se eche atrás.

Se le cortó el aliento. —¿Me estás hablando en serio? —La decepción que la embargó le puso un nudo en la garganta. —¿Me la juego por él y me deja tirada sin verme siquiera?

Camilla la miró preocupada. —No, cielo. No te deja tirada. Es que...

—¡No le justifiques! ¡Ahora que se la he quitado de encima con un buen escándalo, esto le ha venido de perlas y me pega la patada! Si me regala esas flores es para tenerme contenta hasta que vuelva a casa y que no le ponga verde al salir cuando me encuentre con todos esos periodistas.

—No, te equivocas —dijo preocupada sacando el móvil—. ¿Por qué no hablas con él?

—¿Hablar con él? ¡Es lo que quiero desde hace dos días! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dios, no puedo creer que haya sido tan estúpida.

—No, cielo. Estás equivocada.

—¡Tendría que estar aquí! ¡Si le importara tendría que estar aquí! He dejado mi vida a un lado por recuperarle. ¡He dejado a mi hija!

Camilla la miró angustiada. —Estás algo nerviosa. ¿Por qué no vas leyendo la tarjeta mientras le llamo? Ya verás como no todo es tan negro como lo pintas. Estás nerviosa por lo que ha pasado, como es lógico, y le estás juzgando con demasiada dureza.

Sin darse cuenta de cómo las lágrimas caían por su mejilla arrancó la tarjeta del ramo. Se le cortó el aliento al ver un pentagrama y unas notas que para ella no tenían absolutamente ningún sentido. Volvió la tarjeta y Camilla con el móvil al oído frunció el ceño antes de sonreír. —¡Te ha compuesto algo! Qué detalle.

—No hace falta que finjas. Ni es capaz de escribir unas palabras que me hagan sentir mejor. —Levantó una ceja. —No te lo coge, ¿verdad?

—¿Estará ensayando? No sé. Hace una hora estaba en casa. —Forzó una sonrisa. —No es lo que te imaginas.

—Ojalá tengas razón, pero creo que es exactamente lo que me imagino.

Durante las horas de espera hasta que le dieron el alta solo podía pensar qué había sucedido para que hubiera cambiado de opinión y solo se le ocurría una cosa. Ese productor europeo y la gira que seguramente tendrían en mente.

Cuando salió del ascensor cojeando con Camilla a su lado, escuchó el sonido del piano y al llegar ante su piso pasó de largo entrando en su casa porque su puerta seguía sin estar cerrada con llave. Camilla forzó una sonrisa. —¿Seguro que quieres quedarte aquí?

—Sí, necesito estar sola. ¿Lo entiendes?

—Claro, cielo.

Sonrió con tristeza. —Hablaemos luego, voy a acostarme un rato.

—Pero no tienes la cama hecha ni...

—Tranquila, estoy bien. —Cerró la puerta con llave al oír que la música se interrumpía y vio la sangre en el suelo de cuando se había cortado la mano. Se la quedó mirando mientras escuchaba como Neithan iba corriendo hasta su puerta. El pomo se movió de un lado a otro. — ¿Nena? ¿Cómo no me has avisado? ¿Cassandra? Camilla, ¿está en su casa? ¿Le han dado el alta?

—Sí —dijo la anciana a lo lejos—. Y creo que deberíais hablar.

—¿Cassandra? —Intentó abrir de nuevo. —Nena, abre. —Ella mirando la puerta dio un paso atrás negando con la cabeza. —Preciosa, ¿qué ocurre? ¿Estás disgustada? Joder, yo quería ir.

—Pero tu carrera es mucho más importante —dijo al otro lado de la puerta—. ¡Pues felicidades, ya eres libre de nuevo!

Intentó abrir. —¡No lo entiendes, abre la puerta!

—Me has decepcionado dos veces, pero no lo harás una tercera. —Se volvió para ir hacia la habitación y cerró de un portazo. Reprimiendo las lágrimas se tumbó de lado sobre el plástico del colchón y se tapó la cara con la mano vendada. Sollozó sintiendo un dolor profundo en el alma y cuando unos brazos la rodearon se sobresaltó mirando sobre su hombro.

Neithan la pegó a él y la besó en el lóbulo de la oreja. —He vuelto a fastidiarla, ¿no?

—Vete.

—Creía que era lo que querías. Dijiste que ibas a arreglarlo sin que mi carrera sufriera. Lo dijiste en el taxi, ¿lo recuerdas? —Se le cortó el aliento porque era exactamente lo que le había dicho. —Así que cuando William me pidió que no saliera de casa en un par de semanas, creí que no te importaría. Sabía que estabas bien. Me lo dijeron cuando llamé al hospital.

—¿Llamaste? —preguntó con la voz congestionada.

—Sí, preciosa. Unas cuantas veces. —Le miró sobre su hombro y él vio el enorme morado en la frente. —Joder... ¿Te duele mucho?

—No.

Neithan sonrió. —Mentirosa. —Besó suavemente su labio inferior antes de mirarla a los ojos y acariciar su cabello. —He pensado mucho en estos dos días, ¿sabes?

—¿En qué?

—En que tendré que irme a Múnich para empezar los ensayos y que tú puedes llevarte el ordenador contigo...

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿Y en qué más?

—Que si eres mi esposa el productor no podrá decir nada porque me acompañes.

—¿No podría? —Él negó con la cabeza. —¿Mañana?

—Nena, ¿te has visto? Parece que acabas de salir de una batalla.

Soltó una risita. —Pero la he ganado yo.

—Sí, preciosa. —Besó su rostro borrando sus lágrimas antes de cogerla en brazos para sacarla de su habitación. —Pero no quiero mostrar las fotos dentro de unos años y que te vean con esa pinta.

Riendo susurró —¿A dónde me llevas?

—A mi cama. Es enorme, muy cómoda y tiene sábanas. Allí estarás mucho mejor, sobre todo porque estaré yo.

Se acurrucó en su cuello. —Sí, estoy cansada. Estos dos días no he dormido mucho.

—Lo siento, preciosa. —La besó en la sien antes de que entraran en una habitación. Sorprendida vio que era realmente enorme y cuando la tumbó y le quitó las zapatillas de deporte lo hizo con sumo cuidado. Se sentó a su lado y acarició su cabello esperando a que se durmiera.

Cassandra susurró —Tuve miedo.

—Lo sé. Me di cuenta demasiado tarde.

—Leí tu tarjeta.

Él rio por lo bajo. —¿La has entendido?

—No.

—Vaya, tendré que enseñarte a leer música.

—¿Qué significa?

—Espera. —Salió de la habitación y regresó con un pequeño piano portátil. Se sentó a su lado de nuevo y tocó las teclas. Se le cortó el aliento porque era el estribillo de I will always love you.

La miró interrogante y ella se sonrojó de gusto. —Te amo —susurró mirando sus ojos negros. —Aliviado dejó el piano sobre la mesilla y se tumbó a su lado mirándola a los ojos. — ¿Siempre me lo dirás con música?

—Siempre.

Sus dedos rozaron su mejilla y él cerró los ojos como si fuera la mejor sensación del mundo. —No hay manera mejor.

Neithan entró en su piso y vio que estaba ante el ordenador con un bote de helado comiendo a dos carrillos. —Nena, ¿no has empezado a vestirte?

Gimió porque la había pillado. —Estoy en un momento demasiado importante como para dejarlo ahora.

—Nos casamos en una hora —dijo asombrado mirando a su alrededor. El piso aún era un desastre porque había pasado por un momento creativo y no había podido parar de escribir. Y como había tenido las manos había sido difícil, la verdad, pero ella no se había dado por vencida. —¡Y nos vamos pasado mañana! —exclamó asombrado—. Tendrás que llevarte mil cosas y no has hecho nada. Esto no va a seguir así. O apagas el ordenador ahora mismo o te llevo en pijama al juzgado.

Soltó una risita y le retó con la mirada. —¿A que no te atreves?

Él gruñó caminando hacia ella como si fuera a la batalla y Cassandra se echó a reír mientras la cogía por la cintura cargándosela al hombro. —Vale, está bien... —Él le dio un azote en el trasero antes de dejarla en el suelo. —Te va a encantar el pijama que voy a ponerme hoy.

—A mí mientras sea blanco. —La besó en los labios. —Venga preciosa, date prisa o no llegaremos a tiempo.

Camilla entró en ese momento y chilló —¿Todavía no estás vestida?

Reprimió la risa al ver su sombrerito lleno de flores. —Darme cinco minutos —dijo antes de salir corriendo hacia la habitación. Abrió el armario y allí estaba su vestido de novia metido en una funda. Se quitó su pijama a toda prisa y mientras les escuchaba hablar abrió la cremallera y metió las piernas. Mirándose al espejo del tocador se ajustó al pecho su escote en forma de corazón. El vestido llegaba por encima de las rodillas y era entallado. Tan simple y elegante que cuando lo vio supo que era perfecto para casarse con el hombre de su vida.

Le costó un poco subirse la cremallera, pero al final lo consiguió. Contenta porque le quedaba perfecto a pesar de todo el helado que había comido la última semana, cogió sus tacones blancos y se apoyó en el tocador para ponérselos. Se resintió un poco su rodilla que aún no estaba al cien por cien, pero solo eran para un rato, así que no pasaría nada. Se cepilló el cabello haciendo ondas y después se colocó a un lado de la cabeza el prendedor de Camilla. Un poco de gloss en los labios y perfume mientras se hacía un repaso. Algo viejo el prendedor, algo nuevo que era el vestido y algo azul... Cogió su ramo de flores azules y sonrió. No estaba mal para haberse vestido en cinco minutos.

Salió de la habitación y se detuvo esperando su reacción. Neithan miró hacia allí distraído y se quedó sin habla. —Estás preciosa, nena.

Sonrió radiante. —¿De veras?

—Perfecta. —Se acercó a ella y frunció el ceño. —Pero falta algo importante.

—¿Eso crees? Algo nuevo, algo viejo... No cielo, creo que no se me olvida... —Él abrió la mano y se le cortó el aliento al ver un anillo.

—Te falta esto. —Cogió su mano. —Con la escayola no quería dártelo hasta que pudieras ponértelo. Así que ha llegado el momento. —Se lo puso en el anular y sonrió. —Perfecto.

Emocionada vio que los diamantes formaban una clave de sol y supo que era otra forma de decirle que la quería. Le miró a los ojos. —Es precioso. —Neithan besó sus labios. —Te amo.

Él asintió y cogiendo su mano miraron a Camilla que se secaba las lágrimas. —Siempre lloro en las bodas.

—Pues aún no ha empezado la boda. ¿Te llevas una botellita de agua no vaya a ser que te deshidrates?

Camilla puso los ojos en blanco mientras Neithan se reía. —Esta niña.

Capítulo 10

Dentro del juzgado se sentaron en un banco. A los dos minutos Neithan miró de nuevo hacia atrás esperando a que les llegara el turno. —Ese bebé no deja de llorar. Nos va a estropear el momento. ¿Y por qué hay aquí tanta gente? ¿No es raro? Creía que nos casábamos solos.

—Cariño, tendrán bodas pendientes y en algún lugar tendrán que sentar a la gente. Tú relájate y disfruta, es nuestro momento. Enseguida llegará el juez y esto empezará a rodar.

Neithan sonrió cogiendo su mano. —Deben ser los nervios. —Se la besó, pero muy inquieto miró su reloj. —Quedan unos minutos todavía.

—Enseguida nos llamarán a nosotros, ya verás.

En ese momento se abrió la puerta y entraron en el juzgado dos violinistas. Neithan al reconocerles entrecerró los ojos y estos se pusieron a tocar la marcha nupcial a ambos lados de la puerta. Su prometido dejó caer la mandíbula cuando vio entrar a sus padres con sus hermanos y sus mujeres. Sus sobrinos, una niña con flores y un perrito monísimo que llevaba una cestita en la boca con los anillos. Asombrado miró a Cassandra que forzó una sonrisa. —Sorpresa. No podía dejar que nos casáramos sin nuestra familia.

—¿Has llamado a mis padres? ¿Has llamado a toda mi familia?

—No, a toda no. Solo a los más allegados. Como yo.

No salía de su asombro. —¿Me estás diciendo que toda esta gente es familia tuya?

—Cariño, sonríe —dijo por lo bajo—. Mi padre cree que me estás echando la bronca.

Neithan sonrió como si le estuvieran arrancando las uñas y Cassandra soltó una risita. — Mucho mejor.

En ese momento se abrió la puerta y todos se levantaron cuando un hombre con toga entró en la sala. —Vaya, cuánta gente.

Varios rieron por lo bajo y sorprendentemente el bebé dejó de llorar. —Nena, ahora sí que estoy nervioso. Seguro que tu padre me odia.

—Bah, se le pasará en unos años.

—¿Señor Akerman y señorita Andrews?

—Sí, somos nosotros —dijo ella a toda prisa haciendo reír a los suyos—. Y este es mi prometido. —Le miró con amor.

—Perfecto.

Ella le miró a los ojos y sonrió. —¿Puede hacerlo un poco florido? No sé si me entiende. Para que dure un poquito más.

—Nena...

Vio que su novio estaba un poco pálido. Igual lo de su familia no había sido buena idea. —Tranquilo amor, tú no te desmayes.

—No voy a desmayarme —dijo entre dientes.

—Más te vale porque con lo que me ha costado que llegaras hasta aquí...

El juez reprimió la risa. —¿No me diga?

—Si yo le contara. —Sonrió radiante. —Puede empezar cuando quiera. Mi primo ya está grabando. Cariño sonríe. Esto es para nuestros nietos.

Ella sonrió a la video cámara antes de lanzarle un beso. El cámara enfocó al novio que forzó una sonrisa antes de enfocar al juez. —Estamos aquí reunidos para unir a estas dos personas en matrimonio —dijo mirando a la cámara—. Los anillos, por favor. —La niña llevó

la cesta hasta el juez que sonrió encantado. —Gracias, señorita.

Su sobrina Milly se cogió el bajo del vestido antes de hacer una reverencia haciendo reír a los invitados. El juez acercó la cesta y cada uno cogió un anillo. —Neithan Gregory Akerman, ¿aceptas a esta mujer en matrimonio?

Él sonrió mirándola a los ojos y le puso el anillo. Cassandra sintió una emoción arrolladora al escuchar —Sí, acepto.

—Cassandra Elizabeth Andrews, ¿aceptas a este hombre en matrimonio?

Le puso el anillo en el dedo y le miró a los ojos. —Acepto.

—Pues según me otorga la ley en el estado de Nueva York tengo el honor de declararles marido y mujer. Puede besar a la novia.

Neithan la cogió por la cintura pegándola a él y sonriendo susurró —Cada momento a tu lado es especial.

Cassandra besó sus labios. —Pues todavía no has visto nada. ¿Mamá?

Una mujer se puso al lado con un bebé moreno en brazos. Neithan sonrió. —¿Es tu madre?

—Sí, pero ya te la presentaré después. —Le entregó el ramo a Camilla que se lo agarró a toda prisa antes de que ella cogiera a su hija en brazos y sonriera. —Cariño, te presento a nuestra hija Harmony.

Neithan dejó caer la mandíbula mirando al bebé y la niña soltó un gorgorito alargando el puño como si quisiera coger algo. —Quiere que la cojas. —Atónito dejó que se la pusiera en brazos.

—Nena, creo que tengo que sentarme.

Alguien le puso una silla detrás y él se sentó mirando a la niña embobado. Emocionada se llevó la mano al pecho antes de acucillarse ante él. —¿Qué te parece?

—Así que estaba zanjado, ¿eh?

Le miró a los ojos. —¿Estás enfadado?

Él negó con la cabeza. —No, nena. No sabes el peso que me has quitado de encima. Es preciosa.

—Y es clavadita a ti —dijo su vecina encantada.

Varios se echaron a reír y Neithan la miró a los ojos. En ese momento supo que realmente la amaba y no pudo sentirse más feliz.

Estupendo. Otra vez llegaba tarde. Dando vueltas de un lado a otro con la niña en brazos que no dejaba de llorar estaba que se subía por las paredes. Estaba harta del hotel, harta de aquel tiempo y harta de estar sola todo el maldito día con la niña. Ni podía trabajar y empezaba a ponerse de los nervios. Empezaba a echar de menos hasta a la loca psicópata porque al menos estaría entretenida en otra cosa. Dos semanas llevaban allí y no se parecía en nada a la luna de miel que ella se había imaginado de niña. Sobre todo porque no veía el pelo a su marido en casi todo el día y cuando llegaba a casa, como él decía, estaba tan cansado que casi ni le hacía caso. Y otra cosa. Apenas le había hecho el amor dos veces desde que se habían casado. ¡Dos veces! Es que no podía tenerla más desatendida.

La puerta se abrió y Neithan entró en la suite haciendo una mueca al ver su cara y que la niña no dejaba de llorar. —¿Un mal día, nena?

—¿Un mal día? Un mal día es que te atropelle un taxi. Este ha sido un día pésimo.

Suspirando cerró la puerta y dejó las partituras sobre la mesa. —Cassandra, te aseguro que el mío no ha ido mejor.

Gimió acercándose. —Coge a la niña, tengo que ir al baño.

En el momento en que vio a su padre la niña dejó de llorar mirándole con sus ojitos azules como si fuera una aparición. Neithan sonrió. —Mamá está algo nerviosa, cielo.

Bufó yendo hacia el baño y se bajó el vaquero a toda prisa gimiendo del alivio cuando pudo desahogarse. Sentada en la taza del wáter reprimió las lágrimas. No sabía lo que le pasaba. Estaba con el hombre que amaba y con la niña, pero estar encerrada allí casi todo el día empezaba a pasarle factura. Y eso que ella estaba acostumbrada a estar en casa. Igual era que no podía trabajar. Necesitaban una niñera. Se subió los pantalones decidida y cuando salió al salón se lo encontró sentado en el sofá haciéndole muecas a la niña. —Cariño...

—Tenemos que contratar a una niñera.

Suspiró del alivio sentándose a su lado. —Sí, por favor...

Neithan sonrió y se acercó para darle un beso en los labios. —He encontrado a la niñera perfecta. Vendrá mañana a las diez para que la entrevistes.

Sus ojos brillaron de la alegría. —Te quiero.

Pasó el brazo por su espalda para acariciarla. —A ver si así dejas de echarme esas broncas cuando llego y me haces el amor de vez en cuando.

Jadeó indignada. —No tengas cara, eres tú el que no me hace caso. Estoy muy descontenta, Akerman.

—¿No me digas? —La besó en el cuello haciéndola reír, pero Harmony protestó porque había perdido su atención.

—Que mujeres más exigentes tengo.

—No lo sabes bien. —Besó sus labios. —¿Pedimos la cena?

—Me muero por una hamburguesa con queso. —Ella se levantó para coger el teléfono y llamar a recepción. Después de pedir hamburguesas y unas cervezas colgó sonriendo al ver como acariciaba la cabecita de la niña. —¿No debería estar ya dormida?

—Tu hija es como tú. Me hace caso cuando le da la gana.

—Muy aguda, nena.

—Gracias. ¿Por qué has tenido un mal día?

—No consiguen llegar al ritmo que necesito. Voy más rápido que ellos en todas las ocasiones. Me estoy pensando en cambiar el tempo.

—¡No! ¡Qué se espabilen!

Neithan sonrió. —Preciosa, tenemos que estrenar en tres semanas.

—Hablando de eso... ¿La gira de cuánto será? ¿Ya te han dicho algo? —Cuando apartó la mirada se temió lo peor. —¿Neithan?

—Seis meses.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo seis meses? Me habías dicho que estaríamos fuera de casa tres meses. Entre los ensayos y la gira...

—Bemberg va a invertir mucho dinero en esto y está apostando por mi sinfonía, Cassandra —dijo molesto—. No puedo fallarle y más con el contrato que me ha hecho en el que prácticamente me da libertad total. Nos quedaremos en Europa al menos ocho meses más entre la promoción y la gira. Y eso si no se alarga.

Gritó no por dentro una y otra vez porque eso sí que no se lo había esperado. Se volvió llevándose las manos a la cabeza y él apretó los labios. —Sé que no es lo que quedamos desde el principio, pero es una oportunidad única que solo pasa una vez en la vida. La vida de un músico es así. Giras constantes y teatros por todo el mundo. Cuando me conociste tenía un espectáculo en Broodway, pero mi vida no ha sido así nunca. Desde los doce años he estado de un lado a otro en escuelas de música y en orquestas hasta que me hice un nombre. Por eso te dije que estaba acostumbrado a estar solo.

Se volvió a mirarle preocupada. —¿Y cómo te sientes porque estemos aquí?

—Lo mejor del día es llegar a casa.

Ella sonrió sentándose a su lado. —¿Aunque te eche la bronca?

—Aunque me eches mil broncas.

—Bah, solo necesitamos una niñera.

Neithan sonrió. —¿Y no te importa vivir en hoteles?

Eso sí que la preocupaba porque la vida de Harmony no sería como la de otros niños. —
La niña...

Él apretó los labios. —Cuando sea un poco mayor decidiremos qué hacer. Además, no voy a estar de gira continuamente. Mucho tiempo lo pasaré en casa componiendo. Y tendré conciertos en Estados Unidos. —Acarició su mejilla. —Una gira europea es algo tan excepcional que puede que sea la única vez en la vida que ocurra.

—Hablando de giras europeas... —Él la miró interrogante. —¿Adivina!

La miró asombrado. —¿Ahora? —Ella gimió. —¿Ahora tienes gira por el libro?

—Quieren empezar en tres semanas. Madrid es la primera parada.

—Joder...

—Pero tranquilo que solo es un mes. Mis giras son más cortas.

—¿No estarás para el estreno?

Se quedó muda porque no lo había pensado. —Claro que... —Contó con los dedos. —
Oh...

—¡Oh!

La miró arrepentida. —Cuando me lo dijeron no me di cuenta.

—Estupendo. Mi mujer no va a estar en el día más importante de mi carrera. ¿Y la niña?

—Pues contigo. —La miró asombrado. —Oye, que yo también tengo mi trabajo. Ha sido un desfase de agenda, nada más. ¡No va a volver a pasar!

Se levantó cabreado y siseó —Voy a acostar a la niña. Ya se ha dormido.

Hizo una mueca porque al menos no gritaba. Menos mal que estaba la niña delante porque si no unos buenos gritos no se los quitaba nadie. Mierda, ¿cómo no había recordado el estreno cuando la había llamado Bob? Tenía que empezar a apuntar las cosas.

Cuando él regresó lo hizo sin la chaqueta del traje. —Muy bien, tenemos que organizarnos.

—Puedo llamar a mi madre —sugirió rápidamente haciendo que la mirara con horror—. ¿Qué? La ha cuidado desde que nació y con la niñera será suficiente para que estés lo bastante libre para ensayar lo que necesites.

—¡Me odia! ¡En la recepción de la boda me lanzaba puñales con los ojos! —Ahora ya empezaba a gritar.

—No te odia tanto.

—¡En el aeropuerto antes de irnos me amenazó y tu padre me dijo que como volviera a hacerte daño me castraba! ¡No pueden ni verme!

Soltó una risita. —Cosas que se dicen.

—Vendrá mi madre.

—Ah, no. —Negó con la cabeza. —Me tiene entre ceja y ceja porque te oculté el embarazo, como para decirle ahora que me voy de gira y os dejo solos. Y más en este momento. ¡Esa ya no podrá ni verme el resto de su existencia y tiene pinta de que va a durar mucho!

Él suspiró y en ese momento llamaron a la puerta. Su marido fue a abrir y mirando el duro culito que dejaba entrever los pantalones esperó sentirse así a su lado el resto de su vida. Cuando se volvió con una carta en la mano, cerró la puerta mirándola exasperado.

—¿Qué? ¡Ha pasado una semana!

Sonrió sin poder evitarlo. —Nena, que tenías la regla.

—Dichosa regla. Pero ahora ya estoy lista para...

—Después de la cena, preciosa —dijo distraído mirando la carta—. Es de Camilla.

Chilló de la alegría acercándose para cogerla de su mano y la abrió a toda prisa mientras él reía por lo bajo antes de besarla en la sien. —Voy a ducharme.

—Vale. —Sacó la hoja y vio su preciosa letra. Fue hasta el sofá y se sentó un poco sorprendida. No sabía por qué se había molestado en escribir cuando habían hablado por teléfono apenas cuatro días antes. Leyendo la carta fue perdiendo la sonrisa poco a poco y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sorbiendo por la nariz pasó la hoja y cuando terminó se quedó allí sentada mirando al vacío.

Neithan salió de la habitación con una toalla en la cadera y otra en la mano para secarse el cabello. —Nena, ¿todavía no ha llegado la cena? —Al ver la expresión de su rostro se detuvo en seco. —¿Qué ocurre?

—Ha muerto.

—¿Quién ha muerto? —preguntó acercándose preocupado.

—El otro día cuando la llamé noté que estaba cansada y le pregunté si estaba bien —dijo llorando—. Ella me dijo que era muy temprano en Nueva York y que se acababa de despertar, que no me preocupara. Que tenía que hacer aún muchas cosas antes de reunirse con Peter...

Neithan se sentó a su lado y empezó a leer la carta.

“Mi querida niña:

Cómo agradezco haberte conocido en mis últimos momentos. Has alegrado mi solitaria vida y me he entretenido mucho con vuestra historia de amor. Me ha recordado tantas cosas... Ha sido realmente emocionante. Como si mi Peter estuviera aquí y pudiera volver a vivirlo todo de nuevo. No habéis podido hacerme más feliz en estas últimas semanas, aunque debo reconocer que hubo momentos en los que creí que el amor no triunfaría, pero después todo volvió a su lugar. Como debía ser. Como debe ser.

Al leer estas líneas puede que no entiendas nada, pero hoy me he levantado y he notado que mi tiempo se acaba. Sé que ha llegado el momento. Volveré a ver a mi Peter y no hay nada que pueda hacerme más dichosa. No sufras por mí. Sé que lo harás mucho, más que esos hijos tan desagradecidos que he tenido, porque tú sientes mucho más que los demás. Amas más intensamente que nadie que haya conocido y eso se refleja en los preciosos libros que escribes. Por eso duele tanto cuando llega el momento de la pérdida, ¿no es cierto? Somos muy parecidas en muchas cosas y cuando estrechamos nuestra relación me di cuenta enseguida. Eres mi reflejo en el presente, por eso te voy a dar un último consejo: Practica lo de las escaleras”—Cassandra soltó una risita sin dejar de llorar. —Te vendrá bien en el futuro. Te quiero, mi niña. Os quiero a los dos. Habéis llenado un hueco en mi corazón y os llevaré conmigo para siempre. Cuídate y cuídale mucho. Ama intensamente y sé feliz.

Camilla Eleanor Martin

Postdata. Ya sabes que me gusta decir la última palabra. —Neithan sonrió. —Dile a mi chico que le deseo mucho éxito y que aunque no esté presente ese día, mi corazón estará con vosotros.”

Neithan dejó la carta sobre la mesa de centro y la abrazó besándola en la sien. —Lo siento, nena.

—Tú también la apreciabas.

—Sí, pero sé que entre vosotras había algo especial.

—Si hubiera hablado con ella antes... Si la hubiera conocido de verdad antes...

—Las cosas suceden por una razón y deben ocurrir en su momento. —Cassandra se apartó a toda prisa y él vio como cogía su móvil. —¿Qué haces?

—Llamarla, igual todavía no...

—Ella ya se ha despedido. —Se acercó y le quitó el móvil de la mano con delicadeza. —Cielo, ha elegido esa manera y debes respetarla.

Se echó a llorar de nuevo y él la abrazó durante varios minutos. Se aferró a él y la besó en la sien. —Igual todavía no ha sido su funeral —dijo contra su pecho.

—¿Quieres que lo averigüe?

Asintió antes de apartarse. —Voy a ducharme.

Él la observó ir hacia su habitación. —De acuerdo.

Cuando salió vio a Neithan ya con el pantalón del pijama sentado ante la cena releendo la carta pensativo. —¿Cielo?

Él apretó los labios mirándola a los ojos. —La enterraron ayer.

Reprimió las lágrimas y asintió. —¿Fue mucha gente? A ella le hubiera gustado que asistiera mucha gente.

—El portero me ha dicho que sí. Que casi no se cabía en la iglesia.

Le miró a los ojos y supo que le estaba mintiendo porque se sintiera mejor. Camilla casi no se relacionaba con nadie aparte de sus amigas de la iglesia y también eran muy mayores. Una pena con la familia tan grande que tenía. Sintió un nudo en la garganta y susurró —No tengo hambre. Me voy a acostar.

—¿Quieres que llame al médico para que te dé algo para dormir?

—Estoy bien.

Apenas unos minutos después él se tumbó tras ella y la abrazó. Se volvió abrazándole y la consoló en silencio hasta que se quedó dormida en sus brazos agotada de tanto llorar.

Capítulo 11

El llanto de la niña la despertó sobresaltada y al recordar lo que había pasado suspiró pasándose la mano por los ojos antes de apartar las sábanas. Al ver el reloj de encima de la mesilla se espantó porque eran las doce del mediodía. Salió a toda prisa de la habitación y se detuvo en seco al ver a una rubia guapísima con su hija en brazos balanceándola de un lado a otro. La señaló con el dedo gritando —¡Suelta a mi hija!

La chica que debía tener su edad la miró sorprendida. —Señora Akerman, me ha contratado su marido —dijo con un ligero acento alemán.

—¿Mi marido? —preguntó con desconfianza.

—Soy la niñera. Me dijo que no la despertara, que había fallecido su tía abuela y que estaba disgustada. —Al recordar a Camilla sus ojos se llenaron de lágrimas. La chica dio un paso hacia ella. —Soy Dagna.

La miró de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros que marcaban un culo perfecto y su larguísima melena lisa como una tabla estaba recogida en una cola de caballo. Mierda, ¿es que en ese país no había niñeras que no parecieran modelos? Tenía que haberlas, las había en todo el mundo. Pero no, su marido tenía que contratar a una chica con un tipazo y cara de ángel. Además, tenía los ojos azules. Demasiado guapa para su gusto y para el gusto de cualquiera. La iba a oír cuando llegara esa noche. Entonces recordó los consejos de Camilla. No debía mostrar sus celos. Forzó una sonrisa acercándose. —Lo siento, me he asustado y...

La chica sonrió. —Lo entiendo.

Hasta los dientes los tenía perfectos. —Voy a ducharme.

—Muy bien, señora Akerman. No debe preocuparse por Harmony, ya estoy preparando el biberón. —Miró hacia el calienta biberones y asintió dando un paso atrás. La chica miró a su niña y sonrió. —¿Verdad, bonita? Vas a comer, que tienes mucha hambre.

La niña soltó un gorgorito y Cassandra gruñó por dentro volviéndose y entrando en el baño a toda pastilla. Se duchó en tiempo récord porque no se fiaba de esa monada, pero nada de nada. No le quitó el ojo de encima en todo el día disimulando que trabajaba y a cada minuto que pasaba le caía peor. La había interrogado como si nada mientras comían. Tenía un título en puericultura y un master en psicología infantil, hablaba cuatro idiomas y era la tercera de cuatro hijos. Parecía la niñera perfecta, pero a ella no se la daba. Algo tenía que hacer mal.

Cuando llegaron las cinco cogió su bolso y sonrió dulcemente. —Está dormida señora, aunque no tardará en despertarse.

—Gracias, Dagna.

—Mañana vendré a la misma hora.

—Muy bien —dijo sonriendo desde su asiento ante el ordenador.

La chica sonrió y fue hasta la puerta. —¿Quiere que traiga otro bote de leche de la que vengo por la mañana?

—No te preocupes. Saldré a comprarlo yo misma en cuanto se despierte. Tengo compras que hacer.

—Bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana —siseó cuando cerró la puerta. Se levantó de su silla en el acto y fue hasta la habitación para ver que su niña estaba dormidita en su cuna. Ese sí que era un ángel y no lo que había salido por la puerta. ¿Una licenciada con tantos idiomas y era niñera? Algo no le cuadraba.

Se volvió a sentar en su silla y cogió el curriculum que le había dado. Puso Dagna Aeschelman. Menudo nombrecito tenía la niña. Tuvo que corregir dos veces su apellido. No lo pronunciaría bien en la vida. Pulsó en el buscador y vio que tenía página en Facebook. A través de su Facebook accedió a su página porque para su asombro la tenía abierta a todo el mundo. Era evidente que la usaba para ligar porque estaba llena de fotos muy sexis y también de frases románticas. Vio las fotos con unas amigas en una fiesta e hizo una mueca porque tampoco había nada de malo en ello. Suspiró cerrando la página. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una asesina en serie o algo así? Se estaba volviendo paranoica.

La niña se echó a llorar llamando su atención y casi lo agradeció porque su mente no dejaba de darle vueltas al asunto. Dos horas después llegaba al hotel cargada de bolsas empujando el carrito de la niña y cuando entró en la habitación vio que Neithan ya había llegado y se estaba tomando una cerveza en el sofá mientras apuntaba algo en las partituras que tenía delante. —Estás aquí... —Sonrió encantada y empujó el carrito.

—Vaya, ¿has comprado media ciudad?

—La niña necesitaba cosas. —Dejó las bolsas en el suelo e hizo una mueca porque le dolió la muñeca.

Él se acercó preocupado cogiendo su mano con delicadeza para ver la rojez que había dejado la bolsa alrededor de su muñeca. —Nena...

—Estoy bien. Casi todo lo ha llevado el carrito. —Le dio un beso en los labios. —¿Qué tal el día?

—Tengo que cambiar el tempo.

—Cariño no te rindas. Lo conseguirán. Dales con el látigo para que se apuren.

Él sonrió cogiendo a la niña en brazos. —¿Eso es lo que harías tú?

—Yo afortunadamente tengo un trabajo de lo más satisfactorio porque no tengo que ajustarme a nadie. Llevo mi propio ritmo.

—Suerte la tuya. —Miró a su hija y sonrió. —Hola, preciosa. ¿Te ha gustado Dagna? —Gruñó llevando las bolsas hasta la habitación. —Entiendo, es a mamá a quien no le ha gustado. —Entró tras ella. —¿Y eso?

Sacó el paquete de pañales para colocarlos al lado del cambiador. —No es eso. No es que no me haya gustado. Se la ve muy eficiente y perfecta. Todo en su sitio y en su momento. Con una puntualidad británica para todo. Le cambia el pañal cada tres horas exactas. Ni un minuto más.

Neithan se echó a reír por lo bajo. —¿Al contrario que tú, mi alocado desastre?

Sonrió mirándole por encima del hombro. —Muy gracioso. Mi niña tiene el culito bien hermoso. Lloro como un reloj cuando hay que cambiarla. Ella me avisa. A ver si nuestra Harmony va a dejar de avisarnos... Entonces sí que vamos a tener un problema.

—No te cae bien.

—No es que hayamos hablado mucho. —Se volvió y pensó en ello. —¿No la había más fea por ahí?

Neithan se echó a reír. —Nena, ¿estás celosa?

—Es que es mucha casualidad. He visto mujeres feísimas en esta ciudad, ¿y has tenido que encontrar a la más guapa?

—No la he buscado, nena. Ella ha venido a mí.

Entrecerró los ojos. —Explícate por favor, que esto cada vez se pone más interesante.

—Es hermana de uno de los chelos. Estaba hablando contigo por teléfono y debió escuchar algo de que no podíamos salir a cenar con la niña, porque en el descanso para comer se acercó y dijo que su hermana acababa de terminar la carrera y que estaba buscando algo temporal. Tiene intención de irse un año por Europa en plan mochilero y necesita el dinero. Me pareció bien cuando la conocí y la contraté. —Arrugó la nariz y miró asombrado a Harmony. —¿Por qué no haces caquita con Dagna que para eso la pago? —La niña soltó una risita. —Nena,

no te preocupes. La niña nos va a avisar igual.

Estaba tumbada sobre Neithan en el sofá viendo una película cuando sonó el teléfono de su marido. —Corre, corre, que no la despierte.

Neithan se levantó de golpe y cogió el teléfono de su chaqueta que estaba colgada en la silla del comedor. Descolgó a toda prisa. —¿Diga? Sí, soy yo. —Cassandra se puso de rodillas sobre el sofá para mirarle viendo cómo se ponía de serio. —¿Testamento? —Se tensó mirándole a los ojos. —No, no sabía nada y mi mujer tampoco. Nos enteramos ayer de la noticia. Ha sido una sorpresa. —Escuchó lo que tenían que decirle antes de contestar —Perdone, pero no podemos ir a Nueva York. Tengo que hacer un trabajo aquí y... Sí, mi esposa puede ir. ¿Mañana? No puede irse mañana. Tenemos una hija ¿sabe? ¿No pueden enviar lo que sea por correo? —Escuchó de nuevo durante unos minutos que le parecieron eternos y de repente sorprendido la miró a los ojos. —Entiendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —susurró.

—Hablaré con ella. Le llamaré en un momento a este número.

Impaciente esperó a que colgara. —¿Qué pasa, cielo? Era por Camilla, ¿verdad?

—Nena, tienes que ir mañana a Nueva York.

—Sí, claro —dijo divertida—. ¿Y eso?

—Eres la heredera universal de Camilla. —Perdió todo el color de la cara y su marido suspiró acercándose.

—Pero eso no puede ser, tenía familia, hijos, nietos...

—Al parecer últimamente no le hacían mucho caso. Ella misma me lo dijo un día que me la encontré en el ascensor. Era Navidad y yo me iba a casa de mis padres. Me dio la sensación de

que ella iba a celebrarlo sola.

Jadeó antes de negar con la cabeza sin poder creérselo. —Pero cuando la llamé en Navidad me dijo que iba a casa de su hija...

—Pues a mí después de las fiestas me enseñó una foto de su hija esquiando. Y solo tenía una hija, ¿no?

—Dios mío. —Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Pobrecita...

—Esto hace que nos demos cuenta de lo egoístas que somos a veces.

Emocionada le miró a los ojos. —Pero yo no quiero nada. Seguro que hizo el testamento en un arrebato...

—El abogado me ha dicho que cambió el testamento hace un año y estaba muy contenta por el cambio. Quieras o no esa herencia, debes ir para asegurarte de que las cosas se hacen bien.

—Sí, sí, por supuesto.

—Buscaré un billete y voy a llamar a mi abogado para que te acompañe. Él negoció mi nuevo contrato y es el mejor en lo suyo.

—Vale —dijo aún sorprendida. Cuando se alejó para hablar por teléfono susurró — Camilla, ¿qué has hecho?

Dos días después ante el abogado de Camilla se quedó con la boca abierta por el volumen de su herencia. El edificio era suyo, como otro en el Soho y dos más en Brooklyn. En la cuenta había un millón doscientos mil dólares y eso le robó el aliento tanto que se mareó y todo. El hombre dio la vuelta a la hoja y Daniel Carpenter su abogado carraspeó —Vaya. ¿Te encuentras bien, Cassandra?

—Es que no lo entiendo.

—Camilla era rica antes de su matrimonio. Sus padres tenían varios inmuebles y ella a lo largo de los años fue ampliando su patrimonio. El edificio donde tienes tu piso era suyo por completo. Solo vendió esos dos pisos a través de una sociedad. Te eligió a ti como eligió a Neithan —dijo el abogado de su amiga divertido—. Creo que lo vio como una especie de juego.

Asintió. —Iba a alquilar el apartamento. Recuerdo que la encontré en el ascensor, pero ni hablamos más allá de un simple saludo de cortesía. Yo iba con la agente inmobiliaria y recuerdo que le comenté que buscaba para comprar, pero que todavía no tenía lo suficiente como para adquirir algo en Manhattan... Unas horas después me llamó y me dijo que si quería el apartamento era mío por una cifra que me asombró y acepté en el acto.

—Le gustaste desde el principio. Y con Neithan pasó algo parecido. Su agente inmobiliario conocía a Camilla y le ofreció el piso. Siempre ha sido una apasionada de la música clásica.

Miró de reojo a su abogado que se encogió de hombros. —Puedes renunciar a la herencia, pero no era lo que deseaba la señora Martin. Esta fue su última voluntad.

—No sé qué hacer.

—Si renuncias a la herencia, todo irá a parar a tu hija Harmony —dijo el señor Harford sorprendiéndola—. Todo. Sus hijos no recibirán nada por mucho que renuncies por ella porque el siguiente será el portero... —Miró sus papeles—Ramon González.

Jadeó indignada. —¡Si le odiaba! ¡No podía ni verle!

El abogado reprimió la risa. —Lo hizo a propósito.

—Qué mujer. Qué pena no haberla conocido. Debía ser muy peculiar —dijo su abogado con admiración.

—Lo era —dijo con pena. Emocionada miró al abogado—. Está bien. Acepto la herencia.

Horas después estaba en casa de Camilla y sin poder retener las lágrimas cogió la foto del día de su boda del tocador. Ella le miraba sobre su hombro con una sonrisa irónica en los labios y él reía. Se les veía tan felices... Dejó la foto y pasó su mano por la pulida madera y se le cortó el aliento al ver el prendedor que le había prestado otras veces. Lo cogió con cariño porque se había casado con él. Se mordió el labio inferior dejándolo en su sitio y miró a su alrededor. Su abogado había llamado a la familia por si querían algún recuerdo de su madre, pero ellos habían dicho que no, demostrando que les importaba más el dinero que la mujer que les había dado la vida. Y ella no sabía qué hacer con sus cosas. Sacó su móvil y llamó a Neithan. —Hola, nena —dijo riendo—. ¿Cómo ha ido?

Frunció el ceño al escuchar la risa de una mujer tras él. —¿Estás en el hotel?

—Sí, estamos bañando a la niña. Hoy está muy revoltosa.

¿Estamos? Gruñó molesta. —Aléjate, quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa? —preguntó alejándose—. No me digas que tenía deudas y que tienes que hacerte cargo. Supongo que mi abogado te habrá dicho que renuncies a la herencia.

—No, no me ha dicho eso porque... —Miró a su alrededor. —Todo era suyo.

—No te entiendo.

—El edificio era suyo. Como otros tres edificios más y un millón no sé cuánto en una cuenta.

—Nena, no me tomes el pelo.

—Hablo en serio, Neithan. Me ha hecho rica. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —¿Cariño? ¿No me has oído?

—Sí, te he oído. Es que me ha sorprendido, eso es todo.

—Pues imagínate como estoy yo. No sé qué hacer con sus cosas ni qué hacer con nada.

—No hace falta que lo pienses ahora. Cierra y vuelve.

—No puedo hacer eso. Tengo que firmar no sé qué papeles el viernes que viene.

—¿Una semana?

—No voy a ir para volver. Me dijiste que lo arreglara bien.

Escuchó como juraba por lo bajo. —Muy bien, pero el sábado te subes a un avión.

Sonrió porque parecía impaciente. —¿Me echas de menos? —Una risa de mujer la puso de los nervios.

—Preciosa, tengo que dejarte. Dagna se ha mojado toda la camiseta y tengo que sacar a la niña de la bañera.

Dejó caer la mandíbula del asombro escuchando el sonido repetitivo del teléfono y atónita miró la pantalla para ver que le había colgado. ¿Se había mojado la camiseta? ¡Si esa niñata no llevaba sujetador! A toda prisa volvió a llamar, pero no le cogió el teléfono. Mierda. Gruñó levantándose. —¡Camilla, qué pena que no estés aquí!

El jueves de noche llegó al hotel y con unas prisas enormes de ver a su niña y a Neithan pasó la tarjeta por la ranura. El salón estaba a oscuras y no había nadie e iba a decir en voz alta que estaba allí cuando escuchó un suspiro en la habitación.

—¿Te gusta? —preguntó la voz ronca de Neithan. Su tono le provocó un vuelco al corazón y sin cerrar la puerta caminó por la alfombra para oír una risa sensual que la detuvo en seco.

—Es maravilloso. —Dagna suspiró de placer retorciéndole el corazón y sin poder creérselo, aunque lo estaba escuchando, dio un paso hacia la puerta. Totalmente pálida se encontró a su marido sentado al lado de la niñera. Esta estaba tumbada sobre su cama y él le daba un masaje en su espalda desnuda. —Tienes los dedos muy fuertes...

—¿Qué está pasando aquí?

Ambos la miraron sorprendidos y Neithan se levantó de la cama. —Nena...

Furiosa fue hasta la cama y agarró de los pelos a esa zorra. —¡Lo sabía! —La muy puta gritó. —¡Sabía que no eras trigo limpio!

—¡Cassandra!

Le señaló con el dedo. —¡Estoy contigo en un minuto, cerdo infiel!

Atónito vio como levantaba a la niñera de la cama y Dagna intentó cubrirse los pechos sin dejar de gritar que la soltara. —Sí, ahora te suelto, puta. —Le arreó un puñetazo que la tiró sobre la alfombra del salón y al ver que se acercaba de nuevo la niñera corrió hacia la puerta. Salió corriendo como una gacela con los pechos al aire. Desde la puerta gritó —¡Te olvidas tu curriculum, guarra! —Cerró de un portazo y al volverse se encontró a Neithan tras ella. El tortazo que le volvió la cara ni lo vio venir y reteniendo las lágrimas siseó —¿En mi propia habitación? ¿Ante mi hija?

—Nena, te juro que no ha pasado nada —dijo muy tenso.

—¿No? A saber todo lo que has hecho desde que me fui —dijo con desprecio. Le empujó por el pecho para pasar. —¡A saber todo lo que has hecho a mis espaldas!

—Le dolían los brazos de coger a la niña y le aplicaba presión sobre los músculos como me hacen a mí cuando toco mucho.

—¡Sí! ¡Sí que tocas mucho! ¡Mucho de lo que no debes!

Abrió el armario y empezó a sacar sus cosas. Pálido dio un paso hacia ella. —Cassandra, te juro que no es lo que crees. ¡Solo nos llevamos bien!

—¡Mejor que conmigo, eso es evidente porque a mí nunca me has dado un masaje!

Se acercó y la cogió por los brazos. —¡No hemos hecho nada!

Le miró fríamente intentando retener las lágrimas por el dolor que la recorría. —No te

creo. —Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¡Ya no me creo nada de ti! —gritó desgarrada—. Si me ibas a hacer esto, ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por remordimientos? ¿Por pena? ¿Por qué?

—¡Te juro por lo más sagrado que no he pensado en acostarme con ella ni una sola vez!

—¡Estás en nuestra habitación, en nuestra cama y con una mujer medio desnuda sobre ella! ¿Qué quieres que piense?

—Creía que llegabas el sábado y... —Una lágrima corrió por su mejilla dando un paso atrás de la impresión. —¡No lo estoy reconociendo! ¡Nena, yo te quiero! —En sus preciosos ojos verdes rotos de dolor vio que no le creía y se llevó las manos a la cabeza dándole la espalda. —Joder, tienes que creerme.

—Me voy a Nueva York y me llevo a la niña. Cuando termines la gira o lo que sea y te dignes a aparecer por allí, firmaremos los papeles del divorcio.

Se volvió furioso. —¡No va a haber divorcio! Te estás equivocando y estás tirando nuestro matrimonio por la borda.

—Tú has roto este matrimonio a no tenerme el suficiente respeto como para alejar a tu amante de mi hija —dijo haciéndole palidecer—. Lo di todo por ti. Después de lo que me hiciste, después de cómo reaccionaste cuando me quedé embarazada, regresé a tu lado porque no podía olvidarte y me haces esto —dijo con la voz congestionada por el dolor—. Y no me lo merezco.

—Nena... —dijo intentando tocarla, pero ella apartó los brazos mirándole con desprecio —, te juro por nuestra hija...

Le cruzó la cara de nuevo y le miró con odio. —Ni se te ocurra... Ni siquiera querías que naciera. —Le señaló con el dedo amenazante. —Como ensucies más a mi hija con esto, te mato. —Se volvió y sacó las maletas grandes del armario. Neithan impotente vio como las llenaba con su ropa y con la de la niña.

Una hora después salió de la habitación con su hija en brazos mientras el botones se

llevaba las maletas en un carrito. Vio como sentado en el sofá con los codos apoyados en sus rodillas parecía derrotado mientras se apretaba las manos mirando el suelo. Sin decir una palabra fue hasta la puerta.

—Puede que no me creas por todo lo que ha ocurrido entre nosotros, nena... Pero te juro que te quiero —dijo desesperado.

Cerró al salir sin molestarse en contestar y al alejarse escuchó como algo se estrellaba contra la pared. Reprimió un sollozo acariciando la cabeza de su hija que se había despertado y susurró —Estaremos bien, cielo. Ya verás como sí.

Capítulo 12

Estaba firmando en un centro comercial de Madrid y sonrió a la cámara de la prensa que en ese momento le sacó una foto. —Esta era la última —dijo Bob satisfecho.

—No ha habido mucha gente. El editor estará preocupado.

—¿Qué dices? Está encantado. Para ser tu primer libro en Madrid ha sido todo un éxito. Ahora se correrá la voz y aumentarán las ventas. La publicidad te lanzará al estrellato. —Miró lo pálida que estaba y apretó los labios. —¿Estás bien?

—Sí, sí. —Forzó una sonrisa cogiendo su bolso. —Solo algo cansada. Han sido unas semanas un poco movidas. Pero estaré bien después de unas horas de sueño.

—Descansa que mañana nos vamos a París. No quiero que te pongas enferma.

—¿Pero no teníamos una cena?

—Vete tranquila, yo me encargo. Diré que estás algo resfriada.

—Gracias, eres un cielo.

—¿Recuerdas el nombre del hotel?

—Sí. Te veo mañana. —Salió del centro comercial y empezó a subir la calle peatonal porque su hotel estaba relativamente cerca y prefería caminar para despejarse un poco. Sacó su móvil y llamó a su madre porque en casa era por la mañana.

—Hola, cielo.

—Hola, mamá. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien. La niña ahora está dormidita. ¿Ya has salido de la firma de libros?

—Sí. —Hizo una mueca. —No había mucha gente.

—Bah, todavía no te conocen demasiado por ahí.

—Eso es lo que dice Bob. —Se pasó su otra mano por la frente. —Pero a mí me da la sensación de que estoy perdiendo el tiempo.

—Es que no ha sucedido en el mejor momento y ya no te hace ilusión.

—Sí, será eso. ¿Ya ha hecho la videollamada?

—Sí, esta mañana. Dice que ha crecido mucho. Estaba algo preocupado porque hoy es el estreno y le pidió a la niña que le diera suerte. La niña sonrió.

—¿De veras? —preguntó reprimiendo las lágrimas.

—También hablamos de Karen.

Se detuvo en seco. —¿De Karen? ¿Por qué hablasteis de ella?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—La han soltado, hija.

Miró asombrada el teléfono antes de ponérselo de nuevo al oído. —¿Te he oído bien?

—Al parecer su abogado ha alegado que todo fue un plan urdido por vosotros para librar a Neithan de su contrato. Su padre declaró ante el juez que Neithan le había presionado muchas veces porque quería irse y él no lo consintió. Y contrató a varios expertos en psiquiatría para demostrar que su hija había sido engañada. El fiscal al ver el giro que había tomado el caso, hace tres días tuvo que retirar los cargos y que tú no estuvieras en el país le ha venido de perlas para que no le presionaras. Hoy ha salido en la prensa.

—¡Si casi me mata!

—Por eso la prensa está como loca. Están presionando a la fiscalía para enterarse de todos los detalles. Y ya han salido dos chicas de su antiguo instituto en la televisión diciendo que lo que decían esos siquiátras tenía que ser mentira. Que Karen estaba loca y que alguien debía hacer algo porque era un peligro público. Una de ellas dijo que casi le saca un ojo y su padre para que no la demandara le pagó un millón de dólares. Me puso los pelos de punta lo frío que es ese hombre. No dejan de hablar de ello en la televisión y de sacar imágenes de Neithan tocando el piano. Ahora se ha vuelto noticia nacional.

—Dios mío... —susurró recordando a esa mujer con el cuchillo en la mano. Sintiendo un escalofrío levantó la mano llamando a un taxi—. Mamá tengo que dejarte.

—Pero...

Colgó el teléfono y corrió hasta Gran vía donde en cuanto levantó el brazo un taxi se detuvo ante ella. Se metió en el vehículo a toda prisa. —Al aeropuerto, por favor.

Cuatro horas después llegaba al teatro de la ópera de Múnich y vio emocionada la enorme fila de personas que esperaban para entrar ante el impresionante edificio de estilo romano. Fue hasta la puerta trasera y entró sin que la interrumpiera nadie porque ya la conocían de un par de veces que había ido por allí al principio de los ensayos. Sonrió a uno de los violinistas y caminó hasta las escaleras de madera que daban a los camerinos. Subió a toda prisa cruzándose con un montón de músicos con smoking que iban en dirección contraria. Una chica con un vestido negro se cruzó con ella corriendo a toda prisa y a ella se le cortó el aliento mirando hacia abajo. Vio su cabeza rubia desaparecer entre los músicos y negó con la cabeza. Estaba paranoica.

Siguió subiendo las escaleras y fue hacia la derecha donde estaban los vestuarios de las estrellas. El nombre de su marido estaba en la puerta del fondo y llamó a la puerta.

—¡Ahora no! ¡Adam sabes que tengo que concentrarme!

Abrió la puerta y él poniéndose la chaqueta del smoking la miró sorprendido. —Nena...

—Pues con aquella del vestido rojo no te estabas concentrando mucho.

Neithan apretó los labios. —Es un día importante, por favor ahora no estoy para que me recrimines mis meteduras de pata.

Cerró la puerta. —No me has dicho lo de Karen.

—No es que hablemos mucho últimamente, ¿no? —preguntó molesto—. De hecho no me coges las llamadas. Nena... tienes que irte.

—¿No te preocupa?

—¡Me preocupan mucho más las dos mil personas que van a verme esta noche! ¿Quieres irte de una maldita vez? —gritó furioso.

Apretó los labios porque estaba realmente nervioso y le miró a los ojos muy preocupada porque jamás le había visto así. Tan inseguro de sí mismo. —Todo va a salir bien —dijo sin poder evitarlo.

Él cerró los ojos volviéndose y apoyando las manos sobre el tocador respiró hondo. Viendo lo mal que lo estaba pasando se acercó y pasó una mano por su espalda. —Eres un genio y esta noche vas a mostrar al mundo lo maravillosa que es tu música. Les vas a hacer un favor.

—Un favor, ¿eh? —preguntó más relajado.

—Te besarán los pies cuando esto termine. Solo tienes que salir ahí y hacer lo que más te gusta en este mundo como si estuvieras en el salón tocando para mí. ¿Tocarás para mí esta noche?

Levantó la vista hacia ella. —Sí, preciosa. Tocaré para ti.

Sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla. Él cerró los ojos como si fuera la mejor sensación del mundo y emocionada se alejó hacia la puerta. —Como seguramente no tendré butaca me sentaré entre bastidores. Adam me encontrará el mejor sitio. Te estaré

escuchando, Akerman.

—Nena... —Se volvió para mirarle a los ojos. —Gracias por venir.

Ella asintió y salió del camerino. Adam iba dando órdenes a uno y a otro y se acercó a él. La miró sorprendido. —Gracias a Dios.

—¿Tengo sitio entre bastidores?

—Por supuesto que no, tiene una butaca en primera fila. Justo ante el piano como él quería.

Se sonrojó de gusto porque hasta el último momento había tenido la esperanza de que fuera. —Perfecto.

—Venga conmigo.

El director de escena la acompañó él mismo hasta su butaca y sonrió a la pareja que había al lado que iban vestidos de gala. Y ella con el simple vestido rosa que había llevado a la firma de libros se sintió fatal. Era la esposa de Neithan, debía estar a la altura. Pensando en que ya no podía hacer nada miró el telón rojo que tenía delante muy preocupada. En ese momento llegó el productor con su esposa y se sentó a su lado. Puso la excusa a su vestuario a que acababa de llegar de Madrid de la firma de su último libro y hablaron un rato sobre él hasta que sonó el pitido que iniciaba el concierto antes de que se apagaran las luces. Sintió que su corazón se agitaba y de repente se escuchó la música del piano. Una melodía tan bella que le hizo cerrar los ojos. Se imaginó los dedos de Neithan sobre el piano y cuando tocó la última nota se abrió el telón. Neithan estaba ante la orquesta y todos al unísono continuaron la melodía. Separó los labios porque la música era tan potente que hasta podía sentirla en el pecho y allí se llevó la mano sin poder apartar la vista de su marido que con la batuta indicaba cada movimiento. Entonces regresó al piano y sentado tras él la miró a los ojos antes de tocar de nuevo la maravillosa música mientras la orquesta le seguía. Solo para ella. Emocionada ni sintió como una lágrima corría por su mejilla. Hasta que la melodía terminó y el teatro se puso a aplaudir

entusiasmado. Neithan se levantó de nuevo y se inclinó en señal de respeto antes de girarse hacia la orquesta para iniciar el siguiente movimiento. Y entonces Neithan empezó a disfrutar entregándose por completo. Cuando regresó al piano estaba totalmente abstraído y ella sonrió porque jamás había tocado tan bien como esa noche. Miró a la orquesta y reconoció a varios violinistas de su anterior espectáculo. El chico que había hecho un solo la última vez estaba en primera fila. Se preguntó lo que hubiera pasado si él no la hubiera ayudado aquella noche. Si Camilla no hubiera intervenido con su influencia o si no hubieran tenido a la niña. Ya no merecía la pena pensar en ello. Daba igual porque esa noche demostraba que por mucho que pasara siempre regresaría a su lado. Era suya y lo sería hasta la muerte.

Pensando en ello mientras la música fluía a su alrededor ni se dio cuenta de cómo pasaba el tiempo. Los aplausos atronadores la trajeron a la realidad y miró sus ojos. Sonrió porque sabía que buscaba su aprobación y se levantó para aplaudir mientras susurraba —Muy bien, cielo.

Neithan se levantó de su piano y se inclinó mientras se cerraba el telón. —¿Quiere venir a tomar una copa de champán con nosotros durante el descanso? —preguntó la esposa del productor agradablemente.

—Si no le importa me gustaría ver a mi marido.

—Oh, faltaría más. Dígale que es maravilloso, aunque se lo diré yo después, por supuesto.

—Se lo diré, gracias.

Subió los escalones que daban al escenario y pasó entre los músicos que descansando bebían agua. Ella subió las escaleras para ver a Neithan y cuando abrió la puerta del camerino la cogió de la mano sorprendiéndola para pegarla a su cuerpo antes de atrapar sus labios y besarla como si fuera lo mejor del mundo para él. Sin poder rechazarle le abrazó por el cuello y se entregó totalmente.

Neithan apartó sus labios antes de enterrar la cara en su cabello. —Te amo, no me dejes

de nuevo.

Emocionada se apartó para mirar su rostro. —Debemos hablar.

—No fue con mala intención, te lo juro.

—Me hiciste daño.

—Lo sé. Sé que te sentiste traicionada y que hice mal, pero nunca pensé en tener algo con ella. Nena, no me acosté con nadie en un año cuando te fuiste, ¿crees que me acostaría con otra cuando había conseguido que me perdonaras?

Se le cortó el aliento y dio un paso atrás de la impresión. —¿Qué dices?

Él suspiró apoyando la cadera en el tocador. —No salías de mi cabeza.

Los ojos de Cassandra se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—Cuando te vi de nuevo en mi camerino en Nueva York no me lo podía creer. Pero estabas tan fría... Y lo entendía porque había sido un cabrón contigo. Joder, nena... No sabes lo que es sentirte acorralado y que todo por lo que has luchado toda tu vida se vea en peligro por los caprichos de Frederick y su hija. Cuando sugeriste lo del matrimonio me pareció la idea perfecta. No pensaba llegar tan lejos, pero fui muy claro era un pacto y parecías dispuesta a seguirlo. Pero en cuanto nos acostamos...

—Todo se complicó.

—No me esperaba sentirme así a tu lado. Todo era perfecto. Y Karen había desaparecido como por arte de magia. Pero de repente me dices que estás embarazada. No me lo podía creer. ¿Cómo me había metido en otro lío de tal calibre?

Sonrió con tristeza sentándose en la butaca ante él. —Y quisiste huir.

—Sé que es cobarde, pero no lo pude evitar. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, tú ya estabas dispuesta a mudarte y ante tus reproches te recliné mis dudas sobre si te habías quedado embarazada a propósito. Lo empeoré todo y en ese momento creí que mi primera

reacción había sido la correcta. Pero seguías sin salir de mi cabeza. —Sonrió con tristeza. —Creo que fui el primero en comprar tu libro. Estaba en la librería una hora antes de que abrieran —dijo emocionándola—. Y me encantó. Pero cuando volví a verte...

—Me dijiste que no lo habías leído por orgullo. Porque habías pensado en mí y yo seguía furiosa contigo. Por eso me dijiste que habías quedado con una mujer.

—Cuando te mudaste de nuevo no me lo podía creer, cielo. Y que me dieras otra oportunidad aún menos. ¿Crees de verdad que después de recuperar lo que creía imposible, incluida nuestra hija, iba a tirar nuestra vida por esa mujer?

—Lo creí.

Se acuclilló ante ella. —Te juro que jamás pensé en ella de esa manera. Me dijo que le dolían los brazos y yo le comenté que había una técnica que entre los músicos funcionaba muy bien. Antes de darme cuenta estaba tumbada en la cama sin camiseta. —Ella iba a soltar cuatro cosas. —Pero no vi nada. Hasta que la tiraste de los pelos, claro.

Le miró intentando controlarse. —Sabías que le gustabas, a mí no me la das. ¡Sabes de sobra cuando una mujer se siente atraída por ti!

—¿Pero de ahí a acostarme con ella? ¡Era nuestra empleada! ¡Te quiero a ti!

—¡Eres muy confiado con las mujeres! —le gritó a la cara.

Neithan sonrió. —Ya desconfías tú por los dos.

—¡Y con razón! ¡A partir de ahora contrato yo!

Se le cortó el aliento. —¿Eso significa que me has perdonado?

Gimió mirando sus ojos. —Necesito tiempo.

Él cogió su mano que aún llevaba sus anillos. —No te los has quitado.

—Lo pensé, pero...

—Por favor, preciosa... Dame otra oportunidad.

—Otra oportunidad. Creí que ya no tendría que darte otra oportunidad, Neithan.

Él apretó los labios agachando la mirada. —No dejaré de quererte.

En ese momento llamaron a su puerta para decir —¡A escena!

Neithan la miró a los ojos. —¿Te quedarás? —Ella asintió y la besó suavemente en los labios. —Gracias por quedarte.

—Déjales con la boca abierta.

Él sonrió antes de salir del camerino y el sonido de la detonación la dejó sin aliento. Sintiendo el corazón en la boca escuchó los gritos y se levantó a toda prisa para abrir la puerta. Neithan estaba tirado en el suelo y vio sangre en su camisa blanca. Gritó de miedo agachándose a su lado antes de sentir el tiro en el hombro. Miró al pasillo instintivamente y vio a Karen vestida de negro con el arma en la mano. Gritó levantándose y corrió hasta ella mientras disparaba de nuevo, pero consiguió tirarse sobre ella. Cuando cayeron al suelo agarró su muñeca. —Está muerto —dijo ida—. Al fin está muerto.

Gritó de dolor e intentó quitarle la pistola, pero de repente Karen se revolvió y se puso de rodillas. —¡Tiene que estar muerto! —exclamó ella intentando dispararle de nuevo.

Cassandra sin saber de dónde sacaba las fuerzas consiguió ponerse de pie sin soltar su mano y le giró el brazo hasta colocarlo en su espalda antes de empujarla con fuerza. Su cuerpo cayó escaleras abajo y con la respiración agitada vio como se rompía el cuello. Ni muerta soltó la pistola. Abajo los gritos de horror la sobresaltaron y se volvió para correr hasta Neithan que intentaba levantarse, pero al verla llegar suspiró del alivio.

—¿Estás bien? —preguntó angustiado mirando la sangre que empapaba la manga de su vestido y parte de su pecho.

—Sí, no es nada. —Asustada sacó la camisa de su pantalón para ver la herida. Estaba cerca del ombligo y gimió muerta de miedo porque sangraba mucho. Se la apretó con ambas manos antes de gritar —¡Una ambulancia! ¡Por favor una ambulancia!

Él pálido la cogió por la muñeca. —Nena...

—Shusss, no hables. Te vas a poner bien —dijo entre lágrimas.

—Siento haberte decepcionado.

—No, amor... —Se agachó y besó sus labios. —No me has decepcionado.

Acarició su mejilla. —Haría lo que fuera por ti.

—Lo sé —dijo entre sollozos—. Lo sé. Y yo por ti.

—Te compré la casita, ¿sabes? En los Hamptons. Un trato es un trato. Iba a dártela cuando regresáramos.

Sin dejar de llorar sonrió. —Y la disfrutaremos juntos.

En ese momento llegaron varias personas, pero Cassandra no se dio cuenta mirando esos ojos negros que amaría hasta la muerte antes de que se cerraran. Gritó de miedo una y otra vez llamándole y tuvieron que apartarla para que le atendieran los sanitarios. Cuando la policía se dio cuenta de que estaba herida pidieron una ambulancia, pero ella solo miraba a su marido y mientras la alejaban a la fuerza no dejaba de gritar que tenía que estar a su lado.

Capítulo 13

Se despertó sintiendo la boca seca y miró a su alrededor. Mareada y con tanta luz tuvo que cerrar los ojos. —Bueno, bueno... —dijo alguien—. Bienvenida.

Abrió los ojos de nuevo para ver a un hombre de barba blanca sobre ella. Este sonrió. —Me han dado trabajo su marido y usted esta noche. Estaba en el teatro.

—Mi marido —susurró con la voz rasposa.

—Se pondrá bien. —Cerró los ojos y una lágrima cayó por su sien. —Y usted también. Es toda una heroína, sí señor. Ni entiendo cómo podía hablar ni caminar con un tiro tan cerca del pulmón. —Abrió los ojos sorprendida. —Sí, tenía dos disparos y consiguió salvar a su marido y a usted. Toda una proeza.

—¿Pero se pondrá bien?

El hombre sonrió. —Los dos se pondrán bien. Y como son tan buenos pacientes, les pondremos juntos en la misma habitación. Es lo menos que podemos hacer.

—¿Podrá tocar? Es su pasión.

—No, señora Akerman. Su pasión es usted. No ha dejado de preguntar por usted desde que se ha despertado y ni una sola vez me ha preguntado si podrá tocar otra vez. —Cassandra sollozó del alivio. —Pero podrá tocar de nuevo y como los ángeles como ha demostrado. Anoche nació un genio y esa mujer no ha enturbiado su obra. Ha habido una avalancha de reservas para cuando pueda regresar. Y usted le verá desde primera fila.

—Gracias.

—Shusss, ahora descanse. Cuando despierte de nuevo puede que le tenga a su lado. —
Miró hacia el otro lado de la cama y ella hizo lo mismo. Una enfermera inyectó algo en su
gotero. —Le hará efecto enseguida —dijo el doctor alejándose.

Sintió como sus ojos pesaban muchísimo y le fue imposible mantenerlos abiertos. —
Neithan...

—Enseguida lo tendrá a su lado —dijo la enfermera—. Me encargaré de ello.

Algo rozó su mano y al sentir el tacto de Neithan creyó que era un sueño. —Vamos
nena... Abre esos preciosos ojos verdes.

Su cabeza se giró hacia el sonido de su voz y gimió de dolor cuando algo tiró de su
hombro. —Le duele.

—Como a usted, pero no se preocupe que enseguida les toca la medicación.

La voz de una mujer le hizo abrir los ojos y Neithan tumbado a su lado sonrió. —Hola,
nena.

—¿Quién es esa? —preguntó con la voz ronca.

Su marido reprimió la risa. —La enfermera.

—Enferme... —Recordó cerrando los ojos. —Esa chiflada.

Él apretó su mano. —Al final era tan peligrosa como pensabas.

—Te lo dije, nunca me haces caso. —Giró la cabeza y al ver a la enfermera frunció el
ceño cuando esta sonrió. Era una rubia muy mona que debía tener su edad. —Estupendo.

Su marido rio por lo bajo. —Cassandra no empieces.

—Estoy harta de aguantarme los celos para luego tener razón. Guapa, ¿estás casada? —

preguntó ignorándole.

—No. —Miró de reojo a su marido y se sonrojó. Fulminó con la mirada a Neithan que carraspeó antes de mirar al techo haciéndose el loco. Ella al ver que tenía el pecho al descubierto siseó —Cariño, tápate no cojas frío.

—Aquí hace calor —dijo la enfermera.

La miró como si quisiera cargársela. —Oye ricura...

—Nena...

—Sigue mirando así a mi marido y te despellejo viva. —La chica levantó sus cejas rubias. —¿Lo has entendido o tengo que buscar en el traductor de Google para decírtelo en alemán?

—Lo he entendido.

—¡Genial, pues ahora que venga otra enfermera que haya pasado los cincuenta y si tiene nietos mejor que mejor!

La muchacha salió de allí despavorida y su marido reprimió la risa. Le miró como si quisiera soltar cuatro gritos. —Nena, te juro que no he hecho nada.

—Lo sé, si son ellas que no paran.

La miró a los ojos. —Tú eras igual, ¿recuerdas?

—Ya, pero ahora eres mío.

—Totalmente.

Le miró a los ojos. —Tuve miedo de perderte.

—Y yo a ti. Tengo miedo de perderte a todas horas.

—Eso no va a pasar. Siempre regreso a ti porque mi corazón es tuyo.

Besó su mano emocionado. —Preciosa ni te imaginas cuanto te amo.

Sonrió mirándole totalmente enamorada. —Ya no me lo dices con música.

Jadeó ofendido. —¿Cómo que no?

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Preciosa, ¿sabes cómo se llama mi sinfonía?

Hizo una mueca porque no se le había ocurrido preguntar —¿Debo saberlo?

Neithan la miró divertido. —Se llama Mi Cassandra.

Se le cortó el aliento. —Ah... —Se puso como un tomate y su marido se echó a reír llevándose la mano al costado antes de gemir. —¿Cielo?

—Estoy bien.

Le miró a los ojos. —Eso ha sido muy romántico.

—¿He conseguido que me perdones?

—Totalmente.

—¿Para siempre?

—Hasta que me hagas la siguiente.

—Nena, no te seré infiel jamás.

—Puede, pero hay muchas que no se dan por enteradas. —La puerta se abrió de nuevo y la enfermera rubia entró con una bandeja en la mano. —¿Ves?

Él carraspeó. —Señorita, ¿no ha oído a mi mujer? ¡Qué venga otra enfermera!

La chica se sonrojó antes de salir de nuevo a toda pastilla y Cassandra sonrió radiante. —Eso cielo, conmigo eras bien borde cuando me rechazabas. Procura ser así con todas las demás.

—Me voy a crear mala fama. —Le fulminó con la mirada. —Pero si hay que tener mala fama se tiene. Los músicos tienen fama de temperamentales, nadie me diría nada.

—Estupendo. Los escritores tienen fama de chiflados excéntricos, así que hacemos la pareja perfecta.

Entró una mujer morena de unos cuarenta años y Neithan gritó —¡No!

Salió pitando también y ella le miró enamorada. —Que bien lo haces.

—Por ti lo que sea, preciosa.

Entró en el piso y sonrió con tristeza al ver las cajas apiladas que había preparado la última vez que había estado allí. Entró en la habitación de Camilla y se sentó en la cama ignorando el polvo. Metió la mano en la caja y cogió el prendedor en sus manos. La luz del sol hizo que sus diamantes relucieran. Qué tonta había sido. Antes ni se le hubiera pasado por la imaginación que fueran auténticos. Dejó el prendedor dentro de la caja y sacó la foto de la boda de su amiga. Acarició el marco de plata porque esperaba que donde estuvieran fueran muy felices. Se quedó mirando la sonrisa irónica de Camilla y sonrió. —¿Sabes? Estos dos últimos años han sido perfectos. Ya ni tengo que decirle que sea borde con las mujeres. Lo hace naturalmente. Y somos muy felices. Ahora que hemos vuelto de su larga gira por Europa hemos decidido vivir en los Hamptons. Hemos hecho una casa preciosa donde la niña podrá jugar al aire libre. Pero conservaremos su piso para cuando vengamos a la ciudad. —Sonrió con tristeza. —Me has dado tanto... Todavía no me puedo creer que una mujer que no me conocía me cambiara la vida como tú lo has hecho. Y he pensado mucho en ello, ¿sabes? Eras una mujer increíble.

Escuchó ruidos en la puerta y se levantó. —A ver si te gusta. —Salió de la habitación y llegó al salón para encontrarse a un hombre guapísimo mirando el piso desde la puerta. —Pase, pase... ¿El señor Grifford?

—Sí, soy yo. Vaya, este piso es... —Miró divertido el antiguo papel pintado de flores.

—Sí, sé que está decorado a la antigua. Era de una anciana que vivió aquí muchos años. Pero el piso es enorme, puede dar una vuelta si quiere. —Caminó ante ella mostrando su carísimo traje de firma gris y metió la cabeza en la cocina. —¿A qué se dedica?

—Soy agente de bolsa.

—Así que trabaja con números. Yo de eso sé muy poco.

—Usted sabe de otras cosas, señora Akerman —dijo galante.

—¿Me conoce?

—He leído sus tres libros. Son fantásticos.

—Gracias. —Vio como miraba por las ventanas. —Tiene mucha luz.

—¿Puedo ver las habitaciones?

—Sí, por supuesto. ¿Tiene familia? Hay seis dormitorios.

—No, pero necesito tener despacho y un gimnasio. Habitación de invitados y ... Bueno, mejor que sobren habitaciones a que falten.

—Eso dice mi marido.

—Otro genio. Oiga, ¿cómo venden este piso? ¿Sabe que está por debajo de su precio de mercado?

Le gustó que fuera honrado con el precio. Eso indicaba que era buena persona. —Es una especie de deuda que tengo con alguien. —La miró sin comprender. —Es muy largo de contar. Quizá un día escriba sobre esa historia.

—Estoy impaciente por comprar el libro.

Sonrió porque era un galán en toda regla. Seguro que las tenía a patadas. Entró en la habitación principal. —Vaya, esto es enorme.

—¿Le gusta?

—Me lo quedo.

—Eso es estupendo.

—¿Cariño?

Se volvió para ver a su marido en la puerta y sonrió. —Amor ven que te voy a presentar al nuevo dueño del piso.

—Bueno, todavía no he dado la señal. Y no hace falta que me diga su nombre. —Alargó la mano. —Es un honor, señor Akerman.

Él le miró mosqueado. —No me ha dicho el suyo.

—Michael Grifford.

Neithan asintió mirándole de arriba abajo como si le estuviera evaluando. No se podía creer que estuviera celoso de él, pero lo estaba y mucho. No le quitaba ojo. —Así que es el nuevo dueño.

—Si me lo venden sí.

—Por supuesto —dijo ella cogiendo a su marido por la cintura—. ¿Verdad cielo?

—Si tú lo dices... —respondió celoso. La miró a los ojos—. Nena, es hora de irnos.

—Sí, por supuesto. —Miró a Michael. —En cuanto los papeles estén listos le llamaremos.

—¿Y la señal?

—No se preocupe por eso, el piso es suyo. Nosotros nos vamos a los Hamptons y no lo verá nadie más.

—Vaya, es una novedad que se fíen de uno en esta ciudad —dijo encantado.

Ella sonrió acariciando su abultado vientre de siete meses. —Es que cuando le vi supe que era perfecto para vivir aquí.

—Gracias.

—Cielo, ¿coges esa caja? Me la quiero llevar.

Neithan cogió la caja sin quitarle ojo a Michael. —Claro que sí.

—Estuve en el Carnegie hall el mes pasado, ¿sabe? Su sinfonía me dejó con la boca

abierta y eso que yo no soy demasiado aficionado a la música clásica. Se empeñó una amiga en ir a verle y no me arrepiento en absoluto, todo lo contrario.

—Gracias —dijo a regañadientes.

Cassandra reprimió la risa cerrando la puerta con llave. —¿Y tiene muchas amigas, Michael?

—Bueno, uno se divierte que aún es joven. Mi trabajo conlleva mucho estrés y tengo que divertirme.

—Hace bien. —Se detuvieron ante la puerta de su antiguo apartamento. —Mi marido también era de los que se divertía, ¿verdad cielo? —Él gruñó haciéndola reír. —Hasta que me conoció. —En ese momento se abrió la puerta y Sara dejó caer el lápiz de dibujo que tenía en la mano al ver a Michael que la miró de arriba abajo. —Bueno ya que están aquí los dos tendré el gusto de presentarles. Michael Grifford, Sara O'Neill. Como te habrás dado cuenta por su cabello pelirrojo es irlandesa. Acaba de comprar mi antigua casa de cuando era soltera.

Al darse cuenta de que todos la miraban se sonrojó con fuerza. —Hola.

—Sara, él será tu nuevo vecino. —Le guiñó un ojo sonrojándola aún más.

—Qué bien.

El nuevo propietario gruñó al ver sus piernas sin depilar y Neithan reprimió la risa. —Sara es una promesa de la pintura. ¿Te gusta el arte, Michael?

—A veces les digo a mis clientes que inviertan en él.

—Pues te aconsejo que inviertan en Sara. —La chica se sonrojó de gusto. —Tiene verdadero talento. Sara, ¿querías algo?

—No, iba a la compra.

—¿Con un lápiz de dibujo en la mano? —preguntó Michael mirándola como si fuera un bicho raro.

—¿Lo llevaba en la mano? No me he dado cuenta. —Salió cerrando la puerta y al dar un paso atrás pisó a Michael que gimió de dolor. —Uy, perdona.

—No es nada —dijo entre dientes mirando sus alborotados rizos sin peinar.

Los tres vieron cómo iba hacia el ascensor y Sara miró sobre su hombro sonrojándose con fuerza. —¿Bajas Michael? —preguntó tímidamente.

—Sí —respondió él a regañadientes antes de volverse hacia ellos—. Ha sido un auténtico placer conocerles.

—Lo mismo digo —dijo ella amablemente.

Vieron como entraban en el ascensor y antes de que se cerraran las puertas se miraron de reojo. Neithan se echó a reír. —Nena, son perfectos.

—¿A que sí? —dijo emocionada uniendo sus manos—. Camilla estaría orgullosa de mí.

La cogió por los hombros. —Van a ser muy felices juntos.

Suspiró ilusionada. —Eso espero.

—¿Crees que tardará tanto como yo en darse cuenta de lo que realmente merece la pena en la vida?

—Claro que no, se le ve muy listo —dijo entrando en su casa.

Neithan se echó a reír. —Muy graciosa, nena. —Al ver que ella no decía nada frunció el ceño. —Cassandra era broma, ¿no? ¿Ese tío te parece más listo que yo? —La risa cantarina de su mujer le mosqueó. —¿Cassandra? —Entró en casa y cerró la puerta. —No tiene gracia. —Dejó la caja sobre la mesa y dijo en voz alta —Nena, date prisa que tenemos que... —Al levantar la vista se detuvo en seco al ver a su mujer desnuda yendo hacia la cocina. Cuando salió con una botella de agua en la mano levantó una de sus cejas negras interrogante al darse cuenta de que iba hacia la habitación y la siguió de lo más intrigado. —¿Nena? ¿Y la reunión con el arquitecto?

—La anulé hasta mañana por si se alargaba lo de Michael. —Le miró maliciosa

subiéndose a la cama de rodillas. —Cariño, ¿me das otra clase de música? Tenemos tiempo. La niña dormirá aún un buen rato.

Él gruñó quitándose el polo que llevaba a toda prisa y ella rio tumbándose en la cama sin dejar de mirarle mientras se desnudaba. Jamás se cansaría de mirarle. Neithan se tumbó a su lado y posesivo acarició su vientre. —¿Cómo están los niños hoy?

—Estos no salen pianistas. Igual futbolistas —dijo acariciando su brazo hasta llegar a su hombro—. Me pegan patadas continuamente —susurró cerca de sus labios.

Él levantó una ceja apartando su rostro. —¿No estarás de parto?

—No cariño, es muy pronto. Concéntrate.

—Es que es mi primera vez y estoy algo nervioso.

—Lo sé, deja que te relaje. —Le besó suavemente en los labios y Neithan acarició su trasero pasando su pierna por encima de su cuerpo antes de tumbarse de espaldas. Cassandra separó sus labios y él la cogió por la nuca entrando en su boca para devorarla. A horcajadas sobre él gimió cuando acarició sus sensibles pechos y se sentó sobre su sexo haciendo que apartara su boca por el placer que le recorrió cuando le acarició con sus húmedos pliegues de arriba abajo. Sonrió moviéndose sobre su eje aumentando el deseo de los dos y Neithan la cogió por la cadera intentando detenerla. —Nena, me voy a correr como sigas haciendo eso.

Se agachó y él elevó la cabeza para que besara sus labios. —Voy a hacer eso y mucho más, marido. —Apoyándose en una mano sin dejar de mirar sus ojos cogió su miembro acariciando la punta contra ella. Neithan se tensó con fuerza. —¿Te gusta?

—Joder... Sabes que sí.

Sonrió sentándose sobre su cuerpo muy lentamente y cerró los ojos apoyándose sobre su pecho hasta que se llenó entera. —Me haces tan feliz. —Sintiendo como el deseo la arrollaba se elevó sobre él para dejarse caer. Al principio muy lentamente alargando el placer y cuando sintió que necesitaba más clavó las uñas en su pecho moviéndose más aprisa mientras sus ansias de

liberación apretaban su sexo con fuerza. Llegó un punto en que Neithan gruñó con rudeza queriendo más y la cogió por los brazos apoyando sus codos contra su pecho para mover sus caderas con contundencia una sola vez provocando que el placer fuera tan intenso que se liberaron a la vez.

Cassandra volvió en sí abrazada a su marido y sonrió. —¿Crees que serán tan felices como nosotros?

—Nadie será tan feliz como nosotros, preciosa.

Apoyó su barbilla contra su pecho para mirarle a los ojos. —Ya no soy tan desastre, ¿verdad?

Él sonrió cogiendo uno de sus rizos. —Y yo no soy tan capullo.

Cassandra soltó una risita y él levantó una ceja. —Sí que lo eres.

Neithan rio por lo bajo. —Me estoy creando una fama de tirano en la orquesta...

—Pero hacen el tempo, ¿no? ¿Ves como no tenías que cambiarlo?

—¿Qué haría sin ti?

—No tendrás que descubrirlo porque siempre estaré a tu lado. —Hizo una mueca. — Amor, ¿sabes que el sexo adelanta el parto?

Su marido palideció. —¿Qué?

Se echó a reír y él suspiró del alivio. —La cara que has puesto. Ven cielo, vamos a comprobar si los niños se animan a salir. —La miró como si fuera lo más importante para él antes de atrapar sus labios y supo que nunca más dudaría de que ese hombre era suyo.

Epílogo

Sentada en su silla de su despacho aún en pijama cambió una coma de sitio y la puerta de su estudio se abrió lentamente. Harmony caminó hacia ella y le dio dos palmaditas en el muslo sobresaltándola. —Uy, ¿cómo has salido de la cuna, pillina?

—Mujer, tenemos un problema —dijo su marido aún con el pantalón del pijama puesto y con los dos bebés de un año uno en cada brazo.

Se levantó cogiendo a su hija en brazos. —Tendremos que comprar ya la cama.

—Mami, quiero galleta.

—Sí, claro. Galleta. Veremos lo que encontramos.

—Preciosa hay que hacer la compra.

Le miró asombrada. —¿Pero no la ha hecho la señora Smith?

—Está de vacaciones.

—¿Ya se ha cogido vacaciones? ¿Sin avisar? —Su marido puso los ojos en blanco como si fuera un desastre y ella entrecerró los ojos siguiéndole. —¿Me lo había dicho?

—Seguro que te lo dijo en un momento de inspiración.

—Seguro porque a mí ya no se me pasan esas cosas. —Su marido rio por lo bajo. —Que no.

—Si tú lo dices...

La niña pasó la manita ante sus ojos. —Mami leche.

—Hasta la niña se asegura de que la oyes antes de hablar.

Miró sorprendida a su hija antes de sonreír. —Es que es lista... —La besó en el cuello haciéndola reír. —¿Sabes qué? Nada de galletas, haremos tortitas.

—¡Sí! —chilló su hija antes de que la sentara en su trona.

Decidida fue hasta su marido para coger a uno de los gemelos y sentarlo en un cuquito mientras Neithan se encargaba del otro. Cogiendo la harina miró el reloj de su cocina y escucharon el golpe en la puerta. —El periódico.

—Ese chico me pone de los nervios. Le he dicho mil veces que lo meta en el buzón por si llueve.

Rio por lo bajo porque todas las mañanas decía lo mismo. Él salió mientras ella cogía la leche de la nevera. Hizo una mueca porque no es que quedara mucha. Tenía que ir a la compra sin falta. Escuchó una voz femenina ante la puerta y se tensó. Puso el vaso de leche ante su hija y pasó por el salón para llegar al hall donde su marido en la puerta sonreía forzadamente. Su vecina vestida de runner daba saltitos ante él con una sonrisa de oreja a oreja mientras se comía a su hombre con los ojos, lo que la hizo gruñir con fuerza. Al verla llegar, esta sonrió aún más. —Buenos días.

—Buenos días. —Se puso ante su marido y cruzó los brazos. —Vamos a ver que no lo has entendido las seis veces que te lo he insinuado, mona. —La mujer perdió la sonrisa poco a poco bajando el ritmo de los saltos. —¿Ves eso?

La mujer miró la rotonda que había ante su casa y que formaba parte de su propiedad. —¿Y ves más allá? Es la entrada. ¡No tengo ni idea porque para correr tienes que meterte en mi propiedad y casualmente tienes que saludar a mi marido cada vez que recoge el periódico! —exclamó cabreándose mientras su vecina perdía la sonrisa del todo—. A no ser que quieras provocarme, claro. —Dio un paso hacia ella. —¿Quieres provocarme?

—No, te juro que no. Venía a invitaros a mi cumpleaños que es mañana. —Se sonrojó intensamente mientras su marido reprimía la risa. —Voy a hacer una barbacoa y una fiesta en la playa.

—Oh... Pues nos encantará ir, claro.

—¿Seguro? —preguntó como si fuera una loca peligrosa.

—Uy, las tortitas.

Neithan se echó a reír a carcajadas mientras se largaba a toda prisa. —Nos encantará ir, gracias por la invitación. —Le cerró la puerta en las narices a la atónita vecina y riendo fue hasta la cocina donde su mujer estaba revolviendo la mezcla. —Nena...

—Cariño estás perdiendo tu sex-appeal.

—Ahora es culpa mía.

—¡Sí! ¡Jamás me había pasado esto! Qué vergüenza. ¿Se lo dirá a las vecinas?

Se acercó a ella cogiéndola por la cintura y la besó en los labios. —Así están avisadas.

—Pues tienes razón, así me ahorro disgustos.

Neithan se apartó y quitó la goma del periódico antes de abrirlo para mostrarle la portada donde salía ella sonriendo con su último libro en la mano. —Vaya, una publicidad excelente.

Su marido fue hasta la cafetera leyendo lo que decían de ella y sirvió dos tazas de café. Le puso la taza al lado y dijo concentrado —Buen artículo, nena. Muy bueno.

—¿De veras? ¿Y hablan de ti?

Apoyando la cadera en la encimera pasó las hojas. Ella echando la masa en el sartén le miró de reojo y de repente su marido se echó a reír a carcajadas. —¿Qué? —preguntó sorprendida. Se acercó y echó un vistazo cortándosele el aliento al ver el anuncio de la boda de Michael con Sara. Le arrebató el periódico y chilló de la alegría. —¡Lo consiguieron!

—Sí, nena. Lo consiguieron. —La cogió por la cintura y ella radiante de felicidad le miró

a los ojos. —Saldaste tu deuda con Camilla.

Ambos miraron la foto que había colgada en la pared con todas las fotos familiares. —
¿Crees que estaría contenta?

—Mucho. —La besó en los labios. —Y seguro que donde esté lo ha visto todo.

Emocionada asintió. —¿Y crees que estaría contenta de que tuviéramos otro hijo?

—Estaría encantada.

—Pues esta noche damos otra de esas clases de música, marido.

—Te enseñaré una nueva melodía —dijo mirándola con deseo.

—Lo estoy deseando, amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon.
Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)

- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú

- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira

- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón

- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida

- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2

3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

